



FAVINE

EL NIDO
DE AGUILA

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
Arte - CRITICA Y LITERATURA
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Nº III 0.20.CTS.
www.walquiria.com.ar

EDITORIAL CLARIDAD

DIRECTOR:
ANTONIO ZAMORA

PUBLICACIONES:

LOS PENSADORES

BIBLIOTECA CIENTIFICA

LOS NUEVOS

CLASICO/DEL AMOR

**BIBLIOTECA
COSMOS**

LOS POETAS

**EDICIONES POPULARES
LIBROS Y REVISTAS**

Dirija toda la correspon-
dencia a

**EDITORIAL
CLARIDAD**
CASILLA DE CORREO

736

BUENOS AIRES

SUMARIO

REDACCION	<i>Al margen de la vida que pasa (comentarios).</i>
VARIOS	<i>De todo un poco.</i>
ARMANDO R. MARIBONA	<i>Un winter Cubano.</i>
ANTONIO GATTORNO	<i>Reposo (oleo).</i>
E. BOUTIGNY	<i>Los Naufragos.</i>
EDUARDO CHICHAREO	<i>La tentación de Buda.</i>
FIALHO DE ALMEIDA	<i>El nido de agüla.</i>
CARLOS A. LEUMANN	<i>Pocma.</i>
EVARISTO CARRIEGO	<i>En Otoño.</i>
ALFONSINA STORNI	<i>La dulce scã.</i>
FELIPE TRIGO	<i>La Receta.</i>
R. GONZALEZ PACHECO	<i>El día de los sinvergüenzas.</i>
ALVARO YUNQUE	<i>Juan Pérez o las terribles consecuencias de un apelli- do vulgar.</i>
ANTONIO ZozAYA	<i>La perfecta soltera.</i>
GEORGE BERNARD SHAW	<i>Ensayo sobre educación.</i>
LEONIDAS BARLETTA	<i>Cuento de niños, para hom- bres.</i>
LAFONTAINE	<i>Fábulas.</i>
OCTAVIO MIRBEAU	<i>Amor.</i>
ELIAS CASTELNUOVO	<i>El camino de los pobres.</i>
CARLOS TITTWAGEN	<i>Como compuso Beethoven la sonata "Claro de luna".</i>
GUSTAVO FRENSEN	<i>Juan Pernilmante Calche.</i>
ANONIMO	<i>Juan el juicioso.</i>
V. GARCIA SAIZ	<i>¡Y se jué nomás!</i>
MAURICIO MAETERLANK	<i>La Bondad invisible.</i>
RAMON PEREZ DE AYALA	<i>El delirio.</i>
N. O.	<i>La mentira dorada.</i>
MAXIMO GORKI	<i>Algunos recuerdos sobre Leo- nidas Andricic.</i>
VEBAR	<i>(Varios modelos de escultores.</i>
ANTONIO PRADO	<i>El día de pago.</i>
ANATOLE FRANCE	<i>El Cristo del Océano.</i>
E. CONTRERAS	<i>Emilio Zola.</i>
S. A. G.	<i>Epitafios.</i>
LUCIO V. MANSILLA	<i>Una excursión a los indios Ranquelés (Carta I).</i>
REDACCION	<i>Oréñce asesino</i> <i>La Nota Roja.</i>
JUAN LAZARTE	<i>La epopeya de las máquinas.</i>
DEZSO KOSZTOLANYI	<i>Caín.</i>
BIBLIOGRAFIA	<i>Los versos de P. Herreros.</i>

ANECDOTAS Y CURIOSIDADES



DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 736
Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999 y 6147, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES
REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
::: ARTE, CRITICA Y LITERATURA :::
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD
APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MRS

SUBSCRIPCIÓN
Para todos los países
d la convención postal
AÑO . . . \$ 5.- M/N
SEMESTRE .. 2.50 ..
En los demás países
AÑO . . . \$ 3.- ORO
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO III

Buenos Aires, 13 de Enero de 1925

Núm. 103

AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

La frivolidad del cartelito

El jefe de policía que no puede terminar con la peste de quinieleros, redobloneros, tahures, cañens y vidiores que pululan en la ciudad, el mismo que ha ordenado que se persiga a los que quieren ir en mangas de camisa, ha dado en la frivolidad del cartelito.

Hay cartelitos para todos... menos para el comisario de policía que es, al fin de cuentas, quien los necesita.

Señor Fernández, usted que exhorta al público para que cruce las calles "perpendicularmente"; usted, señor Fernández, que exhorta al público para que se divierta "con cultura"; usted, que prohíbe que los hombres vayan en camisa y que tanto se preocupa por la cultura del transeunte, se ha olvidado de recomendar cultura a sus subordinados.

Usted, señor Fernández, no ignora que la policía goza del más grande descrédito y que se mantiene en su puesto gracias a S. M. el machete. Al vigilante no se le respeta sino porque lleva revólver. En eso estriba su única autoridad.

Usted, señor Fernández, no ignora que un hombre que se respeta tiene a menos ser empleado de policía por que sus subordinados son considerados como de una capa social, la más abyecta.

Vulgarmente se les dá el nombre de acahuetes.

Usted, señor Fernández, quiere meterse a reductor y habla de cultura a un público que usted tiene bajo la amenaza constante del vigilante bruto, del oficial bruto, del comisario bruto, sin ninguna clase de garantías.

Usted, señor Fernández, en lugar de contener los desmanes de su tropa, antes bien la excita, la aguijonea, la estimula para que muestre los dientes a la pobre gente y se arrastre servil a los pies del poderoso.

En las comisarías todavía existe el calabozo. El comisario, que es casi siempre un hombre inculto y autoritario, insulta y atropella.

Cualquier oficialito se permite hablar con voz tonante. ¿Acaso no pertenece a la policía?

Y bien: ¿se ha preocupado el señor Fernández por esta proverbial incultura de la gente de su repartición?

¿No se le ha ocurrido editar unos cartelitos que digan:

"La educación de la policía se pone de ma-

nifiesto en su trato con el público". "Señor comisario: no se extralimite en sus funciones".

"No sea fanfarrón. Los gritos y las amenazas son una muestra de incultura".

"No abuse de los privilegios inherentes a su cargo".

"No asuste al comerciante para no pagarle la cuenta".

En términos policiales:

"No coimee".

Convénzase el señor Fernández, ya que ha caído en la frivolidad del cartelito, que no es al público a quien hay que exhortar, sino al comisario, que es todavía, con el oficial y el vigilante, "cuco" de chicos y de grandes.

Fatalidad.

El primero de año de todos los años — el cartero, el peluquero, el barrendero, el basurero, etc. — sufren una disenteria poética. Ya sea por el calor, ya sea por el contagio de aquellos en quienes esta enfermedad se ha hecho crónica, el caso es que el primero de año de todos los años nadie se salva de sus fatales consecuencias. En este día verdaderamente aciago para las Musas se desata sobre la capital una horrible tempestad de milongas clásicas. El peluquero suele despacharse con una cuarteta a la bergamota. Dicha cuarteta termina siempre con un "salud y felicidad". El peluquero no tiene que resolver mayores dificultades técnicas porque le basta y le sobra con encontrarle un consonante a navaja y otro a felicidad. Lo propio le ocurre al cartero con una lijera variación rítmica en la segunda estrofa. Después viene el diariero, el ilustrabotas, el barrendero; hasta que por fin, se llega al basurero que es el más descaharrante de todos los vates municipales. El basurero milonguea fuerte y regularmente. Milonguea con pulcritud y fineza. La disenteria poética a la cual nos hemos referido, en él cobra caracteres violentísimos. No es como en los otros, una disenteria benigna. El basurero parece una metralla de larga versos. Para él no hay dificultades técnicas. Evita las palabras feas y se vale de un lenguaje figurado, tan figurado que jamás puede uno figurarse a un basurero escribiendo versos tan limpios y melifluros. Vamos a transcribir algunas décimas de una milonga kilométrica que hemos recibido. El en-

cabeciamiento reza así: "La jornada del carro municipal".

Y empieza:

"Soy el que el año pasado
voleó sus dolientes versos
como si fueran dispersos
pétalos en su alfombrado.
Hoy que retorno cansado
y pobre de inspiración,
traigo la compasión
de la penosa jornada
como una cinta rosada
prendida en el corazón".

Se ve que al basurero le preocupa más la rima y el metro que el significado de las palabras. Pero esto se le puede perdonar en atención a que el pobre llega cansado y consecuentemente pobre de inspiración. No deja de ser significativo en una persona que está continuamente volcando tachos de basura que en día determinado pegue una virazón y vuelque versos dolientes que caen como pétalos sobre el alfombrado.

Luego viene una descripción dolorosa.

"Bajo rachas invernales
que amortiguaban mis bríos,
he temblado con los fríos
de las mañanas glaciales,
y he llegado a los portales
cubierto de agua y de barro,
vací el "cajón", vací el "tarro"
y maté mis sinsabores,
pensando de que con flores
iba cargando mi carro".

Eso de que "con flores iba cargando su carro" es una metáfora indigna. Solamente en la cabeza de Vargas Vila y de un basurero caben imágenes de semejante naturaleza. Es un flaco servicio que se le hace a las flores al compararlas con el detritus de los tarros. En nombre de la floricultura, protestamos.

Sin embargo, el basurero, allí donde lo vemos sucio, roto, despeinado, etc., es un hombre altivo, de una sola pieza, que no tiene dobleces. Esa por lo menos es su opinión. Veamos:

"Así, sigo sin dobleces
de la jornada mi rol
sin que haya podido el sol
doblegar mis altiveces...
He pensado ¡muchas veces!
que no debo tener pena,
porque habrá algún alma buena
que sabrá considerar,
y que sabrá valorar
la honradez de mi faena."

Pobre, pero honrado... Además, altivo. Nadie, según afirma, pudo doblar sus altiveces. ¡Ese basurero indómito!

A pesar de todo, por más malos que nos parezcan los versos del basurero, del barrendero, del peluquero, del cloaquo, nosotros nos consolamos pensando que hay poetas consagrados que los hacen peores.

Posdata

El cuatro de enero recién nos llegó la felicitación del que limpia las cloacas. Venía con un ligero retardo, pero alcanzó a figurar en este número de nuestra revista. Anticipemos que el cloaquo es más singular que el basurero. Tiene más personalidad. Más carácter. Se vale asimismo del verso libre. Y está dotado de un aliento eglógico. Transcribamos la felicitación.

El cloaquo de "La gran higiénica"

(Se encarga de limpiar cloacas, desagotar caños, arreglar canillas y desinfectar inodoros a domicilio. Prontitud y esmero.)

Este es el título y el subtítulo. En seguida aparece la canción:

Señores:

con estos grandes calores
yo soporto los olores
con mucha resignación
y todos mis sinsabores
con mi balde y mis tambores
los vuelco en el W. C.

Señores:

todos los malos olores
no me producen dolores
y encienden mi inspiración;
llega el primero de año
y yo voy limpiando el caño
con mucha satisfacción.
Con mi esponja y creolina
desinfesto la letrina
con cariño y con amor;
tiro bien de la cadena
y si mi tarea no es buena
pongo en ella mucho honor.

Habla más tarde de la *honradez* que significa limpiar cloacas y se despide como el basurero con otro "salud y felicidad". Habla también de las flores en una estrofa temeraria que no nos atrevemos a reproducir. Por lo visto el cloaquo posee una inspiración eglógica la cual emana directamente de los olores fuertes que exudan las fuertes castálidas que atraviesan la ciudad a 3 metros bajo el nivel de la calle en dirección a Puerto Nuevo... ¡Qué metáfora más larga!

La chochez del vate Lugones

El poeta helénico Leopoldo Lugones se ha pronunciado partidario del sable, en un discurso que aguantaron los secuaces del tiranuelo Leguía.

Las trompetas de la fama que anunciaron a todos los vientos la aparición del apolonida criollo, anuncian hoy, con voces chillonas, su decadencia.

Esto es natural. A nadie debe sorprender que el poeta de "Las montañas de oro" entre en el período de chochez. Pero, si del Lugones senil de hoy no puede uno menos que reírse, ¿al Lugones de qué época puede referirse con absoluta seriedad?

El vate Lugones, políticamente es una calamidad. Literariamente es un mediocre traductor, un poeta sin personalidad definida, un prosista chabacano.

El tiempo le está sepultando. Ninguno de sus libros ha de pasar a la posteridad. Su obra en general es inconsistente y nula. No apasiona, no conmueve, no arrastra afecto ni odio. Es, en su frondosidad, pura hojarasca, mal enebriendo ideas prestadas e imitaciones.

Acaso pudiera decirse que, a veces, estas imitaciones son excelentes y no desmerecen el original y hasta lo superan; pero... son siempre imitaciones.

Entonces tenemos que, literariamente, el apolonida sudamericano ha fracasado.

Este fracaso le ha irritado contra la gente y al mismo tiempo le ha hecho servil. Allí donde haya que "meter la pata" está don Leopoldo Lugones, un hombre de bigotes y todo que todavía rima "estaño" con "desestaño" y que sigue haciendo versitos a la luna.

Siempre le ha ido mal a este hombre por su inmensa vanidad. Si habló de artistas con ánimo de consagrarlos, los eligió con tan mala fortuna que ninguno de "sus consagrados" han rebasado los límites de la mediocridad.

Fué Lugones quien hizo el elogio del Sarmiento de Zonza Briano, que presenta al prócer tomando un baño de asiento con levita y todo.

Fué Lugones quien exaltó la victoria de los aliados. Fué Lugones quien fomentó el odio al "gringo" en aquel disparatado discurso en que hizo desfilar las 14 provincias y 10 gobernaciones argentinas, cantando loas al machete en el colmo de su senilidad agresiva. Fué Lugones quien exaltó el mussolinismo, el que hizo la apología de Irigoyen, el autor de esos versos (¿?) al príncipe — ¿no le da vergüenza, maestro? — que son una prueba concluyente de su chochez.

Ahora, el poeta Lugones, que es hombre eminentemente práctico, a pesar de su título de "doctor en nubes" y que "vive" del estado, se declara nuevamente partidario del sable. Y lo hace en representación de su país, llenándonos de bochorno.

El viejo liróforo está chocho. El gobierno está en el deber de asilarlo en un establecimiento confortable donde pueda desahogar los ímpetus de su senilidad agresiva con sus guardianes y familiares, evitando así el espectáculo desagradable de su chochez. ¡Adiós, maestro!

La juventud le quiere... ver recluso.

Hablemos de poesía

Hablemos un poco de poesía. De vez en cuando se puede hablar de poesía. Y también, en horas de infinito aburrimiento, cuando ya los omnibus no pasan y el jazz-band ha cesado su artillería de menage, es bueno hablar de poesía. Y si es menester reirse, ya que la risa es un excelente ejercicio, se puede hablar de poesía argentina. Hablar de poesía argentina es como tomar una emulsión. La poesía argentina no existe. La poesía argentina es un mito. Con gravedad draconiana ya dijimos en el número anterior que la poesía nuestra era un ejercicio para niños fifis. Algo así como una zona intermedia entre la banalidad del tennis y la estupidez protocolar de la visita de un príncipe. Tenemos por pre-

sunción en nuestros pagos, sospechar que la verdadera poesía argentina está recién asomando. Y en la juventud. En la juventud más absolutamente ignorada y más enciclopédicamente desconocida. Este suelto tiene pues un franco olor de homenaje al poeta argentino desconocido.

Hay una minoría de artistas encastillados con desdén aristocrático en escasos libros, detonantes como bombas, y que indigestan como una salsa tártara el paecito estómago burgués de la crítica.

Esos son los poetas desconocidos. Nunca están en las columnas, de orden bárbaro, de la prensa rica. Ahí, el espíritu burgués que empequeñece cuanto toca, lo sistemáticamente, en los días feriados, a cuanto libro aparece.

Amados lectores, hacedos esta reflexión que puede ser una sentencia: "Todo libro que elogia la prensa argentina, es libro malo".

Los libros buenos son aquellos de que no se habla.

A la prensa argentina le gustan extraordinariamente los versitos donde hay chivitos, margaritas silvestres, guanacos, cactus, tréboles de cuatro hojas y la luna, la pobrecita e inofensiva luna. "La luna pulcro botón de calzoncillo" o "la luna, ripio clásico".

Pero nosotros os decimos que los verdaderos poetas son nuestros desconocidos. Esos que, cantando con la ventaja de la imperfección formal, son ácidos, corrosivos como la sal, punzan la sensibilidad y agujerean la epidermis del espíritu burgués. Estos poetas cantan con toda la voz que tienen y han degollado para hacerse un succulento asado al gentil y decadente cisne de la poesía fifi, que el desagotamiento del lago en el Zoológico privó de domicilio legal.

Estos son los verdaderos poetas oh! amados oyentes. Os lo decimos nosotros. Nosotros que como siempre tenemos razón.

Se prohíbe... Se prohíbe...

En las plazas no puede uno quitarse el saco. ¿Se da cuenta? Si lleva usted un niño, viene el guardián a quejarse de que el chico corre mucho y alborota y ha agarrado una flor. — ¡Cómo si fuera difícil cosa comprender que un niño no es precisamente como un guardián; un niño es como un niño!

Si lleva usted un perro — un perro no es ni siquiera un niño — viene el guardián y lo echa del lugar sin contemplaciones. Si a la sombra de unos árboles balsámicos se duerme usted oyendo como cae el riego del jardinero, viene el guardián y le dice que se vaya a dormir a su casa. Si usted quiere ir a la plaza con su novia y se sienta en un banco, el guardián pasa y repasa y le vigila con unos ojos de malicia que avergüenzan al más pintado.

Y en eso lee usted en un cartelito que ha caído bajo sus ojos: "Los jardines son para descanso y recreo del público, a quien... etc... etc..."

Es posible... pero cuando los guardianes dejen en paz a la gente, que es como pedir peras de un olmo o buena educación de un empleado de policía.

El boxeador Dundee fué recibido por el Sumo Pontífice

El Papa acaba de recibir en el Vaticano a un célebre rompe-quijadas americano que se llama Dundee entró en pecado y salió con la bendición papal en el cuerpo.

Después de la audiencia Dundee declaró lo siguiente:

"Creo que esto me traerá buena suerte y espero vencer por knockout al primero que se mida conmigo."

Esta declaración reducida a sus términos legales se podría conformar así:

"Gracias a la influencia del Papa al primero que se pelee conmigo le voy a romper la crisma de un castañazo."

Lo extraordinario sería que el contrincante de Dundee por su parte se hiciera otorgar la misma bendición pontificia. Entonces, la lucha sería fantástica porque intervendría en ambos brutos las potencias celestiales. Sería un duelo de padre, — hijo, — espíritu santo. Algo abracadabrante.

Sin duda el Papa no tiene ya a quien bendecir y bendice a los boxeadores. Encerrado en su mansión celestial el Papa se aburre celestialmente. La gente honrada ya no acude a recibir indulgencias. No quieren recibir el perdón gratuitamente, sino que se lo quieren ganar en la vida con actos de rehabilitación. Solamente una banda de pícaros busca la paz de su conciencia al precio sin precio de la palabra de un viejo chocho e ignorante que tanto se la concede a un asesino ilustre como a un ilustre rompe-quijadas. Bendecir a un bruto es dar carta de ciudadanía celeste a la execrable brutalidad. A un bruto en vida se le puede mandar a una escuela, y en la muerte, otorgarle un pasaporte para las parrillas del infierno. Si el Dante hubiese vivido en nuestra época habría reservado un lugar de preferencia a los boxeadores en cualquier círculo del infierno. Porque los boxeadores no podrán nunca juntarse con los angelitos... Acabarían con ellos en poco tiempo.

¿Farsa o tartufismo?

Hace algunos años era diputado al Congreso Nacional, el doctor Víctor M. Molina, que representaba a la Capital Federal.

Hombre de grandes recursos y de un asombroso equilibrio para andar bien con todo el mundo, pronto llegó a ser en la cámara una figura de valer, y tan fué así que por enorme mayoría de votos, sus colegas de la comisión de presupuesto lo designaron presidente.

Un buen día a raíz de una grave incidencia partidaria el doctor Molina presentó la renuncia de tal puesto y para que aquella le fuera aceptada dijo, más o menos estas palabras, parodiando a un célebre patriota: "*Es inútil que no se me acepte la renuncia, yo no volveré a ocupar tal puesto. Las renunciaciones de los hombres de bien siempre son irrevocables*". La cámara aplaudió tales palabras y votó aceptando la renuncia.

Tal, procedía el doctor Víctor M. Molina, diputado. Veamos ahora como procede el doctor Víctor M. Molina, ministro. Hace pocos días y con sobrados motivos y sobrada justicia, nuestro colega *La Fronda* propinó al doctor Molina un soberbio vapuleo, lo que hizo que el ministro se sintiera agraviado "caballerescamente" y se presentara al doctor Alvear, para renunciar la cartera de Hacienda.

Designó sus padrinos, pero la sangre no llegó al río: ni siquiera se llegó al duelo, y lo que es aun peor, ni se insistió en la renuncia.

Tomando sus propias palabras de ayer cabe preguntarse: ¿Dejó el doctor Víctor M. Molina de ser un hombre de bien?

¿Cuando hubo tartufismo en la actitud y en las palabras; en las de antes o en las palabras y en la actitud de hoy?

Pero consolémonos: la política es así y los políticos también son así: muchas frases bonitas, muchos gestos de oropel y en resumen no queda más que un enorme fondo de veleidad, de farsa y de tartufismo.

Crítica

Crítica: Hay dos acepciones completamente modernas de esta palabra. La primera es oficial. Se reduce a tener uno o dos amigos en cualquier periódico argentino y échate a dormir! Tarde o temprano elogiarán tu libro. La otra acepción es una acepción bien distinta.

Crítica: periódico que hasta el momento de aparecer este suelto, se publica todas las tardes para solaz de las cocineras que juegan sus cuartos a la "quiniela".

Por antonomasia es el plesiosaurio de los pasquines. Sus ediciones se agotan gracias a las inagotables ediciones de cretinos que las leen.

Las oraciones que todas las mañanas sus escritas elevan al cielo, se reducen a pedirle seis asesinatos, cuatro estupro, y tres infanticidios, para poder continuar editando la roja hoja la tarde subsiguiente.

Enciclopedia del asesinato en las formas que se le olvidaron a Quincey sirve también para agitar la tonelada de grasa del buen burgués a quien quita el sueño esa espantosa pesadilla de una humanidad civilizadora a filo de cuchillo.

De cuando en cuando, para matizar, dirán ellos, se ocupan de crítica literaria.

Aquí se plantea un problema de legislación social cuyo resultado intriga a los más sabios criminólogos del mundo: "¿Qué pena merece, a que sermón punitivo y expiatorio, se hace acreedor el foliculario de policía de un pasquin portañó, que habla de literatura?" Tal es el enunciado de tan pavoroso problema.

Para ilustrar al Lombroso del porvenir diremos que tal crítica es un inofensivo derrame cerebral de críticos ignotos que en el veneno que eyaculan buscan infructuosamente el modo de salvarse del anonimato perpetuo y de los pagares firmados a todos los dueños de pensión barata.

La locura de Mussolini

El audaz detentador de todos los poderes de Italia está a las puertas de la más absoluta demencia. Sólo a un demente, con algún poder a su alcance, se le ocurre hacer las barrabasadas que está haciendo este aventurero de la política.

Mussolini sufre el delirio de hacerse una carrera como la del célebre corso, pero el fin que le espera es seguramente más trágico que el que sufrió el solitario de Santa Elena. El poder de este asesino convicto y confeso de todo cuanto crimen político cometen sus secuaces, de obscura indumentaria y negra conciencia, está en el último período de su hegemonía. El destino más próximo de Mussolini es la reclusión o la muerte. De uno de estos destinos no lo ha de librar ni su fuerza ni su audacia. En su contra está ya la opinión de todos los hombres honrados.

Dos momias más

Días pasados nos anunció el telégrafo que unos ilustres argentinos que viajan por Egipto descubrieron un par de momias milenarias "en perfecto estado de conservación". Vale decir: momias que gozan de buena salud. Estas momias serán remitidas a Buenos Aires con el propósito de enriquecer la rica colección que aquí tenemos, en el museo. "La Nación" da la noticia con bastante regocijo no sabemos si por solidaridad o por afinidad de espíritu... A nosotros, maldita la gracia que nos hace semejante descubrimiento y menos, mucho menos que nos los remitan en breve como se amenaza. Bastantes momias hay ya en los diferentes museos y otras instituciones gubernativas o municipales. Tenemos para regalar. Sobran en la Argentina, momias y salamandras. Sobran también marmotas. No queremos puntualizar, pero a ninguno se le escapa que hay aquí un ascendente de mamíferos fósiles. Mejor sería que las remitiesen a España o al Paraguay...

¿Para que queremos más momias nosotros? ¿O es que esos ilustres argentinos nos quieren jugar una mala pasada?

Nosotros vemos en este envío una burla sangrienta... Argentinos: ¡alerta!

Sobran fiestas

El simple resumen de un período de tiempo dá motivo continuamente a una serie de fiestas a cual más estúpida. Sin ninguna finalidad útil se repiten frecuentemente la rememoración de acontecimientos inventados por los pillos para satisfacer a los tontos que creen en toda cuanto palaría invención nos han legado los inventores de la inquisición y desviadores de la vida en común con la naturaleza del hombre.

No hay ningún derecho a que se celebren fiestas que solo sirven para poner de manifiesto la opulencia de unos y la miseria de otros.

Las fiestas de navidad y reyes dá lugar a que los felices poseedores de don dinero ostenten su condición de privilegiados de una situación dispendiosa adquirida de importa como,

con tal de obtenerla, en tanto que una gran mayoría sufre toda clase de privaciones.

De todas las fiestas que acaban de transcurrir la más indigna es el "día de los reyes". Ese día se señala más inicua mente la diferencia de clase entre el pueblo. Los tres fantásticos personajes colman de pertrechos a los hijos de los que disfrutaban de una posición más o menos cómoda, sin acordarse para nada de los hijos que abundan más cuanto menos recursos tiene un hogar. Ese día y los subsiguientes se repiten los cuadros que muestran chicos inflados por la satisfacción y sobervios por su situación frente a criaturas famélicas y andrajosas que empiezan a notar su diferencia con la del otro chico que como el vive en un país donde no hay clases...

¿A donde va el Partido Socialista?

Las resoluciones tomadas en el V. congreso del Partido Socialista han dado motivo a los más diversos comentarios periodísticos. Hasta los diarios más quisquillosos se han ocupado preferentemente de la vida del partido en esta emergencia aventurando predicciones sobre la acción futura de esta agrupación. Nada más problemático que adelantar juicios sobre el porvenir político de un partido en esta época de conmociones sociales que conducen a los partidos precipitadamente a ocupar situaciones que nadie se hubiera atrevido a pronosticar.

El Partido Socialista como la Historia irá hacia lo desconocido. Con reformas más o menos conservadoras o radicales no se ha de determinar el lugar a ocupar, que sólo la acción de sus componentes, que se remuevan constantemente, y el desarrollo que tomen las condiciones de vida en el país, pueden determinar.

No ha de ser la prensa mercenaria quien ha de marcar el rumbo que debe seguir el Partido Socialista. El movimiento socialista, no precisa el paternal consejo de estos nuevos tutores, empeñados hoy en franquear el camino que siempre han obstaculizado.

Si la muerte hubiera de ser el final de todo, harían los perversos un buen negocio al morir, porque estarían felizmente cancelados, no sólo de su cuerpo, sino también de su propia maldad, junto con sus almas. Pero ahora, por cuanto el alma es evidentemente inmortal, no hay escape o salvación del mal sino por la adquisición de la más elevada virtud y sabiduría.

Aprender no es otra cosa que acordarse.

No es perezoso únicamente el que nada hace, sino también el que podría hacer algo mejor de lo que hace.

SOCRATES

El Martes 27 del corriente mes se pondrá en venta el cuarto número de esta revista

LA NOTA ROJA

ORIFICE ASESINO

Quizás vosotros no habéis leído las **Memorias** de Benvenuto Cellini. Es un mamotreto de dos tomos cada uno de los cuales contiene 420 páginas de texto. Nosotros tampoco las leímos. Solamente empezamos a leerlas y llegamos hasta la página 158 del tomo primero. Allí nos detuvimos perplejos. Más que las memorias de un orifice parecen las memorias de un asesino.

Al comenzar el libro dice Cellini: "Cuando uno ha conseguido darse a conocer por trabajos de alguna importancia, debería ser suficiente demostrar que se fué siempre hombre de rectas y juiciosas acciones".

Vamos a enumerar las rectas y juiciosas acciones, una por una, hasta la página 158 que es el término de nuestra lectura. La rectitud se inicia en la página 48 donde Cellini cuenta que porque un tal Gerardo le hizo una zancadilla, él le aplicó "tan fuerte puñetazo en la sien" que el otro "cayó en tierra como muerto". A raíz de este hecho fué juzgado por el tribunal de los Ocho. En cuanto abandonó el juicio se dirigió a casa de Gerardo. "Estaban comiendo — dice — Gerardo, causa de la contienda, se arrojó sobre mí apenas me vió. Le di una puñalada en el pecho que atravesó de parte a parte su justillo. El padre, la madre y las hermanas creyendo que había llegado para ellos la hora de la justicia, pusieron de rodillas, implorando a grandes gritos misericordia. Viendo que no osaban defenderse y que Gerardo yacía en el suelo como un cadáver, consideré vergonzoso siquiera tocarlos, pero, siempre furioso, me precipité a la calle. En ella encontré al resto de la familia que se componía de uno docena de individuos. Me lancé en medio de ellos, como un toro furioso, y del choque resultaron cuatro o cinco fuera de combate."

Siguen otras acciones más o menos rectas y juiciosas hasta llegar a la página 107 en que se le confía una plaza de artillero con motivo de una insurrección. "Ya que aquí me habéis traído — le dice al que cuidaba la fortaleza — es preciso portarse dignamente. Dicho lo cual añade — dirigí mi arcabuz al grupo de combatientes que me pareció más numeroso y más unido, en el cual apunté a un personaje que dominaba a todos los demás." Este personaje era el condestable de Borbón que "como supo más tarde" cayó naturalmente muerto.

En la página 114 agrega: "Yo me había

dedicado con cariño al oficio de artillero, y siempre que en él ejercía hacía bastantes y buenos disparos, debido a lo cual me había granjeado la simpatía de Su Santidad. No pasaba un día sin que yo matase alguno de los sitiadores." En la misma página, unas líneas más abajo relata a qué grado de perfección había llegado su puntería. Le apunté a un oficial desde cierta distancia — "Mi bala—confiesa — hizo tal blanco que dividió al hombre en dos." El Papa que lo miraba "quedó tan satisfecho como maravillado" y lo felicitó. En esta misma página hay una llamada que dice así: "Respecto a Farnese, no quiero decir nada por ahora. (¡Ejem!) Más adelante se verá si hubiese hecho yo bien en matarlo."

En seguida de haber dividido al oficial en dos oficiales, página 115, dice:

"Me arrodillé y rogué a Su Santidad me absolviese de este homicidio y de cuantos había cometido en el castillo, en servicio de la Iglesia. El Papa levantó la mano, trazó sobre mí la señal de la cruz y me dijo que me bendecía y me perdonaba todos los homicidios que había cometido yo y cuantos cometiera en defensa de la iglesia apostólica."

Y a renglón seguido :

"En seguida pedí permiso a Su Santidad para retirarme y regresar a mi puesto, donde no cesé de disparar con tanto acierto que ninguno de mis tiros eran inútiles."

Unas líneas más abajo:

"Sin embargo, no pasaba día sin que ya matara un buen número de enemigos."

En la página siguiente, 116:

"Entonces, disparé mis piezas y no solamente eché abajo sus trincheras, sino que les maté más de treinta hombres."

Esta intrepidez no le impide a Benvenuto Cellini al llegar a la página 132 encontrarse con un Papa más bravo que él, y hacer lo siguiente:

"Me arrodille, le besé los pies, etc."

Hay un capítulo donde no se registra ningún homicidio. Después viene la relación de una contienda que tuvo con el matador de su hermano, página 153 y siguiente:

"Me acerqué directamente a él, con un enorme puñal parecido a un cuchillo de caza. Yo esperaba terminar con él de un solo golpe en la cabeza, pero se volvió tan vivamente que mi arma penetró solamente en el homoplato derecho y le rompió el hueso. Se rehizo del golpe, dejó caer su espada, y turbado por el dolor, echó a correr. Le perseguí, conseguí cogerlo de nuevo a los pocos pasos y



¿La máquina suplantarán al hombre? ¿La potencia de la vida humana movida por el conocimiento científico convertirá a los hombres en aprendices sin importancia?

¿Cada nueva y maravillosa invención habrá de recibirse con un insulto?

Las ciudades han desbordado hacia los campos el producto de la alta investigación y el campo va tornándose diferente y cambiando en el aspecto pintoresco que con tanto cariño recuerda el romanticismo del criollo aborigen y el añorar del "linghera" (hoy enriquecido) frente a los males del presente.

Por las pampas de Santa Fe, donde la vista se pierde entre un maíz plebeyo, que encierra todas las virtudes en su seno y los aristocráticos trigales todo el mundo se prepara para la corta y la trilla; la poesía bella y sólida de la vida campestre.

La "corta y la trilla" salvación transitoria del humilde y sueño del necesitado que siempre tiene deudas, que vivirá vegetando.

Ayer. Todavía hoy, entre los trigales que re-lumbran, castigados por el sol el peón eterno (los miles de peones) con el cutis cobrizo por la intemperie, trabaja jadeante y contento desde el alba hasta llegada la noche.

Pero la máquina conquistadora del espacio y del tiempo, ha llegado también al campo. Bienvenida pero injusta.

Hace cerca de medio siglo cuando los primeros colonos llegaron a Santa Fe, trayendo el trigo y con ello la costumbre de hacer el pan, el trabajo de la cosecha se cumplía en forma rudimentaria. Los arados eran de "un diente", la siembra la hacían los hombres que recorrían los surcos con bolsas de treinta kilos de semillas! Realizaban la corta a mano, trillaban las yeguas. Todo con largo esfuerzo y trabajo inmenso. Sin contar las 8 ó 10 leguas que separaban un pueblo o una chacra de la estación ferroviaria más cercana y que debía recorrer el cereal en carretas inseguras y por campos malos.

levantando mi puñal por encima de su cabeza, que él tenía muy inclinada, mi arma penetró tan profundamente entre la columna vertebral y la nuca que, a pesar de todos mis esfuerzos no pude retirarla."

Todo esto ocurre hasta la página 158 en la cual hemos abandonado la lectura. Ahora vosotros diréis si se explica o no nuestra perplejidad. Es como para quedarse mudo. Mejor es abandonar el libro y volver a las crónicas policiales. Por lo menos, en ellas, encontraremos gente bruta e insensata que asesina y no pretende luego hacer literatura con la descripción de sus crímenes. Gente que mata y se calla la boca.

Se trabajaba todo el año. La extensión cultivada tenía que limitarse por la fuerza.

Las máquinas "imperfectas" fueron viniendo; centuplicaron el trabajo y agrandaron las distancias dejando todavía, un gran margen de vida.

Así se explicaba ese flujo y reflujo del criollo de las provincias del norte que se extendía desde noviembre a junio; que bajaba desde Salta y demás, a las cosechas de la Pampa, para retornar luego *pilchado* y con que hacer más llevaderos y socorridos los crudos y tristes inviernos de las tierras ingratas.

Ayer, no más, después de prepararse y contratar en las fondas los braceros entre la alegría sana de un pequeño mundo, empezaba la corta del trigo, que duraba más de un mes, y seguía la trilla que duraba otro tiempo igual. Las estaciones ferroviarias, los pequeños pueblos eran un hervidero. Hoy, toda esa vida se apaga. Una máquina maravillosa va desparramándose, invadiendo las grandes como las pequeñas chacras.

La máquina se llama "corta y trilla" y corta y trilla y embolsa, todo al mismo tiempo. Dos hombres solamente se necesitan, uno que maneje los caballos y otro que vaya cosiendo las bolsas de trigo ya colmados.

La máquina, multiplica el trabajo del hombre y ahorra de 12 a 14 peones diarios. Veinte y cuatro brazos que estarán de más! ¿Cuántas bocas que allá lejos estarán de menos?

Y el chacarero tiene su trigo asegurado. Ni la lluvia le mojará, ni ha de incendiarse la parva, ni siniestro alguno podrá amenazarle. El trigo cortado está salvado...

Hoy cuando ya llegada la noche veía sobre el trigal pasar, por última vuelta, ese alto producto de la mente humana, pensaba que todo no era más que un esfuerzo hacia la Normalidad y Regularización infinita, a la cual no llegaremos, aunque día a día nos acerquemos. Ya que parece que para la potencia de la vida toda profesión sale estrecha.

"Corta y trilla" apaga una poesía del campo que corresponde a un tipo de civilización pasada y enciende otra que corresponde a un tipo futurista. Es un último paso hacia una sociedad agrícola estable. Representa una nueva modalidad del viejo problema del campo y la ciudad. La ciudad arrastrando al campo.

Hay algo de profundo y armonioso entre la corta y la trilla y el nombre de la máquina (que es el mismo) que realiza la función... que vendrá a revelarse y repercutir más tarde en la ética y la política de la campaña.

EL MARTES 27

se pondrá en venta el próximo número de

LOS PENSADORES

Este chico de grandes ojos claros orlados de negras pestañas, de un mirar tan hondo y fijo, es la personalidad más compleja y vigorosa que ha dado Cuba en pintura.

Tiene veinte años y es ya un caso de solidez intelectual que a esa edad podría considerarse "precoz", si no hubiese en él mismo un desdén por cuantas promesas y esperanzas artísticas se anuncian a repica campanas, magistrándose en las primeras pruebas serias que han de resistir, para cumplirse las tales promesas convirtiéndose en realidades.

Su vida artística es de puertas adentro. No anhela el aplauso de las muchedumbres, sino la comprensión de los inteligentes. Su modestia es más bien un orgullo del propio valer.

Trabaja ávidamente, avaramente. Conserva sus obras o las rompe. Y todo sin gestos teatrales, sin pose de superhombre, sino con la firme sencillez de los heroicos convencidos.

Si es o no un talento, autoridades podrán negarlo o afirmarlo. Pero Gattorno tiene todas las peculiaridades del talento.

No es hosco ni antisocial; pero no se prodiga, porque su vida interior consume su tiempo y su atención. No es pintor de "grupito de café bohemio". Viste bien, es distinguido, bieneducado, amable y cortés. Se trata por igual con el poderoso y con el misérrimo. El halago no tuere su criterio ni desorganiza su labor equilibrada y constante. Son sus veinte años ofrenda absoluta a su arte. Por comprender, por enterarse y por encontrarse a sí mismo, no solo lucha, sino sufre.

¿Caso único? No; pero ello no le resta importancia ni interés.

Comenzó muy joven. Hizo su aprendizaje de modelado por amor preponderante a la forma. Luego se reveló colorista jugoso, tierno y húmedo, a la manera de Románach, el grande y querido maestro, cuya modestia le ha impedido imponerse al mundo. Influenció en él el estilo del maestro. Ganó por oposición la Beca de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, que le ha permitido viajar poco a poco y modestamente por Europa. Vió en Bélgica los Primitivos Flamencos, la minuciosa nimiedad de Van Eick, Memling y Van der Weyden (que fueron de mis mayores emociones estéticas en mis visitas a las ciudades flamencas, místicas y tradicionales). Adora los Primitivos Italianos Carpaccio — veneciano — Piero de la Francesca — florentino — y el extático y sutil Beato Angélico...

La campaña gallega se le presentó al través de una nueva fase de su propia personalidad, en Italia renunció a su estilo inicial, e hizo como Cortés, el definitivo gesto de quemar las

naves, destruyendo cuantas obras propias tenía a su alcance.

París le ha llenado de una nueva inquietud y de aenciosa ansiedad por los modernos clásicos. Cezanne y Gauguin influyeron en cierto modo en su línea general y en su concepto de la belleza.

Su técnica es decidida. No "a lo que salga", sino "esto quiero hacer y lo hago".

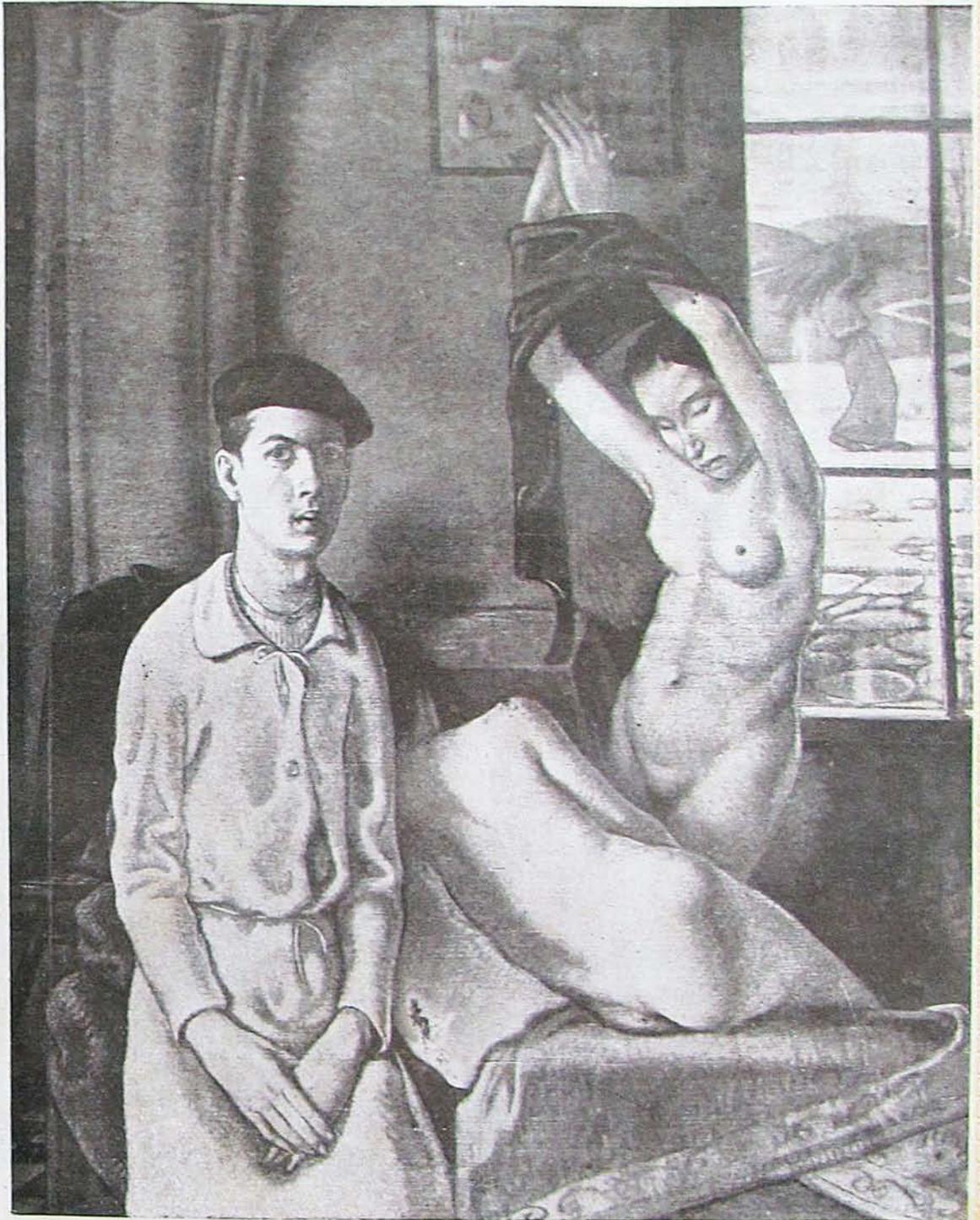
Para la muchedumbre dada a la belleza convencional de las coristas maquilladas y el cromo de almanaque satinado, el arte de Gattorno no es hermoso. El lo sabe y no le preocupa. "No pinto para lectores de Carlota Breamé y de poesías sentimentales de aficionados a llenar albums, ni para admiradores — no de la película, su desarrollo y su idea — del guapo actor y de la "encantadora estrella".

Gattorno observa e investiga en el paisaje — generalmente complemento de su obra —, en los seres y en los objetos cuanto les caracteriza: forma, color y espíritu. En vez de tomar del natural solo ciertos detalles completándolos con la conocida gama de la belleza convencional, él, por el contrario, subraya, intensifica y exalta lo que el objeto, paisaje o ser viviente significa personalidad, carácter, parecido espiritual.

No es un fotógrafo en colores que copia el natural por medio de cualquiera de las múltiples escuelas establecidas — impresionismo y academismo (que él desdeña), clasicismo, renacimiento y miniaturismo (que él adora) — sino que, ante el problema a resolver o sea-se el cuadro a pintar, adopta, sin preocuparse de ello, todos los procedimientos y utiliza todas las escuelas que son afines a su criterio, con un objetivo predominante que es lo primordial en su vida: producir arte serio y nuevo.

Yo rehuyo siempre hacer crítica. Cuando los doctos en la materia hablan, yo, pobre lego, callo. Me inspiran mucho respeto y miedo los togados, los dómimes, los gruesos cristales de documentados investigadores cuyos fallos son formidablemente inapelables. Pero tratándose de Gattorno hago excepción por colaborar dos circunstancias; está casi virgen de sesudas críticas y he podido, al cabo de años de perder de vista a él y a su obra, encontrarle en este mi viaje, escucharle horas enteras expresar cuanto mucho hay en él de sincero y de consciente, y he visto despacio, he escondriñado su rica y valiosa labor actual, pudiendo formar mi opinión sin ajenas influencias.

ARMANDO R. MARIBONA.



REPOSO

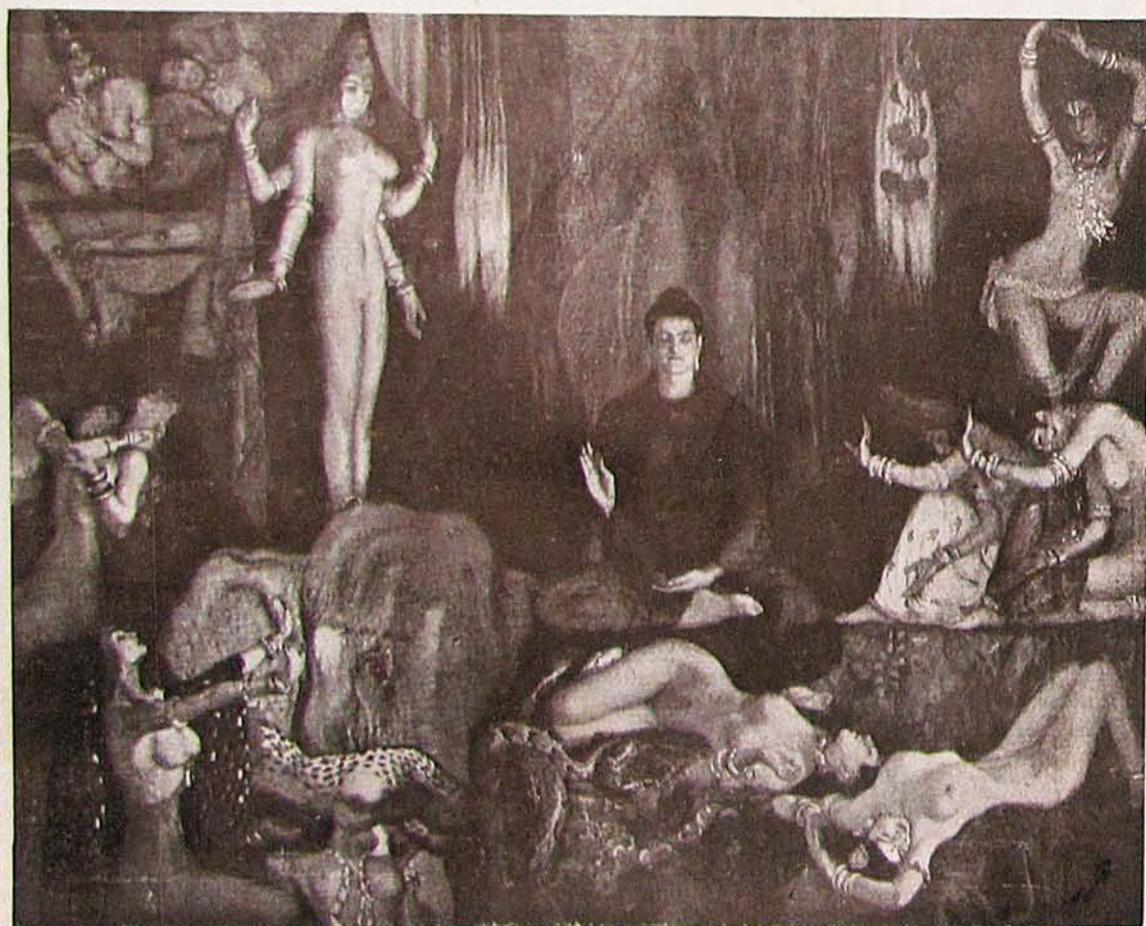
(OLEO)

por ANTONIO GATTORNO

PARIS 1924.



E. BOUTIGNY, LOS NAUFRAGOS, MUSEO DE PARIS



EDUARDO CHICHARRO, LA TENTACION DE BUDA, MUSEO DE MADRID.



POR DE
 FIALHO ALMEIDA
 EL NIDO DE AGUILA

El día anterior fuí al monte a la caída de la tarde. Hacíase en torno una calma profunda y el campo adormecía. Sobre los árboles, el cielo cóncavo tenía ligeras manchas rosa, como sonrisas de bocas que exhalan su último adiós. Por entre los troncos seculares de las encinas y robles, unas manchas de incendio ardían en apoteosis fúlgidas, sobre las cuales los brazos del arbolado dibujaban en negro formas de extraños esqueletos. Formas de granitos áridos caían a plomo, de un lado y de otro, mostrando en las inflexiones y en la profundidad lóbrega de los barrancos los primeros fantasmas de la noche, con sus capuchas de sombra echadas sobre la frente, el deslizarse de pasos misteriosos, como de ronda siniestra, en el silencio de la noche vieja. En el centro del abismo serpenteaba la vereda, encorvando su cinta arenosa entre aglomeraciones bruscas de basalto y arcilla roja, de donde brotaban los matorrales como ásperos cabellos de una cabeza cortada. Bajo la vegetación agresiva de los espinos y acebuches corría una línea de agua, haciendo murmurios tímidos de secretos traídos de peña en peña; y esta queja continua y llorosa de las gotas, cayendo mansamente, agregaba una nota saliente a la sinfonía en sordina de los vegetales adormecidos y de los últimos ruidos en rumor. El bosque comenzaba a subir desde allí por la parte irregular de las colinas. No podía engañarme en la marcha. Habíanme dicho:

—Vas por la vereda, llegas al recodo de la roca, a la izquierda, y subes la ladera. Es el último alcornoque, tronco derecho y rojo, con la corteza quitada. Lleva cuerda para subir. Mira hacia arriba, acércate sin hacer ruido, óyelo bien — sin hacer ruido. Das en seguida con el nido. Cuando cierra la noche, llega el águila, con las alas abiertas, vuelo circular y

pequeños gritos alegres de buena ménagère que vuelve con el día ganado y un réptil en el pico corvo para sus pequeños hambrientos.

Retuve todo este itinerario, prometiendo no olvidar la menor precaución: iría despacio, muy despacio, sin sombrero, hasta descalzo, mirando hacia arriba y en dirección al alcornoque de tronco rojo y desnudo de corteza. Tenía entonces doce años, era sanguíneo y salvaje, de melena rubia, dientes pequeños y blancos, que guarnecían de afilados cortes mi risa escarlata y feroz, de korrigan vengativo. Achacábame el orgullo de un rey y la poca educación de un heredero presunto. Era de pocas palabras; al sol sentía alegrías colosales, que transbordaban de mí como el redoble de un tambor extravasa de la caja de aire; todos mis músculos, amplios y duros en la contracción, contorneados en las líneas altivas de un atleta imberbe, amaban la lucha y se tonificaban en la carrera. Había vivido hasta entonces en una granja, entre bueyes, de los cuales se desprende una manse dumbre poderosa que glorifica a la fuerza, donde el hombre regula los latidos de su corazón por el ritmo tranquilo de la gran naturaleza que se abre en evohés de alegría. Apenas rompía la mañana, ya estaba yo en pie, sentado en la mesa de la cocina con los gañanes de la granja, entre sopas patriarcales que el ajo impregna de olores vermífugos. Vestía como ellos la camisa de lana, el amplio sombrero de borla y los gruesos zapatos con tachuelas, peón en el bolsillo, una cicatriz transversal en la frente, de antigua pedrada. Era imperioso y adorado; y abusaba; decía siempre: "¡Quiero porque quiero!" Cuando yo dormía, iba a besarme mi madre, y una vez que me desperté con uno de estos besos, que son como ninfas caídas en el mármol de las epidermis frías, me volví y le dije furioso:

—¡A los hombres no se les besa, caramba! Cuando podía, quemaba las muñecas de mi hermana, y me gustaba verla llorar y hacerla sufrir, para reírme después.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho!

Pegáronme una vez. Mientras yo berreaba, el gallo, cantando, entonaba la apoteosis de una gallina con la cual se había desposado y que acababa de poner un huevo. Fuíme hacia él y le retorcí el pescuezo.

—Para que no te burles de mí. ¡Toma!

La era, delante del monte de la granja, estaba en plano inclinado, dura y lisa, sin hierbas. Me echaba desde lo alto y rodaba hacia abajo. No conseguían tenerme limpio, porque sentía un odio invencible a los trajes nuevos y a las pecheras planchadas, considerando un chisme inútil la corbata, la cual me servía para atar cencerros al pescuezo de las ovejas. Sólo años después comprendí que el mundo que yo no conocía, el otro, hacía de esta tira de seda una frontera, y peligrosa, aunque muy infestada por el contrabando.

Aquel día, apenas dieron las cinco y me vi fuera de la escena, eché camino del monte. Llevaba a la cintura una cuerda de cáñamo con un asa, para subir al árbol, y en el bolsillo una navaja de podar con hoja encorvada. Empleé todas las precauciones. Al doblar la roca, me descalzé los zapatos y me quité el sombrero. Metí la navaja en el pecho y me quité la cuerda de la cintura. Después me dirigí resueltamente al árbol. Allí estaba el nido; era enorme y construido sobre tres ramas robustas, como sobre los tres dientes de una horquilla. Hablando sinceramente, nunca había visto cosa igual. Tenía la forma oval de una cuna, y estaba tan alto, tan alto, que causaba vértigos. Había que subir hasta allí. Eché la lazada a la primera bifurcación del tronco, y me icé.

Después, encaramado en la rama más sólida, enganché el lazo en las ramas superiores y fui subiendo. A medida que me elevaba, la ascensión se iba haciendo más difícil: las hojas, en grupos compactos, me preadían por los cabellos; las ramas oscilaban bajo el peso de mi cuerpo, y sonaban de cuando en cuando estallidos amenazadores. Pero veía ya bien el nido del águila; primero, un sostén de cuatro o cinco ramas del alcornoque, cruzadas; después, un lecho de hojas secas y de palitos; sobre el lecho, hojas suaves de trébol, sanguinaria y heno, y forrando delicadamente el estuche, una cocha de plumas blancas que el águila se arrancaba del pecho, en sus transportes de madre. Con un trabajo impropio, llegué al pie del nido. Golpeábame el corazón en el pecho, y cuál no fué mi alegría al ver

acostados en el nido, uno junto a otro, adormecidos y temblando de frío, dos aguiluchos implumes, deformes todavía, pero de vigorosas proporciones. Había cerrado del todo la noche. Una luna clara, con reflejos metálicos, atravesaba las vaporizaciones del arbolado, penetrándolas de un polvillo de átomos brillantes. En las hayas del río celebraban juegos florales los ruiseñores, dirigiéndose los sonetos más rítmicos; la vena cristalina de los regatos iba contando al follaje húmedo de los juncos y cañaverales una leyenda antigua de hadas azules y tesoros moriscos, narración muy en secreto; entre murmullos de besos que se perdían mansamente a lo lejos.

Las campanas de la aldea tocaban a las oraciones, y las esperanzas pasaban volando por aquel silencioso aire, en que se agitaban mariposas negras trazando sinos de mujeres predestinadas. La luna recordaba con sus ranuras, en la teja del cielo desmayado, la máscara de la comedia en el telón de una ópera cómica, a la cual ilumina la luz de la batería.

Levanté los ojos: acababa de oír un grito. Vi el águila cernirse un momento sobre mi cabeza, con las alas abiertas, cuyas plumas en forma de cuchillo silbaban como aspas de molino en actividad. Después, aquel bulto negro descendió perpendicularmente, rabioso por mi audacia y abriendo el pico de curvos filos para herirme. Agarrado a la cuerda, di un salto, abandonando el nido, y quedé colgado un momento del árbol, a diez metros del suelo pedregoso, dando diente con diente de terror.

¿Qué hacer? La cuerda, por corta, no llegaba al suelo. Dejarme caer era morir. De repente, la rama dió un chasquido seco, sayeron algunas hojas y fui descendiendo lentamente. Cuando estuve en el suelo, con los dos aguiluchos en el pecho de la camisa y la navaja en los dientes, sentí un placer sin límites. Había destruido una felicidad y practicado la hazaña de subir al roble, sin otro auxilio que el de una pequeña cuerda nudosa y fina. Llevaría los implumes a la granja y los criaría con carne y sangre fresca de cordero. Y crecerían, hasta alcanzar las poderosas formas de los padres: pico encorvado y córneo, la terrible garra contráctil, simetría elegante en las alas, que un juego muscular pone en movimiento con inexplicable destreza. Y me pertenecerían, estarían en la jaula por mi voluntad; comerían si yo quería. Esta idea de tener a alguien bajo mi obediencia me llenó de orgullo. Podía hacer daño sin tener miedo de que arrancasen quejas. Y me venían deseos de oprimir, de pinchar, de torturar. ¡También a mí me pegaba mi padre! ¡Que sufriesen! En el robledal, el águila iba de rama en rama,

soltando a cada investigación inútil su grito melancólico. Corría por los árboles próximos, volaba casi a flor de tierra, golpeando con las alas en los tojos del bosque y marchando en todos sentidos como alucinada. Abrió después las alas horizontalmente, con un impulso de brusca concisión, se sostuvo en las plumas como en un paracaídas, y cortó el aire oblicuamente, subiendo a la región de las nubes. En el silencio del campo muerto, su grito de madre robada se oía en la obscuridad como el silbido de un barco en peligro que pide socorro.

Mi pasión de aquella noche fueron los aguiluchos.

Persistía en la idea de criarlos, "de hacerlos personas", decía yo. Tenían los ojos casi cerrados, con una orla amarilla y los párpados espesos, medio bajados. El pescuezo desnudo ofrecía un perfil recto; andaban a ratras, dando leves gritos en busca del plumaje caliente de la madre. Metiles a la fuerza migas de pan en el pico, que ellos escupían abriendo el gáznate con visajes de una gracia infinita. Servíles agua después; pero los sinvergüenzas rechazaban todo; y si los dejaba un momento, comenzaban a girar con la cabeza erguida en busca del bienestar que no sentían. Mi hermana, que, a pesar del misterio en que yo envolvía mis operaciones, había conseguido acechar lo que hacía, me dió la idea de poner los aguiluchos debajo de la gallina que empollaba en el gallinero los huevos que iba poniendo.

—Ella pensará que son pollitos, y las águilas irán creciendo, creciendo... ¿Y me darás la más chiquita, verdad?

—Darte... ¡un cuerno!

Cuando nos mandaron acostar a las ocho, ya estaba todo hecho: la gallina había consentido en adoptar a los dos huérfanos, y la cosa marchaba bien. En toda la noche no pude dormir, pensando en las aves. ¡Si los picase la gallina, si los expulsase del cesto!... Los gatos se lanzarían furiosos contra esos dos desamparados y los devorarían, gruñendo. Aplicaba el oído: como oyese chillar, saltaba enseguida de la cama. ¿Cuánto tiempo tardarían en crecer? Un mes o dos: estábamos a catorce. Y contaba por los dedos; ¡faltaba tanto tiempo todavía! Mandaría hacer un carro, para que tirasen de él los aguiluchos. ¡Y con qué envidia se quedarían los chicos de la escuela, viéndome llevado por los volátiles, como esos dioses que reproducía el Manual Enciclopédico!

Al día siguiente me levanté muy temprano: aun había estrellas. Y descalzo, fuí al gallinero, para averiguar lo que pasaba. Los mozos, en la era, hacían ya dar vueltas a los bueyes

trillando, y se oía en lo alto el *Angelus* cantado por la alondra. Me puse de cuclillas muy en silencio junto al cesto, extendiendo las dos manos a lo largo de la paja.

Dióse cuenta la gallina y, llena de cólera, con las plumas enhiestas, se precipitó contra mí a picotazos, implacablemente, hasta hacerme sangre. Recorrí palpando la cama de paja donde se hallaban los huevos; sólo encontré uno de los aguiluchos. ¡Diantre!

Entonces, sin temor ya de que se enterasen, corrí a abrir el ventanillo y entró el día humedecido por la niebla perfumada de la mañana. ¡Sólo había un águila, era cierto!... Di un berrido de novillo marcado por el hierro candente, que resonó en toda la casa. ¡Quería la otra águila por fuerza, por fuerza, por fuerza! ¡La quería, vaya! ¡La quería, porque la quería! Era mía, la había encontrado yo ¡vaya! Y como nadie me respondía, empecé a puntapiés con todo, ébrio de una furia sanguínea. Y con un tremendo llanto me revolcaba en el suelo completamente desnudo. Mi mayor deseo era que me atendiesen y que viniesen todos sorprendidos a saber lo que sucedía. La voz de mi madre llamaba a los criados; empecé a oír por los cuartos ruidos bruscos de zapatos que se arrastran y de faldas que se visten apresuradamente. Gritaba ya menos; había conseguido mi objeto; había molestado y asustado a todos los de la casa. ¡Era suficiente! Ahora todos irían a buscar mi águila; tenían que encontrarla por fuerza, o arreglarme otra completamente nueva, como aquélla. ¡No faltaba más!

Cuando de repente, llegó hasta mí el grito de la madre robada, grito bruseo y casi sordo, como si saliese de una garganta exhausta. Habíale oído toda la noche, ora cerea, ora distante y, siempre, con una nota de ira impotente y de súplica despreciada, en el tenebroso silencio del monte. Me asomé al ventanillo por atracción instintiva, para escuchar. Era un grito intermitente, primero muy débil y repetido, como de alguien que se queja — ¡gri! ¡gri! ¡gri! —; después, de pronto, esa voz se dilataba, enronquecía, lanzando casi un bramido. No expresaría mejor la angustia, la desesperación y la muerte de una mujer. Coloreábase el oriente como una epidermis sana que traduce la conmoción de un beso; en las moradas de los nidos, entre decoraciones de follajes y caricias de poética dulzura, las familias de pájaros, de mirlos, de jilgueros, tórtolas y abubillas cantaban sencillas y felices, reslumbadas por la irradiación del cielo.

Sólo ella, el águila, llamaba en balde a los suyos, a través de la inmensidad del éter, donde ondulaba la vibración luminosa, y apuñala-

da en su único amor, como esas crueles emperatrices que Dios castiga en el punto vulnerable de su alma.

Con los ojos muy abiertos, veíala volar a ras del suelo, por llanuras y peñascos, extenuada y ronca, desplegando las alas oblicuamente, de enormes plumas en forma de cuchillo, como techos de hogares despoblados por la desolación de la muerte.

—¡Pobrecilla! — decía yo conmovido — ¡Pobrecilla!...

Quedé entonces entorpecido por una sensación profunda y singular, que no había experimentado nunca. Sentía en la garganta esa opresión inexplicable que, en los niños, es el prólogo del llanto convulsivo e inconsolable, gracias al cual germina el alma en buenos impulsos y leales sacrificios, como se abren en la tierra las flores primaverales bajo el influjo de las primeras lluvias.

Antes de que vinieran a sorprenderme, corrí a vestirme, y, resuelto, con los ojos llenos de lágrimas y la cuerda a la cintura, fui a buscar el águilucho. Mi hermana me llamó, estaba sollozando.

—Mira, ¡se ha muerto!... — me dijo muy afligida, mostrándome el cadáver del otro, que, durante la noche, había ido a robar al cesto con mil precauciones.

—Por eso no la encontré — exclamé colérico, golpeando el pie.

Y a gritos, amenazándola con los puños cerrados, le decía lanzando improperios:

—¡Maldita! ¡Mala! ¡Peste! ¡Nuestro señor ha de castigarte, ya lo verás!

¡Ay de mí! En el gallinero, la gallina, furiosa, habiendo reconocido al otro expósito a la luz de la mañana, acababa de matarle a picotazos, echándole fuera del cesto.

Me eché a llorar. ¡Nunca había sido tan desgraciado! ¡nunca!... Ni cuando me pegaban con la zapatilla, que había debajo de la cama de mi padre, riéndose de mí por el agujero innoble del roto. ¿Qué hacer ahora?

Metí entre el pecho y la camisa los dos expósitos muertos y atravesé la era corriendo, sin dar a nadie los buenos días. Comenzaba el día. Rasgando las oscuridades en que estaba envuelto, el panorama salía de las neblinas disipadas acá y allá por el sol, en las crestas de los oteros. Bajé corriendo la ladera del monte, pendientes suaves desde donde la mirada divisaba por todas partes perspectivas del más bello matiz, encinares, rastrojos, regatos orlados de chopos y hayas, y, más allá huertos alegres donde chillaban las norias y subía en espirales el humo de las casas; viñedos sin fin, bordeando sinuosidades bucólicas; blancas ermitas situadas en las

montañas y que se perdían en la serenidad esfumada del horizonte; poblaciones que iban dibujando en la luz, más y más nítidas, sus líneas. El paisaje tenía ahora una nitidez de grabado. Las aldeas sonreían a la boda de la naturaleza en fiesta, mientras de una y otra banda grandes masas de arbolado ofrecían contraste sorprendente.

Por los terrenos segados caminaban tranquilamente los carneros de los rebaños, alargando el pescuezo, con la fofa corpulencia hinchada de lana, mostrándose en capas de menudas espirales.

Algunos viejos guiones experimentados y graves, con el hocico erguido, la gruesa cornamenta en anillos de diámetros crecientes, enrollada como el tupé de la cabellera de un dandy, con el cencerro colgando de correas de cuero, la oreja inquieta, miraban vivamente a lo largo, bebiendo los sonidos y buscando solícitos su origen, como quien tiene sobre sí la responsabilidad de la tribu y el porvenir de los menores. Por cima de la redondez de las ancas de algunos, levantábase a plomo, abriéndose camino, con las orejas horizontales, cándida ternura en la vista, cabritillos rubios, con las mandíbulas entreabiertas, por donde se escapaba un quejido tenuísimo ¡bé! ¡bé!, algo como los rudimentos de la cartilla del rebaño. Varios perezosos, parados a mitad de la corriente, sumergían el hocico en el agua, para beber. Algunos habían pasado ya y cortaban con los dientes las gramíneas diseminadas por los barrancos. El viejo perro descansa, en una postura de patriarca, mientras el pastor, con las medias tintas, con la manta al hombro y las polainas fruncidas en lo alto de los zapatos, tenía su aire parado de montañés, un mirar en que se mostraba la silenciosa dulzura de los olivares cenicientos y se reflejaba la concepción panteísta de un Dios que fecunda los trigos de las cosechas, preside a las crías y viene de noche a echar la bendición al ganado que duerme.

Corriendo a través del robledal, llegué al río, que pude cruzar de un salto de lobo, y sin detenerme me puse a trepar por la peligrosa ladera, en dirección al nido. Había acumulaciones salvajes de tojos y zarzales, cabezas de peñas parduscas, espinos de exuberante amplitud, que entorpecían el paso de quien fuese por allí. Y aquel rincón plutónico y brusco se dibujaba en una como penumbra de floresta, que caía filtrada desde arriba por el enmarañado follaje. Había dejado de oír al águila, y era conmovedor el sosiego de aquella región, equiparado al orfeón gigantesco de aves que entonaban en la planicie el poema sinfónico de la mañana. Por dos o

tres veces levanté la voz para comunicar la vida a los ecos del desfiladero. De roca en roca, el eco repetía la última sílaba, en un murmurio rezado alrededor de un féretro, y moría.

Por la montaña, troncos penitentes orando de brazos abiertos. En los charcos del río, las redceillas verdinegras de los limos, exhalando la putrefacción de las fiebres malas. Silencio abrumador, que pesaba.

Cuando llegué al nido, estaba jadeante. Y antes de levantar la vista hacia él, me detuve un instante, mirando alrededor con un terror sombrío que el remordimiento envenenaba. Si el águila me viese, podía matarme a picotazos. Y tendría razón. ¡Ay de mí!

Estaba solo. Desde allí no se veía ya el monte. De pronto, casualmente, hasta sin quererlo, di con el águila, que abría por cima del nido las alas y extendía sobre mí su pescuezo ávido. Me puse atemblar ante la rabia silenciosa que paralizaba a la terrible reina. Seguramente iba a levantar el vuelo y a caer sobre mí, para despedazarme con sus garras de tres cortes implacables de una venganza cruel.

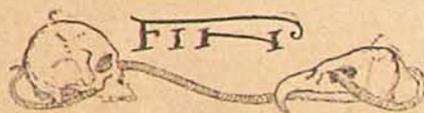
Nos miramos algún tiempo. Las alas del águila abrían sus abanicos enormes de varillas curvas. Continuaba, no obstante, la inmovilidad, y el pescuezo permanecía caído al borde del nido. Vínome la idea de que pudiese estar muerta. Le tiré una piedra: la misma indiferencia.

Sin querer saber más, saqué la cuerda y la eché a la primera rama del árbol. Cuando al-

cancé la altura del nido, pude ver bien de cerca al águila agonizante, a la cual agitaba un temblor vago. Era poderosa y magnífica de enormes alas parduscas, cuyas fuertes plumas se aguzaban como puñales en la punta. Estaba de bruces sobre el nido, como si quisiera calentar su pecho con el plumón blanquísimo en que sus hijos habían visto la luz primera. La cabeza, un tanto plana, terminaba hacia adelante en un pico de bordes dentados, y sobre su iris de oro el párpado iba cayendo en la sombra de la agonía, como un apagador sobre la luz del cirio pascual.

El águila murió aquel día, a la mismísima hora en que las otras aves volvían cantando a los nidos, para dormir con la prole. Durante mucho tiempo, al cruzar el robledal siguiendo a los rebaños de mi padre, pude ver, colgado en lo alto de la encina gigante, la cuna-sepultura, a la cual daba guardia día y noche el esqueleto del águila, con las alas extendidas, blanqueando en el sombrío follaje del árbol. Y veníanme remordimientos por haber sido yo el asesino de aquella dinastía real.

¡Va a completarse un año que tu hija bajó a la tumba, madre mía! Y viéndote encorvada por tu luto, pobre mujer envejecida por las lágrimas, sublime por toda una vida de abnegación sin ejemplo, quedo pensando conmigo mismo que debe ser cruel el Dios que tú adoras si nunca tuvo remordimientos de haber robado también — el Nido de Águila.



TRES SONETOS DE AMOR

POEMA

Tenían quince años. Con delirio
se adoraban los dos... Ella escondía
jugando su ternura, y él temía
decírla ni en secreto su martirio.

Y tornaban al pueblo cuando Sirio
con su chispa de plata el cielo hería;
y se pasaba un día y otro día,
y ella se puso blanca como un lirio.

Murió en un sueño... Y él, con paso tardo
la buscó en una fúnebre pradera,
y halló su tumba entre el crecido cardo.

Allí tuvo una lúgubre quimera;
y el pecho herido de punzante dardo,
la confesó su amor por vez primera.

Carlos Alberto Leumann.

EN OTOÑO

Fué al caer de las hojas. La agonía
del sol, iba a empezar desoladora,
y en el viento, una vieja arrulladora,
rezongaba su grave letanía.

Al balcón asomada, sonreía
en su fina altivez provocadora,
luciendo su elegancia seductora
que una nube de encajes envolvía.

Revelando las líneas impecables
de las formas, sus gracias adorables,
—del raso y del Deseo prisioneras—

así, toda de blanco, semejaba
una inmensa magnolia que anunciaba
yo no sé qué fecundas Primaveras.

Evaristo Carriego.

LA DULCE SED



¿Te acuerdas de aquel tiempo en que naciera
El verso mío? Llamada viva
Movía el alma, y nunca, Primavera
Logró en otra alma llama más activa.

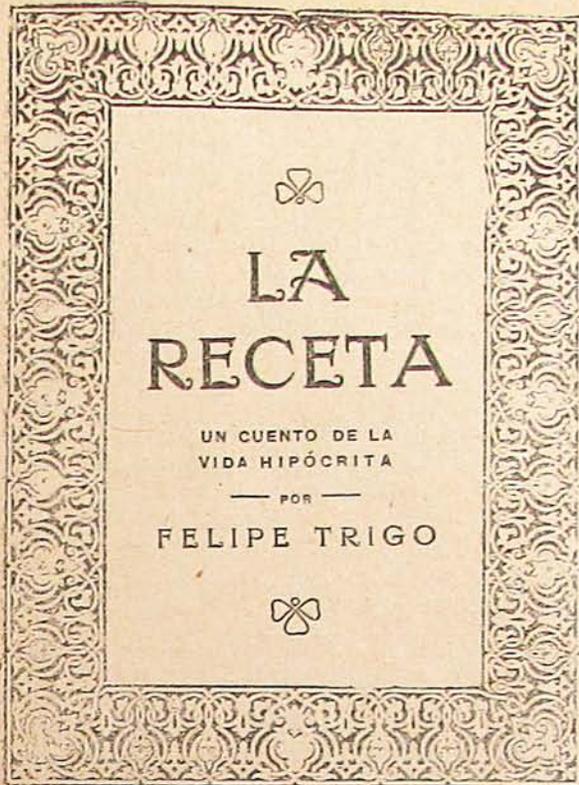
“Si el cazador a la serpiente priva
“De vida, yo aguardándolo a la vera
“Del bosque véngola: mi cabellera
“Lo abraza más que aquélla y no se esquivá.

Tal mi verso, orgulloso y altanero,
Quemando andaba; tal era el primero
Decir del alma, tempestuosa, ardiente.

Hoy, otra sed más dulce, la devora,
y acurrucada junto a tu alma, llora
cuando te miro, tímida, la frente.

Alfonsina Storni.





Terminada la consulta, pude entrar en el despacho, donde mi buen amigo el doctor se ponía el abrigo y el sombrero, para nuestro habitual paseo; pero el criado entreabrió la puerta.

—¿Más enfermos? ¡Estoy harto! Que vuelvan mañana.

—Traen esta tarjeta — contestó el criado, entregándola.

Y debía ser decisiva, porque Leandro la tiró sobre la mesa, volvió a quitarse el gabán y gritó malhumorado:

—Que pasen.

Dirigiéndose a mí, que me disponía a dejarle solo, añadió:

—No; espera ahí, tras el biombo. Concluiré a escape.

El biombo ocultaba un ancho sillón de reconocimiento. Me senté y saqué un periódico, viendo que el concienzudo médico alargaba la visita, a pesar de su promesa.

Eran señoras.

Con ellas había inundado el despacho un fuerte olor a *floramy* que se sobrepuso al del ácido fénico. Sus voces bien timbradas me distraían, y no pudiendo leer, escuché.

—Doctor, mi hija está cada día más delgada, sin saber por qué. Come poco, duerme mal y va quedándose blanca como la cera. Se cansa, se cansa esta niña, que era antes infatigable. Reconózcala bien, y dígame con claridad lo que padece. Estoy dispuesta a seguir un plan con el rigor necesario...

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años — replicó tímida la joven.

Francamente, al oírlo yo, me entró un vivo deseo de mirarla, a fin de comprobar si delante

de los médicos, en cuestión de edades, no mienten las mujeres... Enfilé un resquicio entre dos hojas del biombo... ¡Oh, qué deliciosa criatura! ¡Qué hermoso pelo de ébano bajo el sombrero de paja! Alta y esbeltísima, muy pálida, con los dientes como perlas entre los labios pintados, sin duda. Si mentía, merecía disculpa en gracia a su hechicero aspecto; y por mi parte diré que mi curiosidad, en cierto modo psicológica, quedó borrada por mi admiración, en cierto modo artística. La contemplé buen rato, sin parar mientes en el interrogatorio, al que contestaba la madre casi siempre...

Pero comprendí de improvisito que no debía seguir mirando. La encantadora chiquilla se desnudaba... Su mamá habíale quitado el sombrero y la estola, ayudándola a descorchetar el corpiño de seda, tirándola de las mangas después, en tanto que el feliz doctor — ¡felices los doctores que pueden ver estas cosas! — distraíase discretamente preparando el estetoscopio... ¡Qué diablo, perdónese me la indiscreción! Resolví quedarme atisbando... ¿Tenía yo la culpa?...

—Cuando guste — avisó la madre.

Al quitárseme de delante, vi a la joven en corsé, un pequeño y coquetón corsé de raso color caña, desajustado como la cintura de la falda, al aire los brazos y desabrochado en el hombro izquierdo el canesú de encaje. Una garganta ideal, un escote divino.

La seductora enferma, ruborosa y con una mano extendida sobre el pecho, no conseguía así más que revelar la exuberancia de sus senos, hundiendo entre ellos la finísima y blanca tela. ¡Delgada, decían! Aunque sí: era una de esas mujeres pasionales, delgadas con delgadez flexible, hecha para el amor, de brazos finos y seguramente de muslos más gruesos que la cintura.

El médico se acercó y empezó a auscultarla con atenta indiferencia, oprimiendo de un modo que me parecía brutal, en la carne de nieve el negro caucho del aparato, escuchando en todas partes mientras que la joven entornaba los ojos y entreabría la boca respirando con creciente adórfable angustia. Contestaba rápida las breves preguntas del doctor, y éste, interesado de pronto por algo anómalo que quería percibir mejor en la punta del corazón, separó la camisa para volver a aplicar el estetoscopio... Por encima surgía redondo y desnudo un bellissimo seno de estatua...

Ella cerraba los ojos, caída al respaldo la cabeza con languidez que a mí, profano, siendo de enferma, se me antojaba de amante... Él cerraba los ojos también; atento siempre, inmutable, si bien hubiese yo jurado que hubo un momento en que le ví sonreír con piedad y malicia.

—¿Es aquí donde más sufre?

—Sí — gimió la muy gentil, sintiendo que el joven doctor le posaba en el corazón la mano.

Y alzó a él los ojos, con fijeza de suplicio, casi estrábicos.

—Puede usted vestirse.

Inmediatamente mi amigo fué a tomar notas en su diario de consulta, hasta que la señora concluyó de ayudar a su hija.

Tornó entonces a sentarse cerca,

—Van ustedes a dispensar que me informe de algunos detalles.

—Un médico es un confesor, caballero — apuntó la dama, completamente ganada por la actitud beatífica de Leandro.

—¿Tiene novio?

—Sí. ¡Cosas de muchachos! Ha tenido novios... Se vistió de largo muy joven, a los quince años... y lo tiene ahora, según creo; pero esto no le preocupa, que yo sepa al menos... ¿Verdad, Purita? ¿Te da disgustos Marcial?

—No, mamá, ninguno; tú lo sabes.

—¿Por qué, pues, se desvela? ¿Tiene usted algún deseo no realizado? ¿Hay en sus ensueños alguna idea fija, dominante? ¿Qué suele soñar?

—¡Oh, nada! Tonterías. Mamá... dice que es por la debilidad.

La cariñosa madre intervino nuevamente.

Se acuesta tarde. Noches de dejar a las amigas a las tres, después de bailar como una loca. Yo creo que la desvela el mismo cansancio, porque no hay otro motivo, y en casa no se le dá el disgusto más leve. Es un delirio por el baile, la chiquilla.

—¿Y quiere usted mucho al novio?

Aquí sonrió Purita por única respuesta.

—¿Son antiguas las relaciones?

—Tres años.

—¿No quiere casarse? ¿Por qué no se casan?

—¡Bah, no, doctor!—saltó la madre—. ¡No piense usted que la apena eso! Mi hija es una chiquilla completa, que no se separaría de sus padres por nada del mundo, y que prefiere su casa y su piano y su espejo a todo. Su novio es un trasto, como ella: un chico de veinticuatro años, que tardará cuatro o seis en llegar a capitán, si quiera. Sería locura pensarlo.

—Sin embargo, puede que su hija, por respeto...

—¡Oh, no, no!—interrumpía testaruda la madre—. Sobre esto, doctor, quede tranquilo. Nada influye en la enfermedad, que, por el contrario, sería ahora un obstáculo más para la boda. Habrá que pensar primero en cuidarse. Mi hija, y su novio están demasiado hechos a las comodidades de sus casas para tomar otra que no podría ser, hoy por hoy, un palacio, con treinta y siete duros al mes...

Por segunda vez advertí en mi amigo una sonrisa, más francamente amarga al alejarse de las damas.

Entregó luego una receta, diciendo displicente:

—Se trata de un padecimiento funcional, de puro desequilibrio nervioso. Anemia... Quince gotas de ese elixir en cada comida, ejercicio, aire libre... pero nada de campo ni de aislamiento para esta señorita: sería peor... y... a su edad no hay inconveniente en casarla, señora.

Todavía tres docenas de palabras entre cumplidos y seguridades acerca de que la enferma tenía sano el corazón y el pecho, y concluyó la consulta.

Yo salí alborotadamente en cuanto se cerró la puerta.

—¡Bendita carrera, chico, que te permite contemplar tales encantos!

Y contra lo que esperaba, contestó indignado el médico:

—¡No! ¡Maldita carrera, que me obliga a contemplar tales miserias! ¡Esa divina criatura morirá tísica antes que su novio ascienda!... Yo he podido decirle a la madre: "Imbécil, tu hija no tiene falta de vida, sino vida que le sobra, que la abrasa, que la ahoga una y mil veces desde los quince años, agitándola enloquecida de ansia de amor, al volver del baile a su lecho solitario de odiosa virgen, contemplando su hermosura inútil... mientras que el novio que la enciende, va a concluir la noche encima de alguna prostituta." Y ya lo ves: hierro, gotas de hierro, y cobrar diez duros: porque si yo les diese la verdadera receta, a las madres, para estas pobres vírgenes... y mártires, ya hace tiempo que pasaría por un loco sinvergüenza y no vendría nadie a mi consulta. ¡Oh, qué farsa es la vida!

El día... de los sinvergüenzas

El prurito de la evocación no es más que una de las mil posturas con las que la decadencia pretende pasar por fuerza. Es un visaje del ocio, paralelamente estéril a la teatralidad que despliega. Mordisco al aire, sablazo al agua.

Llenar los días con recuerdos, significa tener los huecos, vacíos de cosas vivas y fuertes. Es entretener la vida para que no nos encare y nos putee sus reproches; echarle tierra a los ojos. Estar frente al porvenir ciego y sordo, ausente. Es ser reloj o almanaque con fin dentro de la esfera, sobre las hojas que mueren a plazo fijo. Hombres, no.

Los hombres llenan su tiempo con esfuerzos personales, propios, calientes de sangre. Traspasan de un solo golpe los calendarios. Tragan los días de un sorbo, de punta a punta; tragan los meses, también. Viven en una época. Los genios se plantan siglos, adelante, en un minuto; y en menos.

Esta es la vida de los inadaptados. No tienen "días". Sacan belleza o justicia del salvaje o de la piedra, riendo o llorando, a golpes o a besos. Y conscientes de la imperfección de su obra, siguen metiéndole.

No hay ciclo, etapa, punto final en su esfuerzo. Avanzan siempre. Y a veces levantan sobre la tierra un minuto como un monte: un verso. Y a veces, en una hora, hunden años de miseria: un descubrimiento. Son los hombres, la vida fuerte y caliente, creadora.

Día de la raza... del estudiante... del árbol...

—¿Qué es esto? —Ridiculez e inconciencia. Es lo mismo que decir: día del amor, de la libertad, del hijo. ¡Absurdo, absurdo!

Ahora, también, tenemos "el día de la aviación". Está bueno. El día de los sinvergüenzas ya lo teníamos. Es todo el año. Día por día.

RODOLFO GONZALEZ PACHECO.

JUAN PÉREZ O LAS TERRIBLES CONSECUENCIAS DE UN APELLIDO VULGAR

por ALVARO YUNQUE

A ojos vistas, Juan Pérez era un pobre diablo. Todo en él lo proclamaba así: su palabra balbuciente, sus ademanes tímidos, su faz pálida, con unos ojos color azul sucio, pequeños, dormidos; y sobre la que le caía, ralo, el cabello, incoloro como todo él, que parecía uno de esos muñecos baratos, desteñidos a fuer de exhibirse en la vidriera.

Juan Pérez era pequeño y magro, sus espaldas caídas y su pecho deprimido clamaban por una tuberculosis; el color blanco amarillento de la piel, por una dispepsia. Juan Pérez era uno de esos hombres insignificantes, tan insignificantes que ni la compasión se va a ellos; él nunca había oído decir a nadie con voz dulce y conmovida: ¡Pobre Juan Pérez!; ¡y vaya si se merecía que lo compadecieran el pobre Pérez!

Si vida, silenciosamente heroica, había sido una tragedia; pero una tragedia sin alaridos en verso, como las que el público gusta aplaudir. La tragedia de su vida era monótona, sólo tenía dos actos: hambre y frío.

Su padre, pobre empleado, hizo milagros para que estudiase, y Juan Pérez se graduó de licenciado en letras, allá en su Madrid natal. Murió el padre y Juan Pérez con su título inútil, hambreado y friolento, empeñóse en querer trabajar... ¡Pobre Juan Pérez: querer trabajar!...

Ya harto de miserias, se largó a Buenos Aires. Allí las pasó también el pobre, comprobó allí que el hambre y el frío de Europa son el hambre y el frío en América. Pudo, al cabo de mil distintos empleos, coger una cátedra de literatura preceptiva en una academia, cuyo director había sido su condiscípulo. Después cogió otra de historia de la literatura, Juan Pérez se creyó un potentado; y se dió el inaudito lujo de enamorarse.

Cuando le ocurrió "aquello", Juan Pérez tenía treinta y cinco años, la niña que lo enamoró no pasaría de treinta; pero ¡qué tribulaciones las suyas antes de mirarla fijo, antes de saludarla, antes de, por primera vez, hablarla!

La niña accedió a sus solicitudes, y Juan Pérez, meticulosamente vestido, presentóse a los padres para solicitar su beneplácito. Muy serio, con una emoción que le estrangulaba las frases, haciéndoselas salir silbando, expuso su situación financiera primero, y sus miras futuras después.

Fué aceptado por el padre; mas la madre, una obesa matrona, opuso resistencia ante la vulgaridad del apellido del pretendiente:

—Mi hija, una Rosarondo, una nieta del capitán Rosarondo, casarse con un Pérez!... ¡No ha oído usted hablar del capitán Rosarondo, caballero!...

Pérez nunca había oído hablar de él; pero

creyó oportuno conocerlo:

—¡Ah, exclamó

—¡Sí, si señora!

triumfante la dama, el capitán Rosarondo, mi padre, fué uno de los próceres de la Independencia; ah, usted comprende que para una nieta del capitán Rosarondo llamarse Pérez, Pérez, Pérez!... ¡Es duro!

Ya lo creo que era duro para el pobre Pérez, la dama pronunciaba su apellido como si con él lo apedrease. Oh, si Juan se hubiese podido limpiar de su Pérez, cómo hubiera fregado, y con qué fuerzas!; pero inútil era pensar en ello, ¡qué odio llegó a tenerle!

Se atrevió a decir:

—Bien, señora; pero su hija lleva el apellido de su esposo, se llama Fernández que es un apellido tan vulgar como Pérez...

—Se equivoca usted, caballero, la interrumpió ella, mi hija se llama Jacinta Fernández y Rosarondo!

Juan Pérez no se atrevió a protestar. A su suegra en ciernes le chisporroteaban los ojos y se mordía los labios con unos dientes de rata igualitos y pequeñines... Echó una angustiosa mirada a Fernández, y lo vió tan aplastado como él. Fernández lo miró, y se comprendieron; eran dos espíritus hermanos, hermanos y vulgares como sus patronímicos; sobre ellos, imponente, se elevaba aquella matrona hija de un prócer, que no tenía monumento ni figuraba en la historia porque es muy grande la humana injusticia.

Después que los dos hombres se miraron con

la misma congojosa mirada, hubo un silencio incómodo que ellos trataron de quebrar con carrasperas y toses fingidas, ya que sus pensamientos, unos pensamientos llameantes, se negaban a hacerse humo de palabras.

Pero la matrona, hija del capitán Rosarondo, habló. Con aquella voz rotunda, que de seguro heredaría de su ilustre ascendiente, como heredaría el bigote que ornaba su labio superior, dijo:

—He encontrado el modo de desvulgarizar su apellido, caballero.

—¡Eh?... dijo Juan Pérez.

—Sí, caballero: en lugar de firmarse Juan Pérez, a secas, firmese usted: Juan de Pérez.

Juan la miró estupefacto. ¡Qué talento el de aquella dama! Oh, lo que es tener un ascendiente prócer, pensó el infeliz, que descendía de anónimos labriegos.

Fernández, feliz como Pérez, sonreía. Y los dos hombres volvieron a mirarse con una larga mirada de simpatía, de anonadamiento.

Y el plebeyo Juan Pérez quedó convertido en el noble Juan de Pérez. La nieta del prócer capitán Rosarondo, apelábase así: Jacinta Fernández



y Rosarondo de de Pérez. Todo estaba salvado; y la sombra augusta del capitán sonreiría allá en los cielos, donde pastaba.

Ya un año hacía que "Juan de Pérez", a título de novio, visitaba la casa de Rosarondo Fernández; había hecho sus ahorritos para desposar a la nieta del prócer; el director de la academia habíale aumentado la soldada; todo le sonreía, pues, y, el antes desventurado Juan Pérez, se sentía el feliz Juan de Pérez.

Mas no en vano el sino parece marcar a los que quieren vencer, pese a los libre-arbitristas. El sino había marcado con aquel vulgar Juan Pérez al inofensivo profesor de literatura; y ello había de tumbarlo.

Juan tenía un rival en la academia, llamábase José González, y era el profesor de gramática. González odiaba a Pérez, porque aspiraba a sustituirlo; era un hombre recio, de ojos profundos y sonrisa falaz. Ya en muchas ocasiones, Pérez había notado que le buscaba camorra sobre tópicos gramaticales; pero él, prudentemente, lo esquivaba. Juan se sabía su Hermosilla, que le daba de comer, ¿a qué habría de recordar las pesadas reglas y excepciones con las que entretenían sus ocios los gramáticos?

Y una noche, mientras comían en la mesa de profesores, se produjo la catástrofe, la arremetida de aquel rudo González ante el cual temblaba el infeliz Pérez.

Dijo González, sonriendo con una maléfica sonrisilla, en tanto paladeaba el café:

—Señor Pérez: he leído esta mañana, y con gran sorpresa mía, que usted se firma así: Juan de Pérez; sépase usted, señor catedrático de literatura preceptiva e historia de la literatura, que ese "de" que usted antepone a su apellido, es sencillamente absurdo. Y me sorprende que lo use un profesor de literatura preceptiva e historia de la literatura.

—¿Por qué?, preguntó Pérez.

—Ah, ¿por qué me pregunta usted?; ¿y esta pregunta me la hace un profesor de literatura preceptiva e historia de la literatura? ¡Pues, mi señor catedrático, porque ese "de" precediendo su apellido Pérez, viola las sagradas e inmutables reglas de la ortografía castellana! ¿O es usted un revolucionario que pretende violarlas?; supongo que no es usted un revolucionario...

Pérez lo miraba loco. González prosiguió, enfáticamente, ante el auditorio profesoral, que se regodeaba:

—Ese "de" precediendo su apellido patronímico Pérez, revela una cabal ignorancia de gramática, lo que, en un profesor de literatura preceptiva e historia de la literatura, señor catedrático, ¡es monstruoso, es un delito!, rugió el terrible González, redondeando el párrafo como si recitase algún drama del repertorio clásico.

Pérez temblaba, sin atreverse a hablar siquiera. González preguntóle:

—¿Sabía usted, señor catedrático, sabía usted que esa partícula prepositiva "de" no puede proceder un patronímico?

Pérez no respondió. El otro, implacable, volvió a la carga:

—Contésteme, ¿lo sabía usted?

Pérez, con la cabeza, hizo señas de que no lo sabía.

—Ah, himno triunfante el otro, ah, ¿no lo sabía usted, señor catedrático, no lo sabía?, pues, lo sabrá de hoy en adelante. Tendré el honor yo, modesto profesor de gramática, tendré el honor de enseñárselo a usted, señor catedrático de literatura preceptiva e historia de la literatura. Escuche...

Y ante el auditorio profesoral, González, explicando a su rival como si fuese un alumno, recitó:

—Los apellidos españoles, se dividen en tres clases: solariegos, personales y patronímicos. Solariegos son los que arranean del lugar de donde procede el linaje; verbo y gracia: Toledo, Aragón, etc. Personales, los que arranean de una personal circunstancia del primero que los llevó; ejemplo: Herrero, Blanco, etc. Y patronímicos, los que derivan del nombre paterno; así: López de Lope, Martínez de Martín, Ramírez de Ramiro, Díaz de Diego, García de García, Álvarez de Alvaro, Estébanez de Esteban, Peláez o Páez de Pelayo, Ordóñez de Ordoño, Sánchez o Sánchez de Sancho, Muñiz o Muñoz de Munio, Giménez de Gimeno, González, que es el mío, de Gonzalo y Pérez, que es el suyo, de Pero, voz arcaica, hoy: Pedro.

Los apellidos solariegos deben llevar la preposición "de", y, los que no la ponen, cometen solecismo, como lo comete usted, señor Pérez, al anteponerse dicha preposición; así debe decirse: Juan de Toledo o José de Aragón.

Los personales no deben llevar preposición, y es antigramatical decir: Juan de Herrero o José de Blanco.

Pero en los patronímicos, es disparatado, es redundante el uso de esa preposición, ya que la propia terminación en az, ez, iz, oz, quiere decir "de", implica "hijo de"; así: Pérez, "hijo de" Pero.

Ya ve usted, señor Pérez, que es violar las reglas más elementales de la ortografía y la sintaxis castellanas el firmar: Juan de Pérez. No lo haga usted más, señor catedrático, porque a ser yo el director de esta academia, me bastaba esa palpable prueba de ignorancia, para destituirle a usted. Firme Pérez, a secas; y si desea ilustrar su apellido, ¡ilústrese usted!

Concluyó su discurso González, el terrible; levantóse con la mirada puesta sobre el trémulo Pérez, y se salió del comedor rozagante, ebrio de gloria.

Comentando, separáronse los demás profesores, y quedó Juan, solo en el comedor, anonadado. Púsose de pie, dirigióse a su alcoba, sentíase mal, le ardían los ojos, dos puños férreos le apretaban las sienes.

Una vez en su estancia, pensando, monologó:

—Sí, debo quitarme el "de"; pero, ¿y qué dirá mi futura suegra? Me expulsará. ¿Cómo va a permitir que su hija, la nieta del prócer capitán Rosarondo, case con un simple Pérez?...

Se abismó en hondos pensamientos, y pensó tanto que sus piernas se negaron a sostenerle, hubo de sentarse en el borde del lecho; con los ojos azul sucio espavoridos, muy abiertos, como clavados en una viga...

... Amaneció muerto.

Se había ahogado con los calzoncillos.



LA PERFECTA SOLTERA



POR ANTONIO ZOZAYA

Una muchacha me ha pedido un libro y yo le he entregado "La perfecta casada". Me lo ha devuelto con la más amarga de las sonrisas. "¿Para qué necesito ese libro?—me ha dicho.—Lo probable es que no me case jamás."

Entonces he pensado que hace falta escribir "La perfecta soltera". A la casada puede hacerla perfecta el amor. Sin él fracasarán siempre Michelet y Fray Luis. No hacen falta consejos ni admoniciones allí donde todo lo enseña el instinto; pero para poder resistir la vida solitaria, sin hombre que proteja, sin hijos que acaricien, esperando siempre en vano un suceso que cambie el panorama de la vida, un alda bonazo, que tarda en sonar, a las puertas del corazón, sufriendo la condena de un abandono infinito e irremisible, ¡para eso sí que hacen falta libros! Libros que consuelen, que enjuguen lágrimas amargas o que acostumbren a las pobres mujeres a defenderse de esa grande y odiosa iniquidad que se llama el celibato masculino.

Hemos aprendido de Epiteto que entre las cosas que menos importan están los hijos y la mujer. La Iglesia nos ha dicho que el matrimonio no es el estado perfecto, y Goethe que el genio fracasa en la vulgaridad de la vida tranquila de familia. Lo hemos oído también muchas veces a nuestros amigos: casarse es "cortarse la cabeza", cerrarse las puertas del porvenir. Así, dejamos pasar los meses y los años, y un día, cuando se nos dice que también nosotros podríamos crear un centro de afección, un núcleo de vida, amar y ser amados, contestamos seca y concisamente: "Es tarde".

Es verdad; es tarde para regenerar nuestro espíritu, embotado en la sensualidad, sumido en la delectación egoísta. No nos acostumbraríamos ya a proteger y a ser protegidos, a oficiar a un tiempo de sacerdotes y de dioses en ese templo del verdadero amor, que tiene dos aras y en que no hay sacrificio sin recompensa; a saborear esos goces puros, exquisitos, impagables, reservados a los organismos selectos. Seríamos ya incapaces de hacer la conquista lenta, tenaz, incesante, de un espíritu débil, soñador, femenino, nosotros que nos vanagloriamos de haber conquistado tantos cuerpos o de haberlos pagado a tanto la pieza. No sabríamos ya jamás lo que es la presión de nuestro brazo de la mano de una mujer que nos lo deba todo y que cuando vea marchitarse su belleza y su juventud, encantada de nuestra constancia, reconocida, a nuestra grandeza, se apoye en nosotros como una enfermita del alma y no recompense con esa ternura, con esa devoción absoluta, sin la cual jamás puede haber posesión segura y completa.

Seguimos ciegos. Creemos que han sido nuestras muchas mujeres que nos entregaron sus cuerpos, mientras su cerebro y su corazón seguían siendo para nosotros profundos enigmas. Nos aburríamos de ellas sin haber hecho sino tocar su piel. Supusimos que una sola mujer nos cansaría pronto, incapaces como éramos de encontrar en ella siempre lo nuevo, lo inesperado, la realidad inagotable. Creemos conocer a fondo lo que

no vimos sino en un solo de sus infinitos aspectos. La prueba más contundente que damos los hombres de vulgaridad es desdeñar por cansancio a una mujer, como si fuera posible llegar a conocer en absoluto todos los misterios del alma femenina, todos los encantos nuevos que puede desplegar, aun sexagenaria, a la evocación de otra alma gemela, todos los secretos hondos de un ser delicado y complejo. No pudimos encontrar ni un solo destello allí donde un cincel más diestro y genial hubiera hecho surgir un tesoro de cambiantes de luz.

Agotados, mustios, sintiendo, como Gautier, no poder inventar un nuevo pecado, llegan no pocos hombres a doblar esa cumbre tras la cual no hay más flores que las de las plantas que supo sembrar uno mismo. Se encuentran solos, y su escepticismo llega a aterrarlos. Es tarde. Entonces el encono los hace repetir todas las invectivas que los sombríos padres de la Iglesia fulminaron sobre la mujer. Declaran que es necia, que es infame, que es incapaz de saber y virtud. Así fueron las hetairas que conocieron, o, por lo menos, así para ellos fueron. Lo que no pudieron soñar es que a la mujer hay que crearla, y que esa labor es lenta y penosa, y requiere llevar en la frente una luz y en la mano un cincel.

Durante los años de disipación, en que se malgasta la juventud y la inteligencia, arrojando perfumes en vasos sin fondo, depositando joyas en arcas rotas, vertiendo ideas en cerebros vacíos, pasan cerca y miran con profunda tristeza muchas blancas imágenes desgajando guirnaldas, apariciones a las cuales no se concede ni una mirada ni una sonrisa, y que se alejan mudas y tristes. Cualquiera de ellas traía el amor verdadero. Unas parecieron pobres; otras, incapaces; ésta voluble; aquella, vulgar. No se imaginó que corregir aquellos defectos debía ser obra del amor y además, repugnaba la idea de sacrificio. Se prefirió vegetar solitario; pero, al fin, sorprende la caducidad y entonces se busca a deshora la unión legal o ilegal con la advenediza, que ni ama ni comprende. Sobre la frente del solitario ha escrito el Destino: "Ni amor ni virtud".

Hace falta para las solteras un libro: un libro que las enseñe a conocer a los egoístas y a apartarse de ellos; en que se pidan medios de defensa y trabajo; en que se busque la manera de emanciparlas. Son muchas las mujeres que ven marchitarse su juventud sin que llame a sus puertas un varón honrado. Cada día serán más, porque cada vez son mayores la miseria y la prostitución, y los hombres más débiles para la lucha y más incapaces de amor verdadero.

Pero para que sea escrito tal libro es preciso cerrar esos otros en que sólo se habla a la mujer de deberes y jamás de derechos; en que se la niega el trabajo y la personalidad; en que se la somete al varón y se la considera un ser inferior y poco menos que irredimible. Hay que renunciar a los antiguos moralistas y oír a los apóstoles nuevos, que no hablan a la mujer de resignación ni de obediencia, sino de emancipación y de cultura.

ENSAYO SOBRE EDUCACION

POR GEORGE BERNARD SHAW

PADRES E HIJOS

El niño es padre del hombre

Lo es? Entonces, en nombre del sentido común, ¿por qué persistimos en tratarle según la suposición de que el hombre es padre del niño? ¡Ay, los padres! Y no nos bastan los padres; nos hacen falta también los padrinos, olvidando que el niño es padrino del hombre. ¿No os ha chocado nunca el que, en un país cuyo primer artículo de fe es la creencia de que todo niño nace con padrino, al que llamamos "padre nuestro que estás en el cielo", se permita que se presenten en la ceremonia del bautizo del niño, dos individuos mortales y bastante mediocres, y expliquen que son los padrinos y que se encargarán de la salvación del niño hasta que deje de serlo?

Yo tenía a una madrina que se hizo responsable de mí de esta manera. Me prestó una Biblia con cierre y bordes dorados, una Biblia mucho más grande que las que regaló a mis hermanas, porque mi sexo me daba derecho a un artículo de más peso. En los veinte años siguientes debían de ser cuatro por lo menos las veces que vi a esta dama. Jamás hizo alusión alguna a mi salvación. A veces vienen gentes a pedirme que apadrine a sus hijos, y con una ligereza que me convence de que para ellos no comprometo a otra cosa que a llamar a la indefensa criatura George Bernard, sin miras a la posibilidad de que puede criarse en la más viva detestación de mis ideas.

Una persona aficionada a la lógica podía argüir que si Dios es padre de los hombres y si el niño es padre del hombre, resulta que el verdadero representante de Dios en el bautizo es el niño mismo. Pero semejantes rompecabezas son poco populares, porque implican que nuestras pequeñas ceremonias o, como muchas veces las llamamos, nuestra religión, quiere decir algo, o que iriginariamente debía de querer decir algo, y que nosotros comprendemos y creemos ese algo.

Pero mi deber no consiste en hacer más confusa la confusión, sino aclarar la cosa. Sólo que no está de más principiar dando una muestra del pensamiento y de la práctica corriente que ponga de manifiesto lo grande que es nuestra confusión en el asunto de los niños. En general, sea la que sea nuestra teoría o falsa teoría, es nuestra costumbre considerar al niño como propiedad de sus padres físicos inmediatos, y dejar que éstos hagan con él lo que quieran, hasta donde el niño se lo permita. No tiene derechos ni disfruta libertad; en fin, su condición es precisamente aquella que los adultos reconocen como la más miserable y políticamente peligrosa para ellos mismos, o sea la esclavitud. Para atenuarla, confiamos en el natural cariño de los padres y en la opinión pública. Un padre no puede permitir, por su propio crédito, que su hijo ande andrajoso. Y también en una parte muy

considerable de la población, los padres llegan por fin, a depender de sus hijos para su manutención. Así se ponen frenos a la esclavitud de los niños que no operan para la esclavitud manual e industrial o que son menos eficaces. Son de dos categorías los casos atroces, pero vienen a ser realmente una sola; v. g., el de los niños cuyos padres son excesivamente adictos al lujo sensual de acariciarlos, y el de los niños cuyos padres son excesivamente adictos al lujo sensual de torturarlos físicamente. Existe una sociedad para la protección de la infancia que ha dado al traste eficazmente con nuestra creencia de que se puede fiar más de las madres que de las madrastas, y de los padres más que de los capataces de esclavos. Y hay un cuerpo jurídico, siempre creciente, destinado a impedir que los padres utilicen inhumanamente a sus hijos en la tarea de ganar dinero para la familia. Semejante legislación ha encontrado siempre la más feroz resistencia por parte de los padres, aun en la época en que los horrores habían llegado a su colmo; y la extensión de esta legislación resultaría hoy día imposible si no fuera que los padres a los cuales afecta directamente carecen de mayoría de votos en el Parlamento. En la vida doméstica, gran parte de los servicios los realizan los niños, haciendo de niñas y de criadas para todas las faenas, las muchachas, y los chicos, de mandaderos. En el campo, tanto las muchachas como los chicos realizan una parte sustancial de las labores. Es por esto que resulta preciso coaccionar a los padres para que dejen ingresar en la escuela a sus hijos, si bien entre la clase poco numerosa de los que emplean varios criados, resulta imposible influir en los padres para que los niños permanezcan en el hogar, pues pagan a los maestros para que se les quiten de encima.

Parece, pues, que el vínculo de cariño que existe entre padres e hijos no libra a los niños de la misma esclavitud que la privación de derechos supone en la vida política de los adultos. A veces la intensifica, a veces la suaviza; pero, en fin de cuentas, los hijos y los padres se afrontan como dos clases en que todo el poder político está de lado de una de las partes; y los resultados en nada se diferencian de los que se presentarían si no existiera entre ellos la consanguinidad, si los unos fueran blancos y los otros negros, los unos emareipados y los otros privados de los derechos civiles, o si los unos disfrutaran el rango de señores y los otros de villanos. Lo cual no quiere decir que la Naturaleza no cuenta para nada y los derechos políticos lo son todo. Pero la denegación de los derechos políticos y la entrega de una clase al dominio de otra, opera tan profundamente y de tan diversa manera en las relaciones de unos y otros, que resulta imposible averiguar cuáles son las verdaderas relaciones naturales entre las dos clases, hasta que quede abolida la relación política.

¿Qué es un niño?

Un experimento. Una nueva tentativa de producir al hombre justo, hecho perfecto, o sea, de hacer divina a la humanidad. Y viciaréis el experimento si realizáis la más pequeña tentativa de amoldarlo en alguna figura fantástica de vuestro propio capricho: v. g., según vuestras nociones del hombre bueno o de la mujer femenina. Si lo tratáis como a una bestezuela feroz a la que hay que domar, o como animal doméstico con que jugar, o hasta como instrumento para ahorrarnos molestias y ganarnos dinero (y estas son las actitudes más corrientes), el niño puede salir victorioso de la prueba y salvar su alma viviente, porque os resistirá con todos sus instintos; pero si echáis mano a las aspiraciones más santas del niño y las corrompéis para vuestros propios fines, apenas hay límite al daño que podéis causarle. Echadle ternos al niño, tiradle las botas a la cabeza, arrojadle volando del cuarto con un manotazo o un puntapié, y la experiencia le resultará tan instructiva al niño como un encuentro con un perro irrecible o con un toro. Francisco Place nos dice que su padre nunca dejaba de propinarle una bofetada al hijo que se hallara a su alcance. El efecto que produjo en los pequeños Place este proceder, parece que fué sencillamente el de hacerles esquivar su encuentro, que era sin duda lo que deseaba el padre, hasta donde llegaban sus deseos de cosa alguna. Francisco recuerda el hábito sin amargura, teniendo motivos para felicitarse de que su padre respetara el interior de su cabeza al tiempo que pegaba el exterior; lo cual hizo posible que Francisco llegase a servir a su país en calidad de esa cosa tan rara y tan admirable como es un librepensador: la única especie de pensador, sea dicho de paso, cuyos pensamientos y, por consiguiente, cuyas convicciones religiosas merecen mi respecto.

Ahora, muchos calificarían a mister Place de mal padre, y yo no afirmo que lo era eminentemente bueno. Pero comparado con el padre convencionalmente bueno, que deliberadamente se hace pasar ante su hijo por un dios; que se aprovecha de la candidez infantil y del culto a los padres para persuadir al niño de que lo que aprueba su padre es bueno, y malo lo que desaprueba; que le impone determinada línea de conducta mediante un sistema de prohibiciones y castigos, premios y elogios, del cual finge tener la aprobación divina; comparado con esta especie de abortistas y fabricantes de monstruos, yo digo y afirmo que mister Place casi parece una Providencia. No quiero decir que sea posible vivir con los niños, como tampoco con los adultos, sin imponerles reglas de conducta. Llego un momento en que toda persona que posee nervios tiene que decirle al niño: "No hagas tanto ruido!" Pero supongamos que el niño pregunta por qué no ha de hacerlo. Se emplean varias contestaciones. La más sencilla: "Porque me irrita". puede fallar, porque es posible que se le antoje divertido al niño irritaros; además, el niño, que casi carece de nervios, puede que no sea capaz de comprender claramente vuestras

palabras. En todo caso, es posible que le interese más al niño hacer ruido que respetar vuestra comodidad. Por tanto, podría resultar necesario que le expliquéis que la irritación tendrá como consecuencia el que hagáis algo desagradable si continúa el ruido. Ese algo desagradable puede que no sea nada más que poner una cara de sufrimiento, cuyo objeto es despertar la compasión afectuosa del niño (si es capaz de sentirla), o puede llegar a su expulsión del cuarto con derroche de innecesaria violencia; pero el principio es el mismo: no supone el empleo de falsas pretensiones; el niño aprende de manera directa que no le ha de aportar ningún provecho la falta de consideración para los demás. Y también, quizás, que mamá, quien le ha obligado a aprender de memoria el Sermón en el Monte, no es realmente cristiana.

El pecado de Nadab y de Abiá

Pero hay otra especie de contestación que goza de gran favor y que no es ni franca ni instructiva ni ofensiva. En su forma más sencilla, sustituye el "No hagas tanto ruido" por "No seas malo", lo cual quiere decir que el niño ya no nos molesta con un proceder infantil completamente sano y natural, sino que ofende a Dios. Esto es un embuste blasfemo, y el hecho de que se halla en boca de todas las niñeras no lo justifica en lo más mínimo. Dickens nos habla de una niñera que elaboró la fórmula en lo siguiente: "Si haces eso, los ángeles no te querrán nunca, nunca". Yo me acuerdo de una criada que solía decirme que si no era bueno, con lo cual quería decir que si no me portaba con miras exclusivas a su conveniencia personal, el gallo bajaría por la chimenea. Otras gentes menos imaginativas, pero igualmente hipócritas, me decían que iría al infierno si no me hacía grato a ellas. La violencia corporal, cuando es la expresión precipitada de un normal resentimiento provocado, y no de la crueldad viciosa, no puede hacerse tanto daño al niño como le hace esta suerte de superchería ajesuítada. Hay un límite legal a la crueldad física, y también hay un límite humano. Existe una Sociedad activa que echa el guante a los padres que matan de hambre a sus hijos y los torturan y les imponen trabajos excesivos; a otros muchos padres basta asustarlos. Cuando se cogen a padres de tal naturaleza, se les trata como a criminales; y no es infrecuente que la Paliccia tenga que hacer un esfuerzo por impedir que se les linche. Las gentes contra las cuales los niños carecen totalmente de protección, son aquellas que se dedican a esa perversa y cruel especie de aborto que se llama educar a un niño como es debido. Ahora, nadie sabe cuál es la manera debida. Todos los métodos descubiertos hasta ahora han tenido como resultado los horrores de las civilizaciones actuales, descritas con mucha justicia por Ruskin como hervideros de gusanos humanos agonizantes, que luchan los unos con los otros por una migaja de alimento. La superchería ajesuítada representa una tentativa de pervertir esa cosa sagrada y preciosa que es la con-

ciencia de un niño, haciendo de ella un instrumento de nuestra propia conveniencia, y de emplear, para nuestros propios fines interesados, esa maravillosa y terrible potencia que se llama vergüenza. Es el pecado de robar el fuego del altar, pecado cometido con tanto cinismo por papas, padres y pedagogos, que no es de extrañar que las niñeras no vean inconveniente en robar algunas cenizas cuando se ven fastidiadas.

A los abismos más tenebrosos de esta violación del alma de los niños, apenas nos atrevemos a asomarnos, porque en ellos vemos cómo la superchería jesuitada encubre la violación del cuerpo con la crueldad obscena. A cualquier padre o maestro de escuela que experimenta un placer secreto y abominable en la tortura, se le permite armar lazos en que todo niño ha de caer forzosamente, para luego pegarle a sus anchas. Un caballero me escribió en una ocasión, diciéndome, con la evidente convicción de que se mostraba razonable y digno, que por lo único que pegaba a sus hijos era por faltar a la perfecta obediencia y a la verdad absoluta. En estos atributos, dijo, había de insistir. Ya que lo uno no constituye siquiera una virtud, y lo otro es atributo de un dios, se puede imaginar cuál habría sido la vida de los hijos de este caballero si le hubiera resultado posible realizar sus monstruosas y absurdas pretensiones. Y, no obstante, podría haber escrito esa carta a "The Times" (por poco lo hace, sea dicho de paso), sin incurrir en el peligro de verse encerrado en una casa de salud, ni siquiera de perder su reputación, por el hecho de entender rectamente sus deberes de padre. No era, por lo menos, una actitud frívola ni carecía de buena intención. Es bastante más respetable que la opinión corriente de que, si un maestro de escuela consigue idear una pregunta a que no sabe responder un niño, o si por casualidad le oye decir, "omega" por omega, tiene pleno derecho de vapulearle brutalmente. Sólo que la crueldad ha de ser encubierta con un pretexto de orden moral y ha de realizarse con apariencias de mala gana. Ha de ser para bien, del niño. El agresor debe decirle: "Esto me hace más daño que a tí" Ha de haber, a más de la crueldad, la hipocresía. El mal que se le produce al niño sería mucho menor si el sibarita le dijera: "Te pego porque me gusta pegarte, y te pegaré siempre que pueda inventar pretexto para ello." Pero hacer pasar esta detestable lascivia por manifestación de la cólera divina, y esta crueldad por un acto benéfico de Dios, que es precisamente lo que hacen todos los vapuleadores de niños, supone añadir a la tortura del cuerpo, de la cual el vapuleador consigue por lo menos un placer, la mutilación y la obcecación del alma de la criatura, que ha de inspirar horror a todos.

La fabricación de monstruos

Esta industria no es de ninguna manera peculiar de la China. Los chinos (según dicen) fabrican monstruos físicos. Nosotros, los vilipeendiados por ello, dedicamos nuestros talentos a fabricar monstruos morales de nuestros propios hijos. El padre que le dice a su hijo: "Yo soy uno de los aciertos del Todopoderoso: por tanto, imítame en todos los detalles o te desollaré" (actitud bastante corriente), resulta aún más ridículo que el hombre que, pipa en boca, zorra a su hijo por fumar. Si os resulta absolutamente preciso servir de ejemplo a vuestros hijos (que no es de ninguna manera necesario), que sea como escarmiento y no como buen ejemplo. Pero vale más que dejéis en paz el carácter del niño. Si una vez os tomáis la libertad de considerar al niño como material que podéis amoldar en la forma que más agrade a vuestro capricho, lo que haréis es malograr el experimento de la Fuerza Vital. Obráis según la suposición de que el niño no sabe lo que va a hacer, y que vosotros, sí. En esto es seguro que os equivocáis: el niño siente dentro de sí el empuje de la Fuerza Vital (llamada muchas veces la voluntad de Dios), y vosotros no podéis sentirlo por él. Los padres de Handel creían indudablemente que sabían mejor que su hijo cuando trataban de impedir que se hiciera músico. Se habían equivocado de la misma manera, y de la misma manera fracasado, si hubieran tratado de impedir que el hijo se convirtiese en un gran niño, si hubiera sido tal la naturaleza de su genio. Handel habría sido Handel, y Napoleón y Pedro el Grande lo que eran, a pesar de todos los padres creados y por crear, porque, como sucede muchas veces, eran más fuertes que sus padres. Pero no siempre resulta así. La mayoría de los niños pueden ser, y muchas veces son, desbaratados y echados a perder por padres que son lo bastante tontos e ignorantes para suponer que saben lo que debía ser un ser humano, y que no se detiene ante obstáculos en su determinación de hacer entrar a un niño en el derecho de seguir sus propias inclinaciones. Tiene derecho a ingresar en la Hermandad de Plymouth, aunque sus padres sean ateos convencidos. Tiene derecho a aborrecer a su madre, a su padre, a sus hermanos y a sus tíos, si le son antipáticos. Tiene el mismísimo derecho que el adulto a hallar su propio camino y seguirlo, parezca a los demás prudente o absurdo. Tiene derecho a la reserva respecto de sus propias acciones y sus asuntos propios, tanto como si fuera su propio padre.

FIN



CUENTO DE NIÑOS, PARA HOMBRES

por LEONIDAS BARLETTA

Las dos niñas estaban sentadas en la hierba y hablaban en voz baja, con las mejillas coloreadas y los ojos extrañamente animados.

Una de ellas tenía el cabello cortado a la altura de los hombros y en la tela caudorosa de su vestido blanco se insinuaban sus senos dulcemente combados.

—No vayas a decir nada, eh! Lina.

—No, no voy a decir nada.

Hicieron un corto silencio y se miraron con una expresión mezclada de asombro y temor.

—Vení, acerquémonos — dijo al fin la mayorcita. Tenía doce años; pero su cuerpo era, en miniatura, el cuerpo delicioso de una adolescente. Solo sus ojos, sus claros ojos azules, tenían un mirar puro, de esa pureza que es ignorancia.

Lina era rubiccita y sus largas trenzas doradas le caían graciosamente sobre la espalda. Estaba vestida como una muñeca, con la carnecita blanqui-rosada del muslo y de las piernas regordetas al descubierto.

Cautelosamente, arrastrándose con mil precauciones, se acercaron a la glorieta que se alzaba en el rincón más escondido del jardín y que casi desaparecía bajo una tupida cortina de madreselvas y pasionarias.

Se oía un leve cuchicheo. Las niñas, tendidas en el pasto, conteniendo la respiración, apartaron cuidadosamente algunas ramas y sus miradas abarcaron totalmente el interior de la glorieta.

Sentado en uno de los bancos vieron al papá y sobre sus rodillas — ¿era posible? — a la señorita Emma.

Las niñas se miraron llenas de asombro. La pequeña Lina a duras penas contuvo una risotada. ¡Cómo; la señorita Emma, la señorita institutriz, con su aire tan grave, tan severo, la señorita Emma que nunca reía en presencia de ellas, estaba allí, jugando como una chieuela en las rodillas del papá!

Lina estaba contenta por haber descubierto que la señorita Emma no era tan mala como quería aparecer y que, en cambio, tenía como ella un enorme placer de cabalgar en las rodillas del papito.

Pero, por otra parte le preocupaba la extraordinaria agitación que reflejaba su hermanita Susana. Con los ojos muy abiertos, miraba la escena y tenía los labios fuertemente apretados y en las pálidas mejillas dos rosetones rojos. Su respirar era afanoso y entrecortado.

—Tengo miedo — murmuró Linucha.

Susana puso un dedo sobre sus labios y le ordenó que hiciera silencio.

—Déjeme, señor Bautista... — decía dulcemente la institutriz — puede llegar la señora... pueden llegar las niñas...

Lina pensó en lo que se reiría la mamita si llegara a sorprender a la señorita Emma en ese juego. También podría ser que se disgustara. ¡Era tan enemiga de los juegos! Siempre estaba haciendo observaciones: "No corran así..." "no se echen en la hierba..." "señorita, no les permita que pongan las manos en el agua del estanque..."

Acaso si viera a la señorita institutriz en las rodillas del papito, se pondría muy seria y diría: "Bautista, ¿no te da vergüenza?... a tu edad... te estás estropeando la ropa..."

La pequeña Lina tenía unas ganas irrefrenables de reírse. Se tapaba la boca con su manito regordeta y hacía cómicos visajes para que no le escapara esa explosión de gozo.

Susana, en cambio, tenía una expresión dura. Un brillo extraño animaba sus hermosos ojos. Sus labios estaban resecos y su piel parecía haber perdido algo de su tersura.

—Pero, ¿por qué no se reírán? — pensó Lina. — Están jugando y no se rien.

—¡Oh! ¡oh!... ¡se han besado! Papito la ha besado primero y ella le ha devuelto el beso... ¡Que alegría! ¡Que lindo! Papito quiere a la señorita Emma...

Pero, ¿por qué la señorita Emma no ocupa el puesto de mamá y mamá hace de institutriz?

Así debía ser porque papito quiere más a la señorita Emma que a mamá Clara. Con mamá Clara nunca juega de ese modo.

Mamá está siempre de fiestas. No las besa porque sus labios están pintados, no las abraza para no descomponer su tocado, no las sube sobre sus rodillas para no ajar su vestido. Con mamá Clara no se puede hacer nada. En cambio, la señorita Emma... Ah, Linucha la adora... Si no fuera porque de noche las obliga a rezar el "padre nuestro", aunque tengan mucho sueño, la adoraría mucho más.

Pero, ¿por qué papito no juega con ellas de la misma manera que con la señorita?

—No, Linucha — le dice papá, cuando ella quiere jugar — quedáte quietecita como una persona formal. Mirá, por ejemplo, a la señorita Emma que sería que está.

Ahora Lina sabe que la señorita Emma juega con papito y está disgustada por esa preferencia. Papito está rojo como un tomate. Serio, muy serio, casi riendo, acaricia el cuello de la señorita Emma.

Lina piensa en lo que dirían los que conocen al papito por las fotografías de las revistas y lo han visto paseando por la rambla, muy grave, muy tieso, con sus dos hijitas, si lo vieran jugando con la señorita institutriz sobre las rodillas, serio, serio y tan colorado como el cuello de un gallo inglés.

Pero, ¿qué juego es ese que hay que poner cara de sufrimiento? Linucha mira la cara terrible de papito y los ojos de la señorita Emma que parece que fuera a desvanecerse y tiene miedo.

—Bautista, Bautista — murmura la señorita como si hablase en sueños. Y papito tiene el semblante desencajado y la mano se le crispa en la blanca garganta de la señorita Emma.

Entonces Linucha mira desprovista, con los ojos llenos de lágrimas a su hermana Susana que está toda temblorosa y con el terror pintado en sus ojillos inocentes, las dos niñas se toman de la mano y echan a correr.

Levaba en la cabeza su cántaro Petrilla,
lleno de leche, limpio, bien puesto en la almoha-
[dilla;

sencillo cuerpo, falda corta y zapato liso
lleva la moza; quiere vender en el mercado
la leche, y acelera la marcha, sin cuidado,
porque llegar a tiempo le es preciso.

Con tan airoso porte
camina, y dando vueltas va ya su pensamiento:
la leche venderá: con el importe
podrá comprar un ciento
de huevos que empollados
por la cueca después y bien cuidados,
le darán cien pollitos, ¡oh portentos!

—“No me ha de ser difícil criarlos en mi choza
—pensando va la moza—.

Por listo que ande el zorro, verán como no pierdo
tantos, que por los otros, comprar no pueda un
[cerdo.

Poco cuesta cebarle con salvado.
Lo compro de buen año, muy gordo, muy lucido:
no será mal negocio si lo vendo al contado.
Y ¡quién ha de impedirme, cuando lo haya
[vendido,

que con ese dinero
compre una buena vaca y un ternero?
¡Luego entre mis rebaños saltarán!” De a'egria
da Petra un salto. ¡Adiós fortuna mía!
El cántaro se rompe: adiós ternero,
La tierra está de leche toda blanca;
vuelve a casa Petrilla, no sin miedo a la tranca.
Los que en nada fundáis una quimera,
pensad en la Lechera.

EL VIEJO Y EL ASNO

Montado en su Pollino
va un Viejo de camino
cuando ve una pradera
verde y florida, suave y placentera.
Da suelta al animal, que al punto trota,
se revuelca, se frota,
salta, brinca, cocea,
todo con sus rebuznos lo alborota,
florejillas y plantas pisotea.
Estando en esto asoma el enemigo.
—“¡Huyamos!”—dice el Viejo.
—“¿Para qué?”—dice el Burro—. Si me de-
prender, ¡habrán de darme por castigo
dos albardas tal vez, más dura carga!”
—“No tal”—le dice el amo, que se larga.
—“Pues, ¿qué me importa ser de aquel o de
[éste?

Váyase sin tardar; no me moleste.
No hay más que un enemigo,
y es el amo. Bien claro se lo digo”.

Traducción de
E. DIEZ CANEDO.

FABULAS DE

EL LEON ENVEJECIDO

El señor de los bosques, el temido
León, envejecido,
llora al ver insultada su nobleza
por el más vil vasallo
que ya se atreve a su senil flaqueza.

Una bárbara coz le da el caballo;
furiosa dentellada
le tira el lobo; el buey, atroz cornada.
¡Desdichado León! Con sus achaques,
ya ni para mugir le queda aliento;
se somete al destino, y los ataques
aguanta sin protesta ni lamento.

Pero al ver que el jumento
se encamina a la cueva, y cuando advierte
que como todos afrentarle trama:
—“¡Ay, esto no! ¡Muérame al punto!—exclama—;
que soportar su injuria es doble muerte”.

EL ASNO CON PIEL DE LEON

Un asno se ha vestido
con la piel de un León, y a la redonda
por todos es temido,
sin que al miedo su fuerza corresponda.
Mas, por descuido, deja
ver un día la punta de una oreja;
se descubre el pastel, y al estafermo
pone en razón Benito de Palermo.
Si alguien ignora, acaso, el desatino,
lleno de pasmo al contemplar se queda
que San Benito de Palermo pueda
guiar a los leones al molino.

Gente de mundo y pró, que triunfa y brilla,
puede justificar la fabulilla.
Tres cuartos de su fuerza y poderío
lo deben a un espléndido atavío.

EL GALLO Y LA PERLA

Un Gallo roba una Perla,
y al punto se va a ofrecerla,
sin más ni más, a un joyero,
—“Ha de ser fina—le dijo,—
pero yo un grano de mijo
a toda Perla prefiero”.

Hereda cierto ignorante
un manuscrito. Al instante
va a llevárselo al librero.
Dice: —Ha de ser cosa rica,
pero una moneda, aún chica,
yo a todo libro prefiero”.

LAFONTAINE

LOS LOBOS Y LOS CORDEROS

Tras mil años y más de estar en guerra,
firman las paces Lobos y Corderos.

Para entrambos partidos hay ventaja,
que si pescan los Lobos por los cerros
alguna res perdida, los pastores
del lobo con la piel cubren sus cuerpos.
Ni el robo, ni los pastos, nada es libre.
No hay goce puro que no turbe el miedo.

Fírmanse, pues, las paces; dan en aras
las ovejas sus perros
y los Lobos sus crías.

Comisarios expertos
Según el protocolo hacen el canje.

No pasó mucho tiempo
sin que, vueltos ya Lobos, se sintieran
ansiosos de matanza los lobeznos.

Un día, cuando ausentes del aprisco
los pastores están, se arrojan fieros
sobre los más lucidos corderillos
y entre los dientes se lo llevan, luego
de avisar a los suyos
que a los tranquilos perros
que sin recelo duermen
degüellen en silencio.

Ni uno solo se libra; destrozados
fueron sin excepción; fué dicho y hecho.

Al malo se ha de hacer continua guerra;
buena es la paz, de acuerdo.
Pero con fementidos adversarios
¿de qué sirve la paz? Ya lo estáis viendo.

EL LABRADOR Y SUS HIJOS

Trabajad, afanaos, en el mundo
solo aonel que trabaja se hace rico.
Un viejo labrador, viéndose a punto
de morir, hablar quiere sin testigos
a sus tres hijos mozos.

—“No vendáis nunca la heredad—les dijo—
que fué de nuestros padres; hay en ella
un tesoro escondido.

El lugar, no lo sé, mas con paciencia
Lograréis descubrirlo.

Cogido el grano, removed la tierra,
cavad, escudriñad, no dejéis sitio
adonde no lleguéis con vuestras manos”.

Muere el padre. Los hijos
todo el campo roturan, afanosos,
por aquí, por allá. No hay escondrijo
con dinero, mas hay cosecha doble.

Sabiamente su padre ver les hizo,
ya próximo a la muerte, que el trabajo
es el mejor tesoro, si es continuo.

EL ZORRO, EL LOBO Y EL CABALLO

Un Zorro, joven, pero muy artero,
vió un Caballo, el primero
que en su vida encontrara, y, admirado,
busca a un Lobo, novicio candoroso,
y le dice: —“Ven presto. Allá en el prado,
ví un animal muy grande, muy hermoso;
mirarle es maravilla. Vamos luego.”

—“¿Más fuerte que nosotros, más pujante?
—pregunta el camarada—,
Trázame su retrato, te lo ruego.”

—“Si pintor o estudiante
yo fuese—dijo el Zorro—, bien podría
mostrarte la alegría
que al verle has de tener, adelantada.
Mas ven. ¿Quién sabe? Acaso es regalada
presa que la fortuna nos envía.”

El Caballo pastaba con sosiego,
y como no desea amigos tales,
ve a los dos animales
y tomar quiere las de Villadiego.

—“Señor—suplica el Zorro—, con agrado
quisieran tus humildes servidores
saber cual es el nombre que te han dado.”

Era el potro avisado
y les dijo: —“Señores

leedlo en esta suela,
que me lo ha escrito aquí mi zapatero.”
Se excusa el Zorro al punto, con cautela:
—“No se leer. Yo nunca fuí a la escuela.

Mis padres, que carecen de dinero,
tienen por toda casa, un agujero.
Pero los lobos, por razón contraria,
reciben todos instrucción primaria.”

Lisonjeado el Lobo
se acerca sin cuidado, mas le cuesta
su vanidad los dientes al muy yobo:
que el potro una soberbia coz le asesta,
y para repetir el caso apresta.

Rueda el Lobo maltrecho, ensangrentado.
“Gentes de ingnio lo han asegurado
—dice el Zorro—, y aquí se corrobora:
Nunca al desconocido se confía
quien es discreto; y el Caballo ahora
te lo ha dejado escrito en cada encía.”

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Todo lo quiere y todo lo pierde la codicia
y, en prueba, solo recordaros quiero
que en cierto gallinero
de que nos da la fábula noticia,
cada día se hallaba un huevo de oro.

—“¡Si tendrá esta Gallina en el cuerpo un te-
[soro!”

piensa el amo. La mata, y en todo semejante
la encuentra a las demás. El mismo, en un ins-
[tante,

sin su mejor ganancia se ha quedado.

Buena lección a gentes
pingües, que en estos días, todos lo habrán no-
[tado.

cayeron en pobreza; ricachos y pudientes
que quisieron medrad demasiado.

AMOR

POR OCTAVIO MIRBEAU

La noche se aproximaba; era el fin de un suave día de abril. Mi tío y yo, asomados en la ventana de su cuarto, mirábamos. Era muy temprano aún, pero una luz más fina, más descolorida, más apagada, se esparcía sobre la tierra. Detrás del bosque como ligeramente empolvado de ceniza verde, el sol bajaba; y el cielo estaba sin una nube, sereno como una mar en verano, de una palidez encantadora que se avivaba de rosado hacia el poniente. La vida renacía, henchía las ramas de yemas prontas a abrirse. Los árboles parecían anchos al extender sus ramajes fecundados. Un "gainier" ostentaba el rojo ornato de sus florecillas; un castaño, más lejos, extendía sus anchas hojas de un verde enternecido. Un fuerte olor de gérmenes subía desde la tierra en trabajo de amor; sobre un peral, frente a nosotros, dos gorriones se perseguían, se juntaban, — plumas encendidas, alas palpitantes.

—¿Sabes lo que hacen?— preguntóme mi tío de repente.

—No, tío, no lo sé.

—¡Pues bien! ellos hacen el amor... Esto te parece sencillo y gentil ¿no es cierto? Es que las bestias son seres buenos, honestamente organizados, y conocen el valor de las cosas, no habiendo tenido jamás filósofos ni sabios para explicárselo... ¿Ves?, ya se marcharon. ¡No tienen ni remordimientos ellos!...

Y deteniéndose a cada frase, porque tenía mucha dificultad para respirar, me dijo:

—Nosotros, que no somos bestias, por desgracia, hacemos el amor diferentemente... En vez de conservar el amor el carácter que debe tener en la naturaleza, el carácter de un acto regular, tranquilo y noble... el carácter de una función orgánica, en fin... hemos introducido el ensueño... el ensueño nos ha traído lo insaciado... y lo insaciado, el desarreglo. Porque el desarreglo, no es otra cosa sino la deformación del amor natural por el ideal... Las religiones — la religión católica sobre todo — se han convertido en las grandes entrometidas del amor... Con el pretexto de suavizar su lado brutal — que es el único heroico — han desarrollado el lado perverso y malsano, por la sensualidad de las músicas y de los perfumes, por el misticismo de los rezos y el onanismo moral de las adoraciones... ¿comprendes?... ¡Ah! sabían lo que hacían esas cortesanas! Sabían que era el mejor y el más seguro medio de embrutecer al hombre y de encadenarlo... Entonces los poetas no han cantado sino el amor, las artes no han exaltado sino el amor... Y el amor ha dominado la vida, como el látigo domina el lomo del esclavo que desgarran, como el cuchillo del homicida, el pecho que horada!... Además Dios... Dios, no es sino una forma del desarreglo del amor!... Es el supremo goce inexorable, hacia el cual dirigimos todos nuestros deseos sobreexcitados y que no alcanzamos nunca... En otro tiempo, he creído en el amor, he creído en Dios!... Creo todavía a menudo, porque de ese veneno no se cura completamente... En

las iglesias, los días de fiestas solemnes, aturdido por el canto de los órganos, enervado por las embriagueces del incienso, vencido por la poesía maravillosa de los salmos, siento mi alma que se exalta... Ella se extremece conmovida en todos sus vagos entusiasmos, en todas sus aspiraciones formuladas, como mi carne se extremece, sacudida en todas sus fibras ante una mujer desnuda o solamente ante su imagen soñada... ¿Has comprendido?

—No, tío! contesté tímidamente.

Pareció sorprendido, alzó los hombros.

—Entonces, ¿qué es lo que comprendes?... — dijo.

—Es cierto; también, — me atreví a contestar... — me dices siempre cosas que me dan miedo!

El exclamó:

—Que te dan miedo!... Que te dan miedo!... Por que eres un imbécil... porque tus padres, que son unos imbéciles, te han dado una educación lamentable!

Se detuvo todavía, la garganta ahogada, sofocante... Sobre su rostro rodaban gotas de sudor... Abriendo la boca tanto como pudo, bebió el aire fresco del jardín, en una larga, dolorosa aspiración.

—¿Que te dan miedo!...— volvió a decir.— Es evidente... Los padres y las madres son grandes culpables,—fija bien eso en tu cabeza, hijo... En vez de ocultar al niño lo que es el amor, en vez de falsearle el espíritu, de turbarle el corazón mostrándoselo como un misterio tremendo o como un innoble pecado, si tuvieran la inteligencia de explicárselo francamente, de enseñárselo, como se le enseña a andar, a comer; si le aseguraran su libre ejercicio, en la época de las pubertades decisivas... Pues bien, el mundo no sería lo que es...

LOS MOROS Y LA LIBERTAD

En 1810, los patricios argentinos, hijos de españoles, se rebelaron contra sus padres, arrojándolos fuera de esta tierra. Y desde entonces vivimos "coronada la sien de laureles" y ponderando a cada instante las excelencias de la libertad.

Ahora, en 1925, los marroquíes, raza aborígen del país en que habita, intentan a su vez ser libres, luchando contra el mismo tirano que oprimió a nuestros próceres... ¿Y qué dicen los predicadores de la libertad? ¿Qué hacen esos argentinos furibundos que cada fiesta patria cacarean su júbilo por haber sacudido el yugo español? Pues contribuyen a remachar ese yugo, enviando dinero y carne fresca al ejército español que en Africa se corona de gloria asesinando moros. Medite un poco, amigo, sobre este aspecto de la moral capitalista.

EL CAMINO DE LOS POBRES

por ELIAS CASTELNUOVO

Es de noche. Los faroles del conventillo suelen resplandores sucios sobre las losas frías y grasientas del patio desierto. De vez en cuando se oye el estrépito de un tacho de basura que se vuelea, mezclado con el resuello de algún perro que persigue afanosamente una piftrafa. Arriba, en el cielo, unas cuantas estrellas dormitan como gatos sobre la ceniza inmensa del espacio indefinido...

Junto a mi pieza, pared por medio, están velando el cadáver de una costurera. Hasta no hace mucho tiempo, mi vecina se sentaba todos los días a la máquina que trepidaba sin interrupción transmitiendo su fiebre al tabique de madera que nos separa. Hubo noche de llegar a las 2 de la mañana y oír el mismo ruido monótono, nervioso, desesperado...

Un día, la máquina se paró. Investigué el motivo y un vecino me explicó:

—María, la costurera, está enferma...

Dos días después la llevaron al hospital Alvarez. Allí tuvo un aborto violentísimo y, esta mañana a eso de las siete, la trajeron encerrada en un ataúd. La costurera quedó exangüe, vacía... El médico que la asistió dijo que el aborto se produjo "porque la paciente trabajaba como una bestia". Así dijo:

En verdad, María trabajaba demasiado; estaba siempre inclinada sobre la máquina y atenta solamente a las carreras de la costura. A veces, algún vecino piadoso la aconsejaba:

—¿Por qué trabaja tanto?

Ella palidecía un poco, se miraba el vientre lleno de amor y de vergüenza y mascullaba:

—Es por el nenito que lo hago... ¿Comprende usted?... Tendré que pagar la partera, después el doctor, después... ¿Me comprende?... Yo estoy sola y si no junto plata, ¿qué será de mi nenito cuando llegue la hora del parto? Pobrecito...

Y seguía dando pedal a la máquina, encorvada, ensañativa, la imaginación llena de su nenito... Cuando el dolor le pegaba puntazos en la espalda, María en vez de sentirlos en su propia carne pensaba en el nenito, se estremecía toda y murmuraba:

—Pobrecito... pobrecito...

Sin embargo, si alguien la visitaba se ponía alegre, rosada, radiante y reía con una risa desarticulada, histérica.

—Me falta un mes — le decía confidencialmente.

—Nada más que un mes... ¿Qué alegría!...

Después, le abría su corazón:

—A mi compañero lo han deportado... No es malo... no... no es malo... En cuanto haya una amnistía, volverá otra vez... ¿Sabe usted?... Volverá y entonces... ¿Qué contento se va a poner cuando vea al nenito!...

Ahora, la pobre tiene los ojos cerrados, la boca plegada en una mueca dolorosa, la tez pálida, descolorida y el cuerpo envuelto en una mortaja negra. A los pies, le pusieron rosas y amarantos

y algunas margaritas silvestres, entre las cuales se destaca un ramo de madreselvas con una tarjeta que dice: "Los compañeros de Caballito a la compañera María"...

La pieza mortuoria está sucia y despintada. Del techo se desprenden pingajos de arpillera enseñando bocuetes oscuros y misteriosos. En los ángulos hay una tela de araña y las ratas corren carreras por los huecos del zócalo, y suben chillando bajo la sordidez de los contramarcos apollillados. El sótano es un nido de sapos y el piso podrido está remendado con pedazos de lata. Una concurrencia extraña rodea el cadáver: gente rotosa, miserable, demacrada, almas en pena que fuman y escupen copiosamente en el suelo hasta formar grandes charcos de saliva. Hay un olor fuerte y pesado, mezcla de aromas campesinos, de suciedad y de tabaco ordinario. Las velas sueltan lágrimas largas, indecisas que chorrean perezosamente hasta llegar al piso. Una mujer de luto, con ojos incisivos y suspicases, nariz corva y filosa, se aproxima refunfuñando y las despabilla con una tijera que lleva colgada al cinto. Después se hunde en un rincón y cuchichea con su hermana. Ambas son muy parecidas y gesticulan de una manera terrible y mordaz. Parece que están tramando algo siniestro... Una de ellas, lleva un crucifijo sobre el pecho y está nerviosa, agitada... Hablan tal vez de un muchacho pálido, desgreñado, que está junto al cadáver de María y a quien dirigen constantemente miradas de odio. La del crucifijo se levanta de la silla con los labios temblando y las narices dilatadas, cierra los puños como un hombre y atropella al muchacho desgreñado:

—¡Canalla! — le grita. — Usted tiene la culpa de todo esto... Con sus ideas echó a perder a mi hermana María y la mató... Si se hubiese casado, no le hubiese pasado nada... ¡Dios lo castigó! ¡Canalla!... ¿Cómo se atreve a venir aquí después de haber hecho lo que hizo?

El muchacho desgreñado permanece inmóvil, mucho, como si en la pieza no hubiese más personas que él y la muerta. La del crucifijo se enardece más y tartamdea, señalando el cadáver:

—¡Mire bien su obra!... Ahí la tiene... ¡Anarquista, anarquista!... ¿Por qué no se ríe!...

Escupe como una víbora y vuelve a su lugar murmurando con desprecio:

—Anarquista... anarquista...

Las velas, entretanto, parpadean con sueño... Una voz anónima se interpone:

—Respeten el cadáver — dice. — Respeten el cadáver...

Las hermanas de María planean gruñendo y disputando en el rincón donde se ocultan. A eso de las 7, la del crucifijo desapareció. Mientras tanto, llegó la hora del entierro. Dos vecinos bondadosos clavaron el cajón con clavos de seis pulgadas, dando golpes secos que resonaban sordamente ahogados por los sollozos de las mujeres y los gritos agudos de los chicos. Frente a la puerta un perro flaco y hambriento, aullaba

Como compuso Beethoven la sonata "Claro de luna"

El coloso de Bonn había salido una noche apacible a pasear solo por las afueras de la ciudad cuando se sintió atraído hacia una casa de humilde aspecto, en cuyo interior se ejecutaba al piano su magistral Sinfonía en "Fa".

Fascinado por su propio talento, permaneció mudo y extático escuchando su propia creación, admirando la ejecución perfecta. Cuando los últimos acordes sonaron, oyó decir a alguien: "¡Qué no diera por oír ejecutar esta sinfonía a una persona que verdaderamente la comprendiera!"

Beethoven llamó maquinalmente a la puerta, le abrieron y entró en una estancia pobremente amueblada, que denotaba ser el humilde hogar de un zapatero. Al piano estaba sentada una niña, y cerca de ella un joven, de pie.

—Os pido perdón — dijo el músico algo embarazado. Soy un aficionado a la música, y al oír la magistral interpretación que ha dado la señorita a la sinfonía, no he podido reprimir el entrar para felicitarla entusiastamente.

lógubremente... El sol empezaba a dorar las piletas repletas de harapos percutidos y a remover la suciedad del conventillo que se elevaba hacia el infinito radioso en columnas densas y nauseabundas. Cuando el cadáver estuvo colocado sobre el carro fúnebre, irrumpió en la pieza la del crucifijo, seguida del comisario y dos agentes.

—¡Es ese! — le dijo al comisario indicando al muchacho desgreñado.

—José Rager — preguntó el comisario. — ¿Quién es?

El muchacho palideció y se adelantó con la gorra en la mano.

—Soy yo... — contestó débilmente.

—¿Está usted deportado?

—Sí...

—¿Ha venido sin permiso de las autoridades?

—Es verdad, pero, le diré...

—¡Marche!

—¡Yo le diré... Mi compañera, ¿sabe usted?...

—¡Marche, le digo!...

A una indicación del comisario los agentes le pusieron las cadenas y José se dejó arrastrar sin pronunciar una palabra. Estaba tan ensimismado que no escuchaba a la del crucifijo que lo perseguía diciéndole:

—Anarquista... anarquista...

A través de la calle desierta el preso marchaba con la cabeza caída, mientras el carro fúnebre lo seguía dando barquinazos... Antes de llegar a la encrucijada el carro fúnebre alcanzó a los agentes, la caja negra dió un tumbó, saltó de quicio y se asomó para ver al preso. En ese momento me pareció que se abría la tapa... Me pareció que iba a surgir la muerta blanca, blanca, y le iba a preguntar a los agentes:

—¿Por qué llevan preso a mi amante, por qué?...

La joven, que había permanecido hasta entonces vuelta hacia el piano, giró la cabeza hacia el gran músico, quien percibió, a través de los ojos tristes y turbios de la joven, que era ciega.

—Dispensadme — balbució Beethoven — no había reparado... Entonces, ¿usted toca de oído?

—¡Completamente! — respondió la joven.

—¿Y dónde ha oído usted interpretar esa música? — inquirió el genial sordo.

—Algunas veces, en la calle.

—He oído también lo que habéis dicho... — continuó Beethoven. — ¿Quisieran ustedes que les interprete esa sinfonía? — acabó el coloso, a quien una fuerza irresistible llevaba hacia el piano.

—Gracias, — respondió el joven zapatero. — Nuestro piano es muy malo y además no tenemos la música.

—¿Cómo? — interrumpió al momento Beethoven. — Entonces, ¿cómo interpreta la señorita una pieza tan dificultosa?...

Ella parecía turbada, y Beethoven, sin hablar más, se puso al piano.

Antes que hubiese puesto los dedos sobre las teclas, se hubiera podido adivinar lo que iba a suceder, y cuán sublime iba a ser la velada. Hinchido de inspiración, Beethoven iba a derramarla a raudales sobre el teclado con fuerza instintiva, irresistible. Nunca jamás estuvo tan sublime como aquella noche en que tocó para una joven ciega y su hermano.

Beethoven preludió con pulsación de gigante su sinfonía, y la ejecutó con la maestría de su propio genio. Cuando terminó, el zapatero se acercó al coloso, y le dijo entusiasmado:

—¿Quién eres, hombre desconcertante y sublime?

Beethoven levantó la cabeza como si no hubiera comprendido. El joven preguntó de nuevo con más insistencia, y el maestro se limitó a sonreír, como él sólo sabía sonreír.

La joven no podía reprimir las explosiones de alegría y entusiasmo que se le escapaban y, al unísono de su hermano, dijo:

—No podéis ser sino Beethoven.

El coloso se levantó para marcharse; pero los jóvenes le retenían, diciéndole, suplicándole:

—Tocad siquiera una vez más, una sola vez.

Se dejó conducir hacia el piano.

Los rayos brillantes de la luna entraban por la ventana, iluminando su frente ancha y expresiva, donde estaban refugiados su genio y su inspiración.

—Escuchad — dijo sonriendo. — Voy a improvisar una sonata al claro de luna.

Se asomó a la ventana, y después de haber contemplado unos instantes los cielos sembrados de estrellas, recibiendo a raudales la inspiración divina de los astros, se sentó nuevamente al piano, y sus manos destilaron un aire triste y dulce. Y la armonía se escapaba del piano en ondas melodiosas, que se perdían en la soledad de la noche, mientras los rayos de la luna y de las estrellas se extendían sobre las sombras de aquella noche memorable...

CARLOS TITWAGEN.

LA LITERATURA ALEMANA PARA LOS NIÑOS

Juan Pernilmante Caleche

Geort Dase estaba sentado a la orilla de su saco de paja, dejaba volar los ojos en torno de él y contaba cosas por el estilo de las que siguen:

—Sí; una vez era un muchacho de la Geest... ¿Sabéis lo que un muchacho de la Geest. Pues es un individuo que al empezar el invierno abandona su mirable villorrio de la duna, y baja a la Marsch y sinve en casa de algún labrador y así que apunta la primavera vuelve a su casa. Con estos muchachos de la Geest siempre tenía sus aparos el grueso Scott.

Pues una vez vino un chico pequeño, moreno, seco y anguloso como un terrón de turba, y tenía unos ojos extraviados y siempre meneaba la cabeza de un lado a otro sin parar. Al verle, pensé enseguida: Bueno, este chico dará juego. —Amo, dije, ¡mucho ojo! Con éste nos pasará algún perance—.

Bueno; el muchacho va a acostarse y a la mañana siguiente se levanta. Y al encontrarse sentado ante su plato de requesón agrio y ante sus gachas (porque entonces nos daban requesón mañana y tarde y muchas veces también al mediodía) compurece Scott haciendo el distraído con intención de examinarle un poco, como un perro se acerca a un puercoespín, así muy cautelosamente. En su cara gruesa y luciente y en sus ojos en extremo abiertos, adiviné que ya estaba preparado para cualquier sorpresa. —Yo quería saber tan sólo, dijo, cómo te llamas y de dónde eres.— El chico mira entonces en derredor largo rato, como si su nombre estuviese volando cerca de él en torno de su cabeza como un obejarrón; y él quisiese cazarlo al vuelo. —¿Mi nombre — dice él. ¿Mi nombre? Y siguió desparramando la vista en torno de él. El bueno de Scott se había ahalanzado encima de la mesa y miraba como si con su boca abierta quisiese atrapar las moscas. Yo continuaba sentado; pero sin decir nada puse ante mí, encima de la mesa, un chelín antiguo, y pensé: El domingo he de echar esta moneda en la huelia como extraordinario por lo que nos divertiremos.

Bueno ¿qué había que hacer? El chico había olvidado su nombre.

Dijo que el día anterior aun lo recordaba. Pero aquella noche pasada lo había olvidado o perdido; esto le había pasado muchas veces. Yo le dije entonces si acaso se lo había dejado entre la paja de la cama, y que podríamos ir a buscarlo. Pero no pude seguir bromeando, pues el grueso Scott levantó la mano, y desde el otro lado de la mesa me disparó tal mojición que me hizo perder vista y oído, y no tuve aliento sino para saltar y salir corriendo.

Bueno, hasta entonces la cosa había ido bien. El mozalbete había perdido su nombre y no podía volver a encontrarle, por más que todos le

prestamos ayuda. Decía que le parecía como si su nombre era algo largo y que tenía que ver con cosas de comer. No tengo ninguna otra idea, decía. Le hicimos toda suerte de preguntas, recordándole toda suerte de manjares. Todo inútil. El decía que no era nada de todo aquello. Decía que era un nombre sumamente original. Scott, viendo que no podía salir del paso, tuvo la idea de enviarle al Pastor para que le leyese los nombres del Registro de bautizos; cuando oyese un nombre que fuese parecido al suyo, había de mover la cabeza. Pero él estuvo todo el tiempo con la cabeza inmóvil; no se le acudió nada; nomás movía los ojos sin parar como uno que juega con cuatro pelotas. Por último declaró que le parecía que su nombre era algo largo, y que si el llegase a encontrar solamente una parte encontraría, seguramente, el resto con facilidad. — Bueno, dijo Scott; pero ¿cómo hacer ésto? — Mirad, el chico, lo mejor sería... si el amo se conformase... — Naturalmente, — dijo Scott abriendo unos ojos más grandes que los de un buey, y sin poder ocultar su curiosidad irresistible... Sí, dice el chico; su nombre tiene algo que ver con cosas de comer. Lo mejor, pues, sería que durante unos días le diesen para comer lo que cada noche soñase. Algo de lo que le darían tendría que ver seguramente con su nombre. Cuando él hubiese así soñado por sus pasos todo su nombre y se lo hubiese tragado en toda regla, seguramente le volvería a acudir a la memoria.

Bueno: la proposición fué aceptada. Y dicho y hecho. Las seis primeras noches el chico soñó pernil, y se le dió pernil, y comió con buen apetito. Había entonces en las bodegas buena provisión de pernil. Bueno... otro día dijo que había soñado grandes montones de manteca. La dueña se enfada; pero Scott dice: — No importa; hemos de saber como se llama el chico. — Y el chico tuvo, durante seis días, manteca en sus comidas, y no se quedó corto en su consumo. Bueno, al cabo de algunos días más cambió de sueño, y soñó con leche. — ¿Pero qué leche? — preguntó Scott, mientras su mujer se ponía de codos en la mesa y esperaba ansiosamente la respuesta. — ¡Desnatada. — ¡Ca, hombre! contesta el chico. Si la que yo he soñado llevaba una nata de un dedo de espesor! — Y tuvo leche sin desnatar. En nuestras comidas tentamos cada día encima de la mesa un jarro de leche fresca, y el muchacho se relamía los labios de pura gusto. Con esto había pasado la mitad del invierno, y el chico se había puesto rollizo y luciente. Y he aquí que un día cuando ya empezaban los campos a verdear, por allá a mitad de marzo, se hace entregar el dinero que había ganado, y cuando lo tuvo en el bolsillo, entra en su cuarto y recoge sus tratos: sale al cabo de un momento a la ventana y grita que ya ha comido todo su nombre y que ahora ya lo sabe. — ¿Qué? — dice Scott, saltando de improviso. — Sí, dice el chico: ahora ya me acuerdo de mi nombre. Me llamo Juan Pernilmante Caleche.—

Pernilante Calceho! grita Scott. ¿Por qué no lo habías de haber soñado en tres días? Hubiera resaltado más barato. — Sí, dice el buena pieza, riéndose de puro regocijo y con un juego de ojos indefinible; me ocurre siempre lo mismo; siempre lo sueño por partes. — ¡Ah, gran bribón!, grita Scott, cayendo de su engaño y se abalanza hacia el chico. Pero éste ha tomado la de Villadiego, y cuando se hallaba fuera de su alcance, se vuelve hacia Scott y le grita: Lo que hubieras querido es que me llamara Juan Requesón; pero a mí no me gusta, por más que vuestra mujer lo encuentra mucho más barato para el desayuno. — Y no se le volvió a ver más por allá... Estaba escrito que yo había de pagar los platos rotos, pues cuando un momento después me dirigía a obscuras hacia mi cuarto, me salió al paso el grueso Scott en el trecho más obscuro del corredor, y me dijo que yo había urdido toda la intriga, y me propinó una paliza solemne.

GUSTAVO FRENSENSEN.

Juan el juicioso

I

La madre de Juan dijo:
 —¿Adónde vas, Juan?
 Juan respondió:
 —A casa de Carmen.
 —Tené juicio, Juan.
 —Ya lo tendré; adiós, madrecita.
 Juan va a casa de Carmen.
 —Buenos días, Carmen.
 —Buenos días, Juan. ¿Qué traes por aquí?
 —No traigo nada. Quisiera llevarme algo.
 Carmen le regala un cuchillo.
 —Adiós, Carmen.
 —Adiós, Juan.
 Juan toma el cuchillo, se lo mete en el sombrero y vuelve a casa.
 —Buenas tardes, madre.
 —Buenas tardes, Juan. ¿Dónde has ido?
 —He ido a casa de Carmen.
 —¿Qué le has llevado?
 —Llevado? Nada. Ella me ha dado una cosa. Un cuchillo me ha dado.
 —¿Dónde está el cuchillo?
 —Metido dentro del sombrero.
 —Mal hecho, muy mal; en el bolsillo habías de meterlo.
 —No importa, madre; ya lo haré mejor otra vez.

II

—¿Adónde vas, Juan?
 —A casa de Carmen, madre.
 —Hazlo todo bien, Juan.
 —Lo haré todo bien, madre. Adiós, madre.
 —Adiós, Juan.
 Juan va a casa de Carmen.
 —Buenos días, Carmen.
 —Buenos días, Juan. ¿Qué traes de nuevo,

Juan?

—No traigo nada; quiero que me des algo.
 Carmen le regala un cabrito.
 —Adiós, Carmen.
 —Adiós, Juan.
 Juan toma el cabrito, le ata las patitas y ¡zas! se lo mete en el bolsillo. Llega a casa.
 —Buenas tardes, Juan. ¿Dónde has estado?
 —En casa de Carmen.
 —¿Qué le has llevado?
 —Nada he llevado. Ella me ha dado una cosa. Me ha dado un cabrito.
 —¿Y dónde tienes el cabrito, Juan?
 —Me lo he metido en el bolsillo.
 —Que mal lo has hecho, Juan. Debías atar una cuerda al cabrito y ponerlo en el establo.
 —Bueno; otra vez lo haré mejor.

III

—¿Adónde vas, Juan?
 —A casa de Carmen, madre.
 —Hacé las cosas bien, Juan.
 —Si madre, las haré bien. Adiós, madre.
 —Adiós, Juan.
 Juan llega a casa de Carmen.
 —Buenos días, Carmen.
 —Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
 —No traigo nada; quiero llevarme algo.
 Entonces dijo Carmen:
 —Llévame a mí.
 —Juan saca una cuerda y se la ata al cuello y la lleva al pesebre, la sujeta bien firme y a a su madre.
 —Buenas tardes, Juan. ¿Dónde has estado?
 —En casa de Carmen he estado.
 —¿Qué le has llevado?
 —Nada le he llevado.
 —¿Pues, que te ha dado?
 —¿Dado? Nada me ha dado. Ha venido conmigo.
 —¿Dónde está, pues?
 —En el pesebre, atada con una cuerda.
 —¡Jesús, que mal lo has hecho, Juan! Debías acariciarla.
 —Bueno; otra vez lo haré mejor.
 Juan va al establo, agarra el cepillo de los caballos y se lo pasa a la niña de arriba abajo. Entonces Carmen se enoja, se suelta la cuerda y se escapa corriendo.
 Y fué con el tiempo la novia de Juan.

ANONIMO.

LA SOTANA EN EL HORIZONTE

Si no hay escuelas y la gente no sabe leer es porque el cura les convence que la verdad está en rezar y no en leer; si las alcantarillas están sucias y hay enfermedades, es porque el cura les ha convencido que sólo Dios da y quita los males; si la gente no es capaz de dar un centavo para cosas del municipio, es porque todos sus ahorros los gasta en la iglesia en escuchar el latín de cocina de los clérigos.

Pío Baroja.

¡Y SE JUE NOMÁS!

por V. GARCÍA SÁIZ

Don Eulogio Menchaca supo labrarse poco a poco una desahogada posición a fuerza de grandes sacrificios en sus primeros años de ruda labor campesina. Favorecido más tarde por la suerte, que se le acolloró en un "cruce" del "camino real" de la existencia, fué conquistando un lugar preferente en todo el pago por sus buenas acciones.

Como no hay hombre bueno sin sus defectos, don Eulogio tenía también los suyos como cualquier "cristiano".

Nunca mantuvo intimidad con nadie en la comarca. El paisanaje lo respetaba pero no sentía la más mínima estimación por él, a causa de su carácter altanero y dominador. Nunca se equivocaba según sus entendederas.

Si alguien se tomaba la libertad de contradecirle cualquier cosa, por nimia que fuera, tenía que soportar con resignación todas las consecuencias de su carácter arrebatado, y con razón o sin ella, a nadie daba el brazo a torcer, así tuviera por delante "al más pintado". Sometidos todos a su voluntad omnímoda e irrevocable, sólo se hacía lo que él ordenara sin preámbulo alguno, fuera "tuerco o derecho".

No obstante, la única persona en toda la casa con quien nunca estaba de acuerdo, era con su hijo Manuel, que se había hecho mozo, contando entonces, a lo sumo, veinte años.

Como su padre, resultó un soberbio ejemplar gaucho, dotado de una vigorosa contextura física, capaz de aguantar el "tiron en seco" de un novillo de cuatro años.

Contenían mucha verdad las palabras del viejo capataz don Paulino, al afirmar en más de una ocasión a sus camaradas que el día menos pensado el patrón iba a tener un serio disgusto con Manuel, debido a las frecuentes disputas, que la mayoría de las veces, si no trajeron graves consecuencias, fué por la oportuna intervención de algún miembro de la familia o persona de confianza, quienes, después de mucho batallar, conseguían apaciguar los ánimos encendidos.

—El patrón es muy güeno, — solía decir el capataz, zorro viejo; — pero hay que saberle ganar el lao de las casas. El que le lleve la contra está amolao.

Y así fué.

Un día en que había gente extraña, se suscitó una acalorada discusión entre padre e hijo, con consecuencias fatales. Todos los presentes, sin excepción alguna, le hubieran dado la razón de inmediato al muchacho, pero era tal el temor que infundía el dueño de casa que nadie, sin embargo, levantó una voz de protesta; nadie se atrevió a decir lo más mínimo; se cuajaron las palabras en las gargantas; se cerraron las bocas; callaron todos.

El gauchito, tal vez envalentonado por los allí presentes, poseedor de un orgullo y un amor propio heredados de su progenitor, no quiso soportar

la afrenta de callarse, humillarse, como en otras ocasiones.

Llegó a tal extremo la discusión que don Eulogio, "perdiendo los estribos", en un tono casi amenazante, rugió:

—Güeno, ¡basta! ¿Te cayó la boca, querés?

—No digo...—respondió despectivamente el muchacho.—¡Usted siempre quiere tener la razón en todo!

Aquellas palabras salidas de los labios de su hijo y el gesto que hiciera al pronunciarlas, produjeron el efecto de un explosivo en aquel viejo gaucho, jamás doblegado por nadie. Encolerizado como nunca, se desbordaron todas sus altiveces, y encogido por la ira, con los ojos fuera de las órbitas, pálido de emoción, avanzó unos pasos, alzó bien alto su rebenque de plata y le asestó en el rostro un golpe terrible, abriéndole una herida en la frente, por donde manó sangre en abundancia.

El primer ímpetu de Manuel, al recibir el golpe, fué el de lanzarse sobre su padre y arrebatarle el rebenque, pero obedeciendo a no sé qué fuerza o ley extraña, conmovido tal vez por la penetrante mirada y la descomposición de las líneas del rostro paterno, doblegó la frente sin pronunciar palabra. En tanto, don Eulogio, con el brazo tendido en línea recta y el rebenque a manera de índice, le señalaba la puerta abierta por donde se veía el inmenso campo, al tiempo que gritaba con su voz de trueno:

—¡Juera de casa!... ¡Juera! ¡Juera!!

Hubo un grave mutismo después de esa dolorosa escena, en toda la estancia. Durante ese tiempo, Manuel permaneció con la cabeza gacha, sin atreverse a levantar la vista, doblegado por el peso brutal de la bochornosa humillación de que fuera objeto.

Dando pesadamente media vuelta, salió para afuera, en silencio, dejando en pos de sus pasos algunas gotas de sangre sobre el piso de pino blanco que quedó salpicado de lunares rojos.

Tras él, presa de una convulsión nerviosa y y anegada por el llanto, salió la madre con el corazón desgarrado. Luego, poco a poco, los visitantes se fueron retirando; primero uno, luego otro, y otro, y así todos, sin despedirse, sin proferir palabra alguna, absortos, hasta dejar a don Eulogio solo, quien se paseaba de un extremo al otro, con las manos atrás, erguido siempre mientras iba sumergiéndose en un mar de reflexiones.

Una hora después, poco más o menos, apareció en la puerta Manuel, con su caballo ensillado, pronto para partir.

Don Eulogio, al verlo llegar empezó de esta manera:

—¡Entoavía vos acá! ¡No te da vergüenza presentarse delante mío después de lo que ha pasado?

—Era solo pa decirle que me voy.

—Ya lo sé.

—Antes de dirme, quería decirle...

—¡No! no tenés nada que decirme; yo no te almito más en mi casa porque sos muy rebelde y retrucador. Vos me has avergonzado delante de la gente y eso no se debe di'hacer con su tata, qu'és güeno como la malva, asígün dicen las gentes.

Manuel, anonadado, le daba vueltas y más vueltas al sombrero que tenía entre las manos, y, permaneciendo con la cabeza baja, apenas pudo coordinar estas palabras:

—Tá bien; yo quería... yo...

Don Eulogio, desprendiendo su ancho cinto de piel de lobo, como para vaciar su contenido, díjole:

—¿Querés plata?

—¡No!... ¡No es eso!—respondió con altivez el gauchito, al tiempo que levantaba la frente y hundía la mirada en los paternos ojos.—¡No vengo en procura d'eso, tata!—y doblando una rodilla en tierra, agregó con humildad:—¡La bendición!

Y partió con la bendición no sé para qué lejanas comarcas; partió con aquella solemne ritualidad gaucha, herencia dejada por España en nuestras tierras. Junto al rancho de terrón, firme como poste de coronilla permaneció don Eulogio, en una muda contemplación hacia la curva gris, viendo como su hijo se alejaba entre una nube de polvo.

Una loma borró la silueta del jinete.

Fue entonces cuando dos gruesas lágrimas surcaron el rostro de aquel viejo gaucho jamás doblegado por nadie. Al darse vuelta, mordido por el dolor, encontró al lado suyo a su mujer que pasaba la punta del delantal por los enrojecidos ojos, cansados de llorar en silencio.

La tomó en sus brazos, la besó emocionado, y desde muy adentro, desde el fondo de su alma, mirándola fijamente, le brotaron a los labios estas palabras:

—¡Y se jué nomás!...

Montevideo, diciembre 1924.

YANITAS, VANITATUM...

Una anécdota instructiva: Manuel Gálvez, el autor de "Nacha Regules" asistía a un banquete de intelectuales.

Gálvez es sordo. Por ese tiempo su novela se vendía y se agotaban los primeros millares. El mundo giraba alrededor del libro de Gálvez.

Uno de los comensales se dirigió al feliz novelista y le preguntó

—¿Qué le parece el banquete?

Y Gálvez, resplandeciente, contestó:

—¡Ya se agotó el quinto millar!

LA BONDAD INVISIBLE

Es una cosa — díjome un día el sabio a quien por casualidad había encontrado a orillas del océano, — que apenas se oye — es una cosa que no se distingue y con lo que nadie parece contar; y sin embargo, creo que es una de las fuerzas que conservan los seres. Los dioses de quienes nacimos se manifiestan en nosotros de mil maneras distintas; pero esta bondad secreta que no se ha visto y de la que nadie ha hablado bastante directamente es tal vez la señal más pura de su vida eterna. No se sabe de dónde viene. Sonríe simplemente en el umbral de nuestras almas; y aquellos en quienes sonríe más profundamente o con más frecuencia les haremos sufrir día y noche si ellos quieren, sin que nos sea posible no amarles.

No pertenece a este mundo y se confunde sin embargo, con la mayor parte de nuestras agitaciones. No se toma el trabajo de mostrarse en una mirada o en una lágrima. Se oculta por el contrario, por razones que no se adivinan. Díjérase que teme hacer uso de su poder. Sabe que sus movimientos más voluntarios harán nacer en torno de ella cosas inmortales; y somos avaros de las cosas inmortales.

¿Por qué pues, ese temor de agotar el cielo que está en nosotros? No nos atrevemos a obrar según el Dios que nos anima. Tenemos lo que no explica un gesto o una palabra; y cerramos los ojos a lo que hacemos a pesar nuestro en el imperio en que las explicaciones son superfluas.

MAURICIO MAETERLINK.

CARTA ABIERTA

Amigo mío: lea Vd. "Malditos". Haga Vd. el servicio de leer este segundo libro de Elías Castelnuovo. Y después que lo haya leído me lo agradecerá a mí por habérselo indicado. Porque "Malditos" no es un libro de esos que lee Vd. todos los días. Le aseguro a Vd. que no. Léalo y me dirá luego si tengo o no razón. Ya está en venta. Vale un peso. Contiene tres relatos: "La raza de Caín", "Malditos" y "Lázaro". Está profusamente ilustrado por el pintor gorkiano G. F. Hebequer. Cuenta 127 páginas de texto en papel pluma de primera.

Sin otro motivo lo saluda su affmo. amigo

EL QUE SABE LO QUE LEE

Posdata:

Si no le encuentras en las librerías o en los Kioskos, por haberse agotado, pídelo a: Editorial Claridad, C. de Correo 736. Buenos Aires.

Otra:

El precio es de un peso en la Capital y \$ 1.20 fuera de la Capital.

EL DELIRIO

por Ramón Pérez de AYALA

MIS coterráneos tienen mala fama, dentro de la sabiduría popular codificada y definida en apotegmas proverbiales. El refranero peninsular los define rotundamente, con sencilla presunción dogmática. Son locos, vanos y malos cristianos. Sutilizando en los conceptos, acaso estos apelativos casi horripilantes y condenatorios se resolvieran en alabanza y acendrado encomio. Porque la locura es la categoría en donde el genio se encierra. La vanidad puede no ser tal, sino orgullo, que es de la natural vestidura en que el propio mérito se guarda para defender su desnudez. Y en cuanto a la nota de mala cristianidad ¿quién quita que mereciera la fusión elogiada de Pablo de Tarsis, por serlo aparentemente, mas, en rigor, cierto desdén de la forma y de la letra rígida como cumple a quien cultiva el espíritu o de él es esclavo? Pero, dejémonos de filosofías o sofisterías. El asturiano es loco, vano y mal cristiano. Yo ¡ay de mí he nacido en Oviedo que es capital del principado de las Asturias.

Téngome por cuerdo, si bien no atino a jactarme de ello. Mis hermanos en el terruño también lo son, y en mayor medida que mi persona. Son cuerdos y de una cordura que por mejor guardar su frescor y vanidad, acostumbran a disfrazarse de zonería. Son marulleros, en suma, y saben dársela al más pintado. De aquí el que las Asturias sean vivero de políticos hábiles y grandes moralistas, en el sentido de saber retraer de las costumbres, saludable y succulento jugo que les conforta en la vida. Sócrates, el cual trajo la filosofía del cielo a la tierra, hubiera sus tentado sus dulces y apacibles coloquios irónicos mucho menos entre labriegos astures, al pie de un castaño que al borde de Ilisos; mucho mejor junto a los ríos lóbregos de carbonífero caudal que al borde de aquella risa argentada, nacida entre panales, hecha de musa para espejo del santuario de las musas, y una sombra lírica en el Pireo, bajo el vientre de las naves de púrpura vela triangular que olían a especias de Arabia y a misterio, en astucia y doblez, estos cazorros paisanos más nada tienen que envidiar al griego más sutil, ni al que burló a Polifermo voraz, domeño a Circe y puso un beso tembloroso en las ambarinas orillas de la doncella Nausicaa.

¡Oh, diosa que inspiraste la cólera homérica de Aquiles, diosa absorbente e inoportuna! ¿por qué me has arrastrado hacia tus épicos dominios insufriendo en mis pulmones extravagante y grandilocuente aliento? Porque ello es que pretendo tan sólo narrar un cuentecito terruñero que, de boca en boca anda por los corrillos de mi país,

y que, a modo de parábola, alecciona, mejor que la mejor plática o prolijo ser-

món, a las gentes rurales en el arte del buen vivir, o sea engañar al prójimo incauto.

Erase que se era un "paisanín", Telmo de Pepona, la Bolicha. No diré que Telmo gustase de los placeres de la mesa, porque nunca comió a manteles, sino en escudilla, la cual acomodaba entre sus propias piernas, como si el alimento pudiera huírsele al menor desuido. Gustaba de la deglución. Era un bárbaro "mazzando y ataragñando". Un día se dió una terrible panzada de castañas, y, por mejor adentrarlas en el bandedo, las sometió a la presión de un cangilnazo de agua, no habiendo "sidrina" a mano. ¡Qué agua! Fresca, diamantina, sutil como una brisa hiemal. Daba gusto sentirla refrigerando y revoloteando por los continentes tenebrosos del organismo. Telmo estiró las patas, poniendo el

pie en línea recta con la pantorrilla, de manera que las almadreñas, embadurnadas con bosta, pendían en el espacio, se desprecizó holgadamente, retorciendo los brazos, como para bailar flamenco: parecía una equis. Bostezó, con beatitud tomándolo para largo. Mas ¡Santo Cristo del Rosario! en la primera parte del bostezo una espada invisible le atravesó las entrañas. En seguida éstas comenzaron a soliviantarse rugientes y amargas, como las olas de un mar tormentoso. Y ya aquello fué el anuncio de una muerte próxima. Sí; Telmo, que era listo, comprendió que se moría sin remisión. Desfallecido y llamo de dolor comenzó a dar distres "berridos".

Era un día otoñal, muy cerca del de los fieles difuntos. El cielo era de un gris, lindando en negro. Aullaba el huracán. La vaca, cerca del moribundo, mugía echando niebla por las narices y lamiendo a la cría de un rubio sedeno. Era la única compañía del moribundo, estando la mujer de Telmo, la Bolicha, de camino por vericuetos, en demanda del "dotor". Este llegó a tiempo. No hubo menester de concienzudo examen para formular su diagnóstico. Telmo tenía un cólico miserere.

Oirlo telmo y echarse a llorar fué todo uno. ¡Miserere! Ahí es nada... El sólo lo había oído cantar en Semana Santa, y sabía que era cosa de muerte cierta.

—¡Sálveme, don Aciscún! ¡Sálveme per tos los santos! To regalay, si me sana, la xata esa, dimpués que sea una guapa noviella. ¡Sálveme, señor! ¡La noviella ye pa usté, ye pa usté!

Pues bueno, quiso la buena fortuna de Telmo y la providencia en sus inescrutables vías, que el cólico miserere se resolviera felizmente. A la



LA MENTIRA DORADA

Mienten los políticos profesionales, mienten los diarios y mienten las revistas. Y cuando mienten estos tres factores de la vida actual, llamada civilizada para despistar, quiere decir que todo, todo el mundo miente. Y hay cada mentira tan gorda que asombra. Por ejemplo una que apareció en "Mundo Argentino". Habilmente el cronista elogia al comercio argentino en particular y al comercio en general. Dice que es el único factor de progreso. Que parece increíble que el empleado de comercio no se sienta halagado en ser empleado de comercio. Que los comerciantes salvan la patria y propulsan el bienestar colectivo.

Mentira! mentira! recontra!

Tomemos un ejemplo. Metámoslo en los ojos al lector. Que se desmaye, que aprenda!

En Buenos Aires hay una Unión Mayorista. La componen cien tiburones del comercio de almacén por mayor. Compran la política. La unión cívica radical antipersonalista, es decir la que está en el gobierno (el comercio argentino se aguesta hacia el sol que más calienta) tenía en su lista de candidatos a conejales el nombre del secretario y del presidente de la unión mayorista, fuertes comerciantes de la plaza.

No triunfaron porque el sistema proporcional reparte proporcionalmente entre los partidos el queso municipal. Pero influyen en la sanción de ordenanzas que libren de impuestos a las nefastas bebidas alcohólicas, a las conservas venenosas, a los tarros de salsa de tomate explosiva.

Y el cronista de "Mundo Argentino" dice que el comercio es fuente de progreso y de bienestar! Que todo sujeto que es perito mercantil, o contador, o tenedor de libros puede luchar en la vida con más ventajas que un universitario. Mentira, recontra! mentira! Comenzando con el trabajo femenino. Las dactilógrafas ganan de sesenta a ochenta pesos al mes y tienen que llevar sombrero. A veces para matar el hambre y cambiar un sombrero a la tercer estación tienen que abrir las piernas y esto es el comercio.

Todos los empleados soportan horarios bestiales. Se entra a las seis y media de la mañana y se sale a las ocho de la noche. Se da una hora para almorzar y casi todos, como viven fuera del centro de la ciudad tienen que comer en las

semana, andaba el "paisanín" tan campante, paseándose entre las cucas de maíz, a tiempo que examinaba la cosecha. Y pasó un mes, y hasta dos.

Don Aciselo, tenía prevenido en el establo un lugar para la "noviella". Pero como ésta no llegase, determinó visitar a Telmo.

—Recuerdas, Telmo, una deuda que conmigo tienes?

—¿Eh? ¿Qué diz, señor — replicó, más sorprendido que Wamba cuando le hicieron rey.

—La "noviella, hom, la noviella". ¿No te acuerdas que me la ofreciste estando en peligro de muerte?

—Ay, señor. ¿Usted que me diz? ¿Como deliraba, señor, cómo deliraba! Usted ve?

lecherías donde a los cinco años a más tardar son presos de la incurable dispepsia, porque el sueldo no les permite comer en un restaurant.

El sueldo! Hablemos de ese inícuo salario de hambre. A los diez y ocho años se entra comúnmente a trabajar en el almacén por mayor. Se pagan sesenta pesos. Año a año se aumentan los sueldos de a cinco y de a diez pesos, nunca más!

De modo que a los cincuenta años, comenzando de simple escribiente y acabando en cajero, se ganan trescientos pesos. Treinta años de trabajo sin un solo día de licencia al año para acabar ganando trescientos pesos! Cuando se acaba, porque el empleado que come mal y trabaja desde las siete a las ocho, muere joven, tuberculoso, loco, ciego o paralítico.

Para disfrazar la bárbara explotación del hombre por el hombre se usa la engañifa de la habilitación. Se dá un tanto por ciento al año al viejo empleado, pero tan bien calculado que no pasa de ochocientos a mil pesos al año. De modo que a los treinta años de trabajo el pobre empleado tiene 30.000 pesos, para empezar a gastárselos en la cura de la tuberculosis, de la anemia, de la locura o de la ceguera contraída en los libros del maldito comercio.

Ciudadanos! Son verdades como montañas estas que decimos! Podemos dar el nombre de cien casas que en Buenos Aires explotan de esta manera.

El famoso sábado inglés no existe. Cierran los comercios las puertas pero los empleados trabajan dentro. Y sabemos de un almacén por mayor cuyos dueños compran mensualmente una casa en la capital, que hacen que los empleados vuelvan a trabajar de noche.

Se explica. Mueven capitales enormes con seis a diez empleados y no dan abasto. El trabajo afluye como un río y se trabaja diez, doce, catorce horas al día toda la semana, medio día los feriados y casi siempre los domingos a la mañana.

Los empleados de comercio no saben lo que es una semana de campo o de playa, son celibatarios perfectos porque el sueldo no les permite formar un hogar y cuando se casan lo hacen ya viejos, cansados, escépticos y fecundan hijos microcéfalos, idiotas, imbuídos de los ridículos prejuicios de la clase media y van a engrosar la falange ilota de los empleados de comercio. Si el empleado de comercio se enferma más de un mes se le despide, sin indemnización, porque la casa no puede estar un solo mes sin el empleado. Y la ley 11.289, cuyo aporte con toda justicia debería ser el de los empleadores y nunca el del empleado, merma su irrisorio salario de cien a doscientos pesos con el diez por ciento porque la mayoría del comercio argentino, amenaza con echar a la calle al empleado que no finja aportar el cinco por ciento cuando en vez aporta el diez que la casa le descuenta a fin de mes.

Esta es compañero y mentiroso cronista de "Mundo Argentino" la verdad del mentado comercio nacional. Otra vez que de él se ocupe averigüe antes de hablar y no sea tan mentiroso, y no sea tan zonzol!

N. O.

ALGUNOS RECUERDOS SOBRE LEONIDAS ANDREIEV

■ POR MAXIMO GORKI ■

Nuestros lectores apreciarán la delicadeza de juicio del gran escritor ruso con respecto de un compañero muy querido que los acontecimientos políticos hicieron, más tarde, un adversario irreconciliable. Se puede reconocer en eso la generosidad, la infinita cantidad de amor que determinan, más que el mismo pensamiento, lo genial del pueblo ruso.

En la primavera del 1898, leí en "El Co-reo de Moscou", una novelita llamada: **Bergamonte y Guervasska**. Era uno de esos cuentos que de ordinario se publican para las fiestas de Pascua. El autor se esforzaba por enternecer al lector en asueto: le recordaba, una vez más, que el hombre es capaz de generosidad, que a veces, enemigos probados fraternizan, aunque no sea más que para un día.

Desde la famosa "Capa" de Gogol, los escritores rusos han dado, sin duda, por centenares, puede que hasta por miles de cuentos de este género, tocante al placer; — alrededor del magnífico sembrado de la verdadera literatura rusa, son cual frágiles flores amargas, destinadas para adornar la miserable existencia del alma rusa, enfermiza y brutal.

La lectura de ese cuento produjo en mí la impresión de un talento impetuoso; el tono particular del narrador permitiéndome adivinar la sonrisa del hombre avisado al que es muy difícil atraparle en el hecho; y su fina sonrisa permitía admitir sin repugnancia lo inevitable, el obligatorio sentimentalismo común de toda esta literatura de Pascuas y de Navidad.

Escribí al autor algunas líneas de felicitación y recibí de Leonidas Andreiev una festiva respuesta: — en caracteres de un original aspecto y muy parecido a un impreso, había trazado frases felices, jocosas, entre las cuales se destacaba en relieve este aforismo sin pretensión, pero lleno de escepticismo:

"Es tan agradable mostrarse generoso con la panza llena, como tomar café después de comer."

Es así que yo conocí en seguida, sin haberlo visto a Leonidas Nicolaiévitch Andréiev. Durante el verano, leí otros cuentitos suyos, novelones firmados con el seudónimo de Jaime Lynch, y pude observar el rápido y audaz desarrollo de ese nuevo talento.

En el otoño, en viaje para la Crimea y de paso por Moscou, alguien me puso en relaciones con Leonidas Andréiev: la entrevista se realizó en la estación de Koursk. Andréiev vestía un sobretodo bastante viejo, con cuello de piel de carnero, un casquete de largo pelo, ladeado sobre la oreja; tenía todo el aspecto de un actor joven de provincia. Su bella fisonomía me pareció poco expresiva, pero en la mirada escrutadora de sus ojos sombríos brillaba la fina sonrisa que daba tanta luminosidad a los cuentos y novelones. Ya ni me acuerdo de lo que hemos hablado en aquella ocasión; pero sus palabras no eran banales y su forma de expresarlas denotabanlo presa de singular exaltación. Hablaba de prisa; su voz,

algo ronca, entrecortada por accesos de tos, tartamudeaba por la afluencia de frases. Andréiev movía continuamente el brazo con gesto uniforme, cual un maestro de orquesta. A pesar de todo, me pareció lleno de salud, bromista a toda prueba, capaz de vivir con buen humor a despecho de cualquier contrariedad. Su misma exaltación se hacía agradable.

—Seamos amigos! — decíame al darnos la mano. Como él, sentíame yo jovialmente exaltado.

En el invierno próximo, de vuelta, de Crimea para Nijni-Novgorod, hice un alto en Moscou. Nuestras relaciones con Andreiev tomaron muy pronto un carácter de cordial amistad.

Vi que ese hombre conocía mal la realidad, interesándose muy poco para ello; y tanto más sorprendíame en él su fuerte intuición, la fecundidad de sus invenciones, y la tenacidad de su imaginación. Bastábale una frase, o a veces una palabra, para que tomase una indicación casi insignificante y la desarrollase en un cuadro, en anécdota, en carácter, o en un cuento.

—¿Quién es S...? — Pedíame, hablando de un literato bastante popular en aquella época.

—Un tigre en casa del mercader de pieles. Rióse Andréiev, después bajando la voz y, cual si fuera a comunicarme un secreto, díjome vivamente:

—¡Ah!, usted sabe, habría que describir a un hombre así que se cree firmemente ser un héroe, un destructor de todas las cosas; un hombre miedoso de sí mismo, ahí! Todo el mundo le cree, tanto él se impone con su seguridad. Pero en su vida, en el sitio que ocupa, en la realidad, es un pobre hombre que poco vale; tiembla ante su mujer; se estremece delante de un gato...

Andréiev tenía la palma de la mano atravesada por una bala de revólver; sus dedos estaban enroscados; interroguéle sobre ese accidente.

—Dudoso romanticismo de hombre joven! — respondiéndome. — Usted no lo ignora, el hombre que no ha tenido la tentación, al menos una vez en su vida, de suicidarse, no puede valer gran cosa.

Tomó asiento en un canapé que había ahí cerca mío y explicóme, maravillosamente bien, como, en la adolescencia, habíase echado un día bajo un tren de carga; por suerte se tiró y quedóse entre los rieles, y el tren pasó por encima de su cuerpo sin tocarlo, dejándolo simplemente aturdido.

Esta explicación era algo falta de claridad, de realidad; pero Andréiev sabía adornarla de una descripción verdaderamente lucida con las sensaciones sentidas por él en su cuerpo con aquel interminable desfile de pesados fardos y aquel ruido ensordecedor de hierros. Conocía ya esto; de chico, a los diez años, tendíame debajo los trenes de hacienda, rivalizando en temeridad con mis camaradas;—uno de ellos, hijo de un afilador, ejecutaba esta proeza con una sangre fría notable. Es, después de todo, un juego sin peligro siempre que

la hogaza de la locomotora tenga suficiente altura y si el tren sube alguna cuesta, pues entonces las cadenas de amarre están suficientemente tendidas y no hay el peligro que os deje sin sentido de un golpe, ni de que os engarce y os arrastre por entre las traviesas. Durante algunos segundos, uno conoce así el horrible miedo: se incrusta a la tierra tanto como puede, y necesita, al mismo tiempo, gran dominio de nervios y sangre fría para dominar su voluntad, pues se sienten ganas de moverse y de levantar la cabeza. Uno siente que ese torrente de hierro y de madera, que pasa cual una exhalación por encima vuestro, os eleva con su furia de la tierra, cual si quisiera llevaros hacia lo desconocido; el ruido y el rechinar del hierro y de las maderas que crujen lo sentís hasta en el tuétano de vuestros huesos. Luego, cuando el tren ha pasado y se aleja, uno se queda unos minutos y más tendido en el suelo; ni siquiera se tienen fuerzas para levantarse: diríase que uno sigue la marcha del tren, que vuestro cuerpo se alarga hasta lo infinito, que crece, volviéndose ligero, aéreo: aún un segundo y uno se eleva! Una sensación de las más agradables.

—¿Qué había en ello de seductor por vosotros en ese juego estúpido? — preguntábase Leonidas Nicolaiévitch.

Yo le respondí que tal vez medíamos así la fuerza de nuestra voluntad; oponíamos al movimiento mecánico de enormes masas, la inamovilidad consciente de nuestro pequeño cuerpo.

—No, — replicábame él, — esto es demasiado sutil para niños.

Recordábale yo cómo los niños aman sentir el suelo trepidar bajo sus pies, cómo ellos saltan encima del hielo aún flexible de un lago que apenas acaba de formarse; decíale que las diversiones peligrosas son las que más atraen y gustan a los niños.

El se calló, encendió un cigarrillo, que tiró casi en seguida, entornó los ojos, observando un rincón sombrío de la habitación.

—No, no es eso, yo creo. Casi todos los niños tienen miedo a la oscuridad... Alguien ha dicho:

Il y a de la volupté dans le combat,

Et sur le bord d'un ténébreux abime,

pero eso es elocuente, nada más. Yo pienso de otra manera, pero no puedo concebir como...

Al momento se estremece, cual si se quemase por un fuego interno.

—Habría que escribir la historia de un hombre que, durante toda su vida, con loco sufrimiento, hubiese buscado la verdad; y he aquí que ella se le presenta; pero él cierra los ojos, se tapa sus orejas y le grita: "Yo no quiero nada de tí, me es igual si tú eres bella, puesto que mi existencia, mis tormentos han encendido la llama del odio en mi alma hacia tí". ¿Qué le parece?

La forma no me gustó; suspiró y díjome:

—Sí, necesitaríase primeramente poder decir dónde se encuentra la verdad: ¿dentro del hombre o fuera de él? Según usted, se encuentra dentro del hombre?

Púsose a reír.

—En ese caso, es verdaderamente malo, es insignificante en absoluto...

No ocurría ningún hecho, no tratábamos ningún asunto, en que Leonidas y yo, fuéramos del mismo parecer. Pero, ese desacuerdo continuo no impedía que, durante años, manifestáramos el uno para el otro, el más vivo interés, las atenciones más extremas, algo que no es en muchos casos el resultado de una amistad antigua. Conversábamos infatigablemente; recuerdo que en una ocasión estuvimos juntos más de veinte horas y vaciamos muchas veces el samovar, pues Leonidas absorbía el te en cantidad increíble.

Su conversación era del más alto interés: mostrábase inagotable en hallazgos de ingenio. Su pensamiento mostrábase siempre obstinado en penetrar hasta los más oscuros rincones del alma; pero, sutil, caprichoso, espontáneamente original, vertíase libremente con buen humor y satíricamente. Cuando él hablaba así con algún compañero, sabía emplear la ironía con mucha dulzura, elegantemente; desgraciadamente, para sus novelas, perdía esa facultad, de por sí tan rara entre los rusos.

Dotado de una imaginación viva y finamente despierta, era perezoso; prefería mucho más hablar de literatura que escribir. Se le hacía imposible gustar del trabajo nocturno, intensivo, dentro del silencio y la solicitud, con una hoja blanca de papel por delante; apreciaba más el placer de llenar esta hoja con expresivos arabescos.

—Escribo con dificultad, — confesóme él.— Las plumas me parecen incómodas; el procedimiento de la escritura — demasiado lento; diré más: humillante. Mis pensamientos revolotean locamente como las cornejas alrededor de un incendio; se me hace imposible atraparlos y arreglarlos cual convendría. Y he aquí lo que me pasa: escribo una palabra que es cual malla de tela de araña; y al momento, no sé como acuden a mi mente la geometría, el álgebra y mi profesor del liceo que era, desde luego, de una inteligencia obtusa. Citaba muy a menudo esa frase no carente de filosofía: "La verdadera inteligencia es reposada". Sin embargo, sé que las mejores inteligencias de este mundo están siempre atormentadas e inquietas. Al diablo la inteligencia reposada! Pero con qué reemplazarla? ¿Por la belleza? ¡Viva la belleza! Nada menos sin haber visto el original de la Venus de Milo, tiene el aire en sus reproducciones, de una comadre bastante boba. Y en general, lo bello es siempre algo bestial: ved por ejemplo, los pavos, los galgos, las mujeres...

En los tiempos finales del modernismo había tratado de comprender a Andréiev; más a menudo aún, se le había denigrado, lo que es mucho más fácil. Ciertamente, que no se tenía el tiempo necesario para analizar concienzudamente la literatura: la guerra y la política estaban en primer rango. Blok, Biély, Brossov, pasaban por unos originales llegados de lo más hondo de su provincia; en muchos casos se les consideraba como a traidores "era la grande tradición del pensamiento social ruso". Tales eran mis propios sentimientos? Por qué debía hacerse Sinfonía puesto que toda Rusia se preparaba a la más sombría de las danzas? Los advenimientos se precipitaban hacia una catástrofe y sus síntomas volvíanse de más en más amenazadores; los socialistas revolucionarios tiraban bombas y ca-

da explosión repercutía en el país entero; concentrábanse todos en la espera de una transformación radical de la sociedad. En las habitaciones de Andréiev tenían lugar las reuniones del Comité Central de los social-demócratas bolchevikis; un día el Comité fué detenido junto con el dueño de las habitaciones; se les condujo a la cárcel. Leonidas Nicoláievitch vivió un mes detenido y salió de allí como el parafítico de la piscina de Siló: lleno de vigor y humorístico.

—Eso no es tan malo, el que se os comprima un poco; se tienen ganas, después de ello, de tenderse largamente! — decíame él.

Y me chanceaba.

—Pues bien, ¿qué pesimista? La Rusia resucita, ¿no es una verdad?

Por esta época publicó: La Marsellesa, El Clarín, Cuento que no concluirá jamás; pero, en octubre del año 1905, me leyó, en manuscrito, Lo que fué.

—No es demasiado pronto? — pregunté yo.

—Lo bueno viene siempre demasiado a prisa... — respondiome.

Al poco tiempo, después de esto, partió para Finlandia, e hizo bien: la absurda atrocidad de los sucesos de diciembre lo habrían aniquilado. Allí, sin embargo, tomó parte activa en la política, habló en meetings, publicó en los diarios de Helsingfors violentos artículos arremetiendo contra la política de los monárquicos; pero su buen humor habíase deprimido, consideraba el avenir como un pesimista. Recibí una carta suya estando yo en Petersburgo en la cual me decía:

"Todo caballo tiene, desde que nace, sus particularidades; así pasa con las naciones. Hay caballos que, no importa donde se encuentren, giran siempre su cabeza hacia la caballeriza; nuestra patria se dirige hacia el sitio que le parece más atrayente y, largo tiempo aún, vivirá de lo que se despacha en plaza y desbocado..."

En 1907 o en 1908, creo, Andréiev se fué a Caprix; acababa de enterrar a su compañera, en Berlín, que había muerto de fiebre puerperal. La muerte de esta amiga inteligente y bondadosa, influyó desgraciadamente sobre el estado de ánimo de Andréiev. Todos sus pensamientos, todos sus propósitos volvíanle sin cesar al recuerdo de Dame Choura, de esta muerte que parecía estúpida.

—Tú comprendes, decíame, ensanchando extrañamente el iris de sus ojos. — ella está echada, viva aún, pero exhala ya un olor de cadáver. Hay mucha ironía en este perfume.

Llevaba una americana de pana negra; mismo físicamente, parecía perturbado, aplastado. Todo lo que decía, todo lo que pensaba, se remontaba invariablemente a la muerte. Casualmente se instaló en la villa Caracciollo que pertenecía a la viuda de un arista, descendiente del marqués Caracciollo, partidario de Francia, muerto por Fernando el rey Bomba. Dentro de las sombrías piezas de esta villa, la atmósfera era húmeda y malsana; por las paredes pendían cuadros sin concluir, sucios en apariencia, que hacían creer en manchas de enmohecimiento. En una de las piezas había una gran chimenea ahumada; delante las ventanas de esta pieza crecía un espeso y tupido espino que aumentaba la obscuridad; la yedra

que envolvía la casa tapaba todas las aberturas. De esta pieza Leonidas hizo un salón comedor.

Una noche le encontré allí, sentado en un sillón, delante de la chimenea. Vestía de negro, iluminado por los reflejos de las brasas que se consumían en el hogar; tenía a su hijo Vadim sentado a las rodillas, y le hablaba a media voz, con entrecortados sollozos mal reprimidos. Entré quedamente; me pareció que el niño se dormía, tomé asiento, cerca de la puerta y escuché: Leonidas explicaba a su hijo como la muerte se pasea por la tierra y ahoga a los niños pequeños.

—Tengo miedo, — dijo Vadim.

—No me quieres, pues, escuchar?

—Yo tengo miedo, — repitió el niño.

—Pues bien, vete a dormir...

Pero el chico, apretándose a las piernas de su padre, se puso a llorar. Nos costó bastante calmarlo; Leonidas encontrábase en un estado de exaltación enfermiza; lo que decía sólo servía para agitar más a su hijo que golpeaba con los pies y gritaba:

—Yo no voy a dormir! Yo me quiero morir!

Cuando la abuela se hubo llevado al afligido niño, hice observar a Andréiev que no era conveniente el asustar al niño con cuentos de esta naturaleza: la muerte recorre la tierra, gigante invencible.

—Pero si yo no puedo hablar de otra cosa?... — replicóme bruscamente Leonidas.

—Comprendo ahora hasta dónde llega la indiferencia de la bella naturaleza y no envidio más que una cosa: arrancar la efígie de este cuadro vulgarmente hermoso.

Se hacía difícil, casi imposible hablar con él; se excitaba, se enfadaba y parecía que tomaba gusto en empeorar su enfermedad.

—Estoy obcecado por la idea del suicidio, me parece que mi sombra corre detrás mío y me musita: "¡Vete, muérete!"

Su estado alarmaba mucho a sus amigos, pero a veces, dejaba comprender que lo hacía expresamente, con el secreto deseo de que le hablaran, una vez más, de todo lo que puede decirse para justificar la vida.

Pero al fin los hermosos paisajes de la isla, la belleza acariciadora del mar, la buena acogida a los rusos de parte de los insulares disiparon prontamente la melancolía y el mal humor de Leonidas. Al cabo de dos meses, cual llevado por un huracán, entróle una envidia furiosa de trabajar.

Me acuerdo cuando, en una noche de luna, sentado sobre una roca delante del mar, hizo un movimiento de cabeza, que sacudió su cabellera, y dijo:

—¡Basta!, desde mañana me pongo a escribir.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—Ciertamente.

Y se puso a explicar sus planes de trabajo. Desde hacía mucho tiempo que no había hablado así.

—Antes que todo, hermano, voy a escribir una novela sobre el despotismo de la amistad; pues es necesario que yo arregle mis cuentas contigo, péfido!

En seguida, rápido y con viveza, esbozóme un croquis humorístico: se trataba de dos amigos, el uno era un soñador y el otro un matemático; uno de ellos buscaba durante toda su vida, tomar el vuelo, mientras que el otro calculaba, con gravedad, el caudal que se

necesitaria para estos viajes imaginarios, y pulverizaba así los sueños de su amigo.

Pero luego, díjome en seguida:

—Tengo ganas de escribir algo sobre Judas; he leído, en Rusia, un poema que trataba de él, — no recuerdo de quien era, — estaba bastante bien... ¿Qué sabes tú de Judas?

Tenia yo, en ese momento, sobre mi mesa, una traducción de la tetralogía de Julio Wek-sell Judas y el Cristo, traducción del relato de Tor Hedberg, y el poema de Galovanov, propuse a Andréiev que las leyese.

—No quiero, tengo ya mi idea, y estas cosas podrían embrollármela. Mejor que me expliques lo que han escrito... No, sería inútil, no me digas nada.

Como siempre, cuando estaba exaltado por su pensamiento creador: se levantó: necesitaba movimiento.

—¡Vámonos!

En el camino me explicó su Judas, y tres días más tarde me trajo el manuscrito. Este relato marcó el debut de uno de los más fecundos períodos de la obra de Andréiev. En Capri, puse mano por primera vez a su pieza, *Los Enmascarados Negros*; escribió una acerba fantasía *el Amor del Próximo*; un relato *Las Tinieblas*; asentó la trama de *Sachka Jégoulev*, esbozó las escenas de la pieza *El Océano* y redactó dos o tres capítulos de una novela con el nombre de *Mis Memorias*; todo esto en seis meses...

En ninguna época, ni antes ni después, lo ví tan activo, tan extrañamente laborioso. Parecía haberse desembarazado para siempre de su aversión para escribir y era capaz de estarse en su despacho noche y día, a medio vestir, muy negligente, radiante. Su fantasía ardía de una llama extraordinariamente clara, inextinguible; casi todos los días nos contaba algún nuevo plan.

—Ahora, en fin, amaéstreme a mí mismo! — decíanos él triunfante.

Y me interrogaba sobre el célebre pirata Barbarroja, sobre Tomás Agnello, sobre los contrabandistas, los carbonarios, sobre la vida de los pastores calabreses.

—¡Qué haz de sujetos! ¡Qué variedad en la existencia! — declame él entusiasmado.

—Sí, estas gentes de allá han hecho provisión para la posteridad. Mientras que entre nosotros... Tomé un día la *Vida de los Zares de Rusia*, y traté de leerla, pero vi que ellos no pensaban más que en comer! Me puse a leer la *Historia del Pueblo Ruso*: padecían todos! También dejé esto, era triste y me daba asco.

Explicábanos lo que había concebido con mucho relieve y colorido; pero escribía con negligencia. Cuando hubo redactado por primera vez su Judas se encontraban faltas que demostraban que el autor no se había tomado la molestia, tan siquiera, de leer el Evangelio... Le hicimos algunas observaciones:

—No es conveniente decir: "beben el vino como los camellos"; hay que decir: "beben agua!"

—Qué insustanciales!

Trataba su inteligencia cual un mal caballero dirige un excelente trotador: él le obligaba a galopar sin descanso, sin estimarle en nada, y sin cuidarlo siquiera. Su pluma no lograba tampoco seguir los arabescos complicados de su impetuosa fantasía: menos se pre-

ocupaba del desarrollo y ligereza de su mano. A veces, él mismo comprendía, que era esto un gran defecto para el normal acrecentamiento de su talento.

—Mi lengua se paraliza, cada vez se me hacen más difícil de encontrar las palabras necesarias...

Se esforzaba en hipnotizar al lector con la monotonía de la frase, pero la frase perdía entonces sus cualidades persuasivas de la belleza. En el desarrollo de su pensamiento con un conglomerado de palabras uniformes y oscuras, no llegaba más que a desarrollar el pensamiento y parecíale escribir diálogos populares sobre temas filosóficos.

A veces, aunque raramente, comprendía esto y se entristecía:

—Es como la tela de araña, se pega bien, pero no se aguanta! Sí, debería leer a Flaubert; tienes, yo creo, razón: es verdaderamente el descendiente de uno de estos albaniles genios que edificaron los templos indestructibles de la edad media!

En Capri, contáronle a Leonidas un suceso que aprovechó para su relato *Las Tinieblas*. El héroe de esta historia era un revolucionario amigo mío. Los hechos eran en realidad muy simples: en una casa de tolerancia, una mujer, adivinando con el instinto que su visitante era un revolucionario perseguido por la perrada y que se veía obligado a refugiarse en la casa de ella, tratólo con la ternura y solicitud de una madre y con el tacto de una mujer perfectamente capaz de sentir estima por un héroe. Pero, este héroe, correspondiendo mal, de espíritu puritano como era, respondió a esta espontaneidad del corazón sermoneándola, recordándole a esta mujer lo que ella quería precisamente olvidar. Sintióse ella ultrajada y le dió una bofetada, bien merecida, según mi parecer. Entonces, comprendiendo al fin que él había cometido una falta de las más groseras, le pidió perdón y besó la mano que acababa de pegarle, de eso podía muy bien dispensarse, me parece. Eso es todo.

Algunas veces, raramente, por desgracia, lo real es más verdadero y más bello que el mejor relato que pueda hacerse de ello.

Así fué, esta vez aún; Leonidas deformó por demás, haciéndolos inconcebibles, el sentido y el aspecto de lo sucedido. Dentro de las casa donde la aventura tuvo lugar, nada fué cometido de licenciosos y dolorosos ultrajes, ni ninguno de los horrores con que Andréiev ha recargado su relato.

Esta deformación de la verdad produjo en mí una impresión penosa en extremo: Leonidas parecía haber suspendido, suprimido la fiesta que había yo larga y ardientemente esperado. Conozco demasiado bien a los hombres para no estimar — en alto grado — la mínima manifestación de bondad y de honradez. No pude, se entiende bien, abstenerme de señalarle a Andréiev el alcance de su acción, que yo lo asemejaba a un asesinato por capricho, por un mal capricho. El me argumentó con la libertad del artista, pero eso no modificó en nada mi opinión; hasta ese día, no podía admitir sin replicar que tan raras manifestaciones de la nobleza humana pudiesen ser falsamente interpretadas por un artista por la sola ventaja de añadirle su dogma favorito.

Conversamos largamente sobre ese tema sin perder la calma conveniente entre amigos que

hablan; pero, desde entonces, entre Leonidas y yo, hubo alguna cosa que se había roto.

He guardado un vivo recuerdo de las palabras con que terminamos esta conversación.

—¿Qué buscas tú, pues? — pregunté a Leonidas.

—No lo sé, — respondiéndome alzando los hombros; después, cerró los ojos.

—Pero, en fin, hay bien en tí algún deseo que sobrepasa siempre a todo lo demás, o que te surge más pronto que los otros?

—No lo sé, — repitióme él. — Me parece no sentir nada igual. Siento solamente, a veces, que la gloria me es indispensable; me hace falta mucha gloria, tanta como el mundo pueda darme. Entonces concentrándola conmigo, yo la prensaré hasta su límite extremo, y en cuanto haya adquirido la potencialidad de un explosivo, — reventaré, iluminando al mundo con una nueva luz. Nosotros tenemos absoluta necesidad, ves tú, de una razón nueva. Debemos deshacernos de la bellaquería, de la mentira que nos gobierna! Estas razones de hoy al día devoran la mejor de mi carne, todos mis sentimientos; me promete de restituirme ese capital con los intereses, pero ella no me devuelve nada, me dice siempre: Hasta mañana! Evolución, dice la razón. Y cuando la paciencia se me acaba, que la sed de vida me ahoga, la razón dice: revolución. Mentira abyecta! Y yo moriré sin haber nada obtenido.

—Lo que te hace falta, es la fe, no la razón.

—Puede ser. Pero, siendo así, me falta antes que todo, la fe en mí mismo.

Viviendo en Italia, sentí grande inquietud por la suerte de Rusia. Desde el 1911, se hablaba con seguridad en mi alrededor, como de algún suceso inevitable, de una gran guerra europea; se decía también que esta guerra sería necesariamente fatal para Rusia.

Cuando fui para Finlandia, me encontré con Andréiev y le participé mis tristes preocupaciones. Respondióme a mis reflexiones con mucho ardor, y pareció haberse picado en lo más vivo; pero sus objeciones no pudieron convencerme; no había ningún hecho para anteponerme.

De pronto, bajó la voz, entrecerró los ojos, cual si tratara de buscar algo, con todas las fuerzas de su espíritu, para penetrar el porvenir, y hablóme del pueblo ruso en términos que no le eran habituales: explicábase de manera entrecortada, descosida, pero con tono de profunda convicción, manifiestamente sincero.

No puedo — y si alguna vez pudiese, no lo haría — reproducir aquí su discurso; la fuerza de sus palabras no estaba en su lógica, ni en su belleza, más sí en el sentimiento que las inspiraba: sentimiento de dolorosa compasión para el pueblo ruso, sentimiento que, a tal grado y con tales expresiones, no habría

yo nunca esperado de Leonidas Nicolaiévitch.

Temblaba todo su cuerpo, todos sus nervios estaban en tensión, y lloraba casi, como una mujer, gritándome:

—¿Me dices que la literatura rusa es regional, porque la mayor parte de los escritores rusos son de la provincia de Moscu? ¡Pátese! y, sin embargo, es ella una literatura mundial, es de lo que hay más serio y más pujante en la obra de Europa. Basta con el genio soío de Dostoiéwsky para justificar la existencia, hasta estúpida y criminal en el último grado, de millones de hombres. Admitamos que el alma de este pueblo esté enferma: nosotros la cuidaremos y nos recordaremos de lo que se ha dicho: "La perla tan sólo nace dentro de una caparazón enferma".

—Pero la belleza de las fieras? — pregunté yo.

—¿Pero lo bello de la resignación humana, de la dulzura, del amor? — replicóme. Y habió largo tiempo aún del pueblo, de su literatura, con un ardor y una fogosidad sin cesar crecientes.

Era la primera vez que él hablaba con tanta pasión y tanto lirismo. Antes, no le había oído nunca expresar de tal modo su amor tan sólo cuando trataba de grandes talentos con los que sentíase espiritualmente ligado por un parentesco: para Edgard Poe en muchos casos.

Poco tiempo después de nuestra entrevista estalló la abominable guerra: la actuación que nosotros hemos tomado, cada cual por su parte, acabó de desunirnos. No volvimos a encontrarnos casi nunca más. Sin embargo, en el 1916, cuando Leonidas Andréiev me trajo sus libros, sentimos de nuevo y profundamente todo lo que había habido de común en nuestras existencias y lo compañeros viejos que éramos. Pero, para evitar toda discusión, no pudimos hablar de otra cosa que del pasado; el presente elevó entre nosotros una alta muralla de contradicciones irreconciliables.

Faltaría yo a la verdad si afirmase que, para mí, esta muralla siendo transparente fuese infranqueable; más allá de ese obstáculo yo apercibía a un hombre de gran valor, de espíritu originalísimo, al cual había estado unido durante diez años, mi único amigo en resumen entre la gente de letras.

Las divergencias de vista no deben, pues, influenciar en nada para con nuestras simpatías; yo nunca acepté de las teorías y de las opiniones ajenas un rol decisivo para mis relaciones con los hombres.

Leonidas Andréiev pensaba de otro modo. Pero no se lo voy a reprochar, pues él fué tal y cual quería y podía ser: un hombre de singular originalidad, de un talento raro y suficientemente animoso para buscar por todos los medios imaginables conocer e interpretar la verdad.

(Traducción de J. Serra).



—¡Trompa! ¡Eche tropa!...

Reunidos en la mayoría del cuerpo, los oficiales habían recibido orden de hacer formar para el pago. A su vez la transmitieron a los sargentos.

Por eso al toque de *tropa*, la milicada, presurosa, corría de un lado para otro a tomar la colocación correspondiente para ese acto. Aunque parezca raro, para ella había una manera distinta de ubicarse, es decir, no era lo mismo que para las demás formaciones, de donde resultaba una novedad desde luego.

El habilitado, con las listas de revista *ajustadas*, había amontonado papeles, recibos, listas adicionales, etc., etc., mientras contaba y recontaba los billetes de banco, distribuyendo los de a 1 peso, de 2, de 5, de 10, hasta los llamados *canarios* de 100 (que no alcanzaban para los subalternos). Además, monedas y cobres.

Presentes en el acto el jefe, el segundo, el encargado de la mayoría y comandantes de escuadrones, el habilitado leía:

—Sargento 1.º Juan...

—¡Rodríguez!... ¡Presente!

—Once pesos de sueldo por el mes de julio.

Daba media vuelta y regresaba a su puesto, observando siempre a los reclutas con la invariable práctica: "Fíjense bien cómo se contesta".

—Cabo Enrique...

—¡Gómez! ¡Presente, señor!...

—Diez pesos de sueldo por el mes de julio...

Y así continuaba aquel monótono cántico, hasta terminar con las plazas del primer escuadrón.

—¡Con permiso, comandante! Se ha pagado al escuadrón.

—¿Sin novedad?

—Las altas no han cobrado...

—Bueno; anote eso y luego, después del pago, me da cuenta para arreglarlo con el habilitado a fin de que reclame en la Contaduría. Haga retirar no más, y fíjese que la tropa pague sus deudas, es decir, las de ellos; que no vayan a quedar debiéndole a las lavanderas, al cantinero o al proveedor. Ya sabe que no gustan los milicos tramposos.

—¡A ver, pase el segundo escuadrón!

—¡Presente, comandante! 56 hombres para el pago. Falta el soldado *Fulano* que está en el rancho; *Mengano* que está de fagina; *Perengano*... que fué mandado...

—Esos sueldos los recibe usted y después les paga.

Y continuaba la repetición aquella de "sargento 1.º... tal..."

Dos o tres horas después, estaba el regimiento pagado — como quien dice al día con el estado — y se iniciaba la segunda parte, acaso la más interesante.

Llegado el escuadrón a la cuadra se poblaba aquello de mujeres, bolicheros y otros *comerciantes* de menor cuantía, con los *valecitos* o con las listas del lavado. Una mujer, por ejemplo, sostenía el siguiente diálogo:

—Velázquez, ¿y qué? ¿no me va a pagar tampoco este mes? Me voy a quejar al alférez — que es muy bueno — y me hago pagar y de yapa que te meta de plantón. Tres meses que no me paga el lavado. ¡Mire cómo será de sinvergüenza cuando le trampea a quien le quita la roña! ¿Que no ve? Después del pago, quieren andar muy de florcita, mandando a cada rato a buscar las pilchas, que para la revista, ¿para formaciones, ¿por que ha salido licenciado... Y, ahora que para el otro pago, que tenga paciencia, que le han descontado de pilchas que perdió... ¿Para qué es zonzo? ¡Bueno, Velázquez! ¿Me paga ¿lo demando en el alférez? ¡Sí, va a jugar conmigo! ¡Cómo no!

Algunas veces las quejas producían efecto, si el milico no salía con:

—¡Ya me gasté la plata! Le pagué al proveedor, que me cobró todos los vales. Pero para el que viene, entonces sí...

Lo que sucedía con las lavanderas se repetía con los cantineros. Los seis pesos del *sueldo* prontamente pasaban a mejores bolsillos; sin embargo, siempre les quedaba algo y... ¡qué casualidad! los más platudos eran los que tenían mujer, como que no pagaban lavado ni se les perdían las pilchas para la revista. Pero las verdaderas víctimas del día de pago eran los distinguidos, los cadetitos, esa legión de *buscavidas*, que formaban para todo, menos para lo bueno...

La noche de un día de pago se tomaba mucho mate, hasta tocarse con el dedo; se obtenía la entrada clandestina de *algún litrito* de vino o aguardiente, y ¡cuántas veces a altas horas de la noche se producía alguna insubordinación, cuyo epílogo era el presidio de Ushuaia o Martín García!

Pero había acordeón — el instrumento más triste del campamento — alegría, alguna jugadita de monte y otras cositas más o menos análogas.

Con todo ¿cuál es el día más lindo en el cuartel? Pues: ¡el de pago!

ANTONIO PRADO.

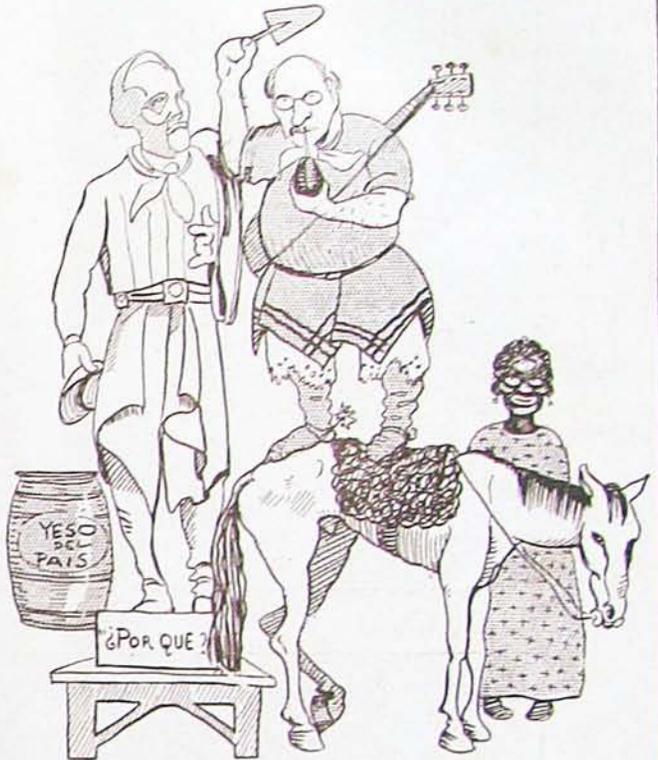


VARIOS MODELOS DE ESCULTORES

por VEBAR

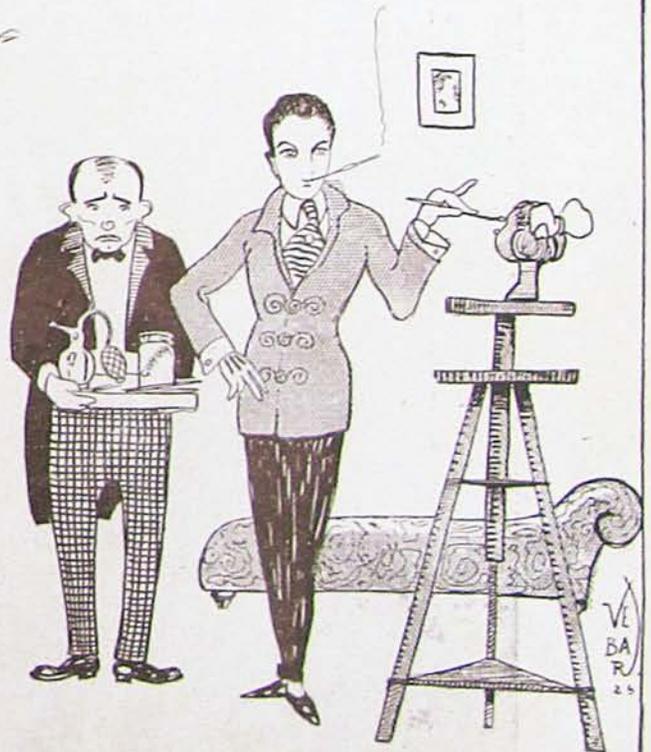
EL MAGO DE LAS ALMAS - TIPO FUMISTA

YESERO - TIPO NACIONAL



NECROFORO - TIPO RECOLETA

BAZAR - TIPO GOMINA





¿Esta es la ocupación preferida del noventa por ciento de las mujeres de esta época?

EL CRISTO DEL OCEANO

▷ por ANATOLE FRANCE ◁

Aquel año, varios habitantes de Sains-Valery, que habían ido a la pesca, naufragaron. Halláronse sus cadáveres, arrastrados por las aguas, en la playa entre los restos de sus barcas, y durante nueve días viéronse por el camino montañoso que conduce a la iglesia, féretros llevados a hombros, y seguidos por viudas que lloraban bajo su largo manto negro, como las mujeres de la Biblia.

El patrón Juan Lenoél y su hijo Desiderio estuvieron también, yacentes, bajo la bóveda donde poco tiempo antes habían colgado, como una ofrenda a Nuestra Señora, un barquito con todos sus aparejos. Eran hombres honrados y temerosos de Dios. El señor Guillermo Truphème, cura de Saint-Valery, habiéndoles dado la absolución, dijo con voz conmovida:

—Jamás fueron recibidos en tierra sagrada, donde los que mueren esperan el juicio de Dios, hombres más honrados y mejores cristianos que Juan Lenoél y su hijo Desiderio.

Mientras las barcas y sus patronos perecían en la costa, grandes buques naufragaban también en alta mar, no pasando ningún día sin que el Océano arrojase a la playa tristes despojos. Una mañana, varios niños que conducían una barca vieron una figura tendida sobre el mar. Era una imagen de Jesucristo, de tamaño natural, tallada en madera y pintada, que parecía una obra antigua. El Hijo de Dios flotaba sobre las aguas con los brazos abiertos. Los niños, izándolo a bordo, le condujeron a Saint-Valery. Su frente estaba ceñida por la corona de espinas, y sus pies y sus manos taladrados. Pero le faltaban los clavos y la cruz. Con los brazos abiertos como preparándose a bendecir, mostrábase como le vieron José de Arimatea y las santas mujeres cuando iban a enterrarle.

Los niños lo entregaron al señor cura Truphème, que les dijo:

Esta imagen del Salvador es un trabajo antiguo, y quien la talló debe haber muerto hace ya muchos años. Aunque los comerciantes de París y de Amiéns venden ahora a cien francos, y a precios más elevados, estatuas admirables, es preciso reconocer que los obreros de otros tiempos tenían también mucho mérito. Pero regocijame sobre todo pensar que si Jesucristo ha venido a Saint-Valery con los brazos abiertos, es para bendecir a mi parroquia, tan cruelmente atormentada, y para expresar claramente su compasión hacia los pobres marineros que, arriesgando su vida, salen a pescar. Es el Dios que caminaba sobre las aguas y bendecía las redes de Cephas.

Y el señor cura Truphème, habiendo mandado depositar el Cristo en la iglesia sobre la sabanilla del altar mayor, fuese a encargar al carpintero Lemerre una cruz de encina.

Cuando estuvo hecha, clavaron en ella al Cristo con clavos nuevos, colocándole en la nave sobre el banco reservado a los mayordomos.

Entonces advirtieron que sus ojos estaban llenos de misericordia, y como humedecidos por una piedad celestial.

Uno de los mayordomos que presenciaba la colocación del crucifijo, creyó ver correr lágrimas por el rostro divino. A la mañana siguiente, cuando el señor cura entró en la iglesia con el monaguillo para decir misa, sorprendió mucho hallar la cruz vacía y al Cristo tendido sobre el altar.

En cuanto hubo celebrado el santo sacrificio mandó llamar al carpintero para preguntarle por qué había desclavado al Cristo de la cruz. El carpintero respondió que no hizo semejante cosa; y después de interrogar al sacristán y a los mayordomos, el señor Truphème, convenciéndose de que nadie había entrado en la iglesia desde que Nuestro Señor había sido puesto en la cruz.

Comprendiendo entonces que todo aquello era prodigioso, consagróse a meditarlo con prudencia, y al domingo siguiente habló de ello a sus fieles, invitándoles a contribuir con sus donativos a la construcción de una nueva cruz más hermosa que la primera y más digna de llevar al Señor que rescató al mundo.

Los pobres pescadores de Saint-Valery, entregaron cuanto dinero pudieron y las viudas ofrecieron sus anillos. El señor Truphème, pudo ir pronto a Abbeville y encargar una cruz de madera negra muy reluciente, rematada por un letrero que dijera INRI en letras de oro. Dos meses después pusiéronla en el sitio de la primera, clavando al Cristo entre la lanza y la esponja.

Pero Jesús abandonó aquella cruz como la otra, quedando por la noche tendido sobre el altar.

El señor cura, al encontrarlo así por la mañana, cayó de rodillas, en oración. La noticia de aquel milagro se propaló rápidamente, y hasta las señoras de Amiéns enviaron donativos al Cristo de Saint-Valery. El señor Truphème recibió de París dinero y joyas, y la esposa del ministro de Marina, Hyde de Neuville, envióle un corazón de brillantes. Con todas aquellas riquezas, un joyero de la calle de Saint-Sulpice, construyó, en dos años, una cruz de oro y de piedras preciosas que fué inaugurada con gran solemnidad en la iglesia de Saint-Valery el domingo siguiente a la Pascua del año 18... Pero Jesús, que había rechazado la cruz dolorosa, huyó de aquella cruz riquísima, quedándose de nuevo tendido sobre la sabanilla del altar mayor.

Temerosos de contradecirle, resolvieron dejarle allí, donde descansaba desde hacía más de dos años cuando Pedro, el hijo de Pedro Caillou, fué a decir al señor cura Truphème, que había encontrado en la playa la verdadera cruz de Nuestro Señor.

Pedro era idiota, y como no tenía entendimiento bastante para ganarse la subsistencia, vivía de caridad; le estimaban todos porque nunca hizo daño. Pero refería sucesos absurdos que nadie creyó nunca.

Sin embargo, el señor Truphème, que no cesaba de meditar el misterio del Cristo del Océano, quedó atónito al oír al pobre idiota. Dirigióse con el sacristán y dos mayordomos al lugar donde el

mozalbete dijo haber hallado una cruz, y allí había dos maderos clavados, ya carcomidos por el mar, y que realmente formaba una cruz.

Eran restos de algún naufragio. Y como se distinguían aún sobre una de aquellas tablas dos letras negras, una J y una L, no hubo dudas acerca de su procedencia, reconociéndose como despojos de la barca de Juan Lenoél y de su hijo Desiderio, que cinco años antes había naufragado.

Al ver aquello el sacristán y los mayordomos, pusieron a reír del inocente que tomaba los despojos de una barca por la cruz de Jesucristo. Pero el señor cura Truphème puso fin a sus burlas. Habiendo meditado y orado mucho desde la aparición del Cristo del Océano entre los pescadores, el misterio de la caridad infinita comenzaba a revelársele. Arrodillóse en la arena recitando la oración para los fieles difuntos, y ordenó a los mayordomos que llevaran aquella cruz a la iglesia. Cuando su orden estuvo cumplida, levantó el Cristo que descansaba tendido en el altar colocándolo sobre los tablones de la barca y clavándolo él mismo con los clavos que el mar había roído.

Por orden suya, aquella cruz ocupó al día siguiente el puesto de la cruz de oro y pedrería. El Cristo del Océano no ha vuelto a desclavarse. Ha querido permanecer en aquellos maderos donde los hombres perecieron invocando su nombre y el de su Santa Madre. Y allí, entreabriendo la boca, parece decir: "Mi cruz está hecha con todos los sufrimientos de la humanidad, porque realmente soy el Dios de los pobres y de los desgraciados".

EMILIO ZOLA

Enumerar los méritos que el insigne escritor ha contraído para tener derecho a que la posteridad lo proclame como una de las más grandes figuras literarias de su siglo, fuera tarea inútil, porque su obra gigantesca en pro de la regeneración humana se ha popularizado de tal modo, que puede afirmarse que es universalmente conocida; efecto tanto más admirable, cuanto que no comprendido su nobilísimo propósito en un principio, tuvo que luchar con la preocupación de su tiempo, con la influencia de sus detractores, que anatematizaron su labor, no acertando a ver el alto fin que perseguía, y atribuyendo a insana tendencia, a torpe degeneración del gusto, lo que en realidad tenía por base el santo deseo de hacer aborrecible el vicio, mostrándolo en su desnudez asquerosa, para que como consecuencia lógica de ese aborrecimiento hacia el mal, naciera el amor al bien.

Zola, que con sus facultades extraordinarias, con su vigorosa imaginación, con su estilo brillante hubiera podido conquistar la gloria y la fortuna sólo con dejar libre su fantasía en el extenso campo de la novela, sacrificó la fama y el dinero a sus convicciones filantrópicas y renunció al triunfo fácil y positivo, prefiriendo el bien ajeno a la propia satisfacción.

Su calvario fué rudo, su bohemia penosa; antes

de lograr que su primer libro viera la luz, tuvo que arrostrar amarguras sin cuento y escaseces tremendas. Pero todo lo soportó con el valor de un mártir y con la entereza de un héroe. Antes morir que vender su alma, y como el fin era santo, triunfó. Sus obras, discutidas, execradas en un principio, impresionaron a las gentes, y pronto algún espíritu más despierto acertó a descubrir la tendencia que las animaba, y al entablarse la polémica entre defensores y enemigos creció la popularidad del artista y sus libros invadieron el mundo.

Pero como si la misión del apóstol fuera más alta, como si a la predicción hubiera de añadirse el ejemplo para que fuere la doctrina eficaz y no pudiera existir duda acerca de lo santo del fin perseguido la obra del redentor vino a completar la del novelista.

En días aciagos en que Francia se dejó cegar por un fanatismo, haciendo víctima de él a un hombre cuya inocencia resultaba evidente para los que no estaban influidos por la obsesión, Zola se puso al lado de la justicia, y sabiendo que comprometía su fama y arriesgaba su vida, lanzóse en defensa del oprimido, él solo contra Francia entera, alentado no más por la santidad de la causa, por su amor entrañable a la verdad y a la justicia, en cuyas aras se dispuso a sacrificarlo todo.

También triunfó esta vez, no sin estar muy cerca de perecer en la demanda, cosa que no amenguó sus bríos ni le hizo vacilar, y que demostrando el temple de su alma, ha elevado su obra de artista a la altura que debe colocarla el fin redentor que con ella persigue.

Zola es una de esas grandes figuras a quienes la posteridad debe inmortalizar en estatuas.

Pero como su fe, como su alma, fundida en el crisol de las grandes penas, de los tremendos desengaños, de las desconsoladoras injusticias, a prueba de golpes de la adversidad, de mordeduras de la envidia, de zarpazos de la ingratitud, alma vibrante y dura que no ha torcido ninguna fuerza, debe ser la estatua que perpetúe su memoria, para que sea digna de él: una estatua de bronce.

E. CONTRERAS.

EPITAFIOS

ALFREDO R. BUFANO

En este panteón ufano
que remata una veta
yace el místico poeta
Don Alfredo R. Bufano.

Dejó el mundo de los vivos
este poeta inexperto
por comerse los olivos...
los olivos de su huerto.

MARTINEZ ZUVIRIA

La muerte se lo llevó
sin querer más esperar,
sinduda porque leyó
a "La que no perdonó"
y no quiso perdonar!...

S. A. G.

UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES

* POR LUCIO V. MANSILLA *

CARTA I

No sé dónde te hallas, ni dónde te encontrará esta carta y las que le seguirán, si Dios me da vida y salud.

Hace bastante tiempo que ignoro tu paradero, que nada sé de ti; y sólo porque el corazón me dice que vives, creo que continúas tu peregrinación por este mundo, y no pierdo la esperanza de comer contigo, a la sombra de un viejo y carcomido algarrobo, o entre las pajas al borde de una laguna, o en la costa de un arroyo, un churrusco de guanaco, o de gama, o de yegua, o de gato montés, o una picana de avestruz, boleado por mí, que siempre me ha parecido la más sabrosa.

A propósito de avestruz, después de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay; de haber comido mazamorra en el Río de la Plata, charquican en Chile, ostras en Nueva York, macarroni en Nápoles, trufas en el Perigord, chipá en la Asunción — recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en Nagüel Mapo, que quiere decir "Lugar del Tigre".

Los gustos se simplifican con el tiempo, y un curioso fenómeno social se viene cumpliendo desde que el mundo es mundo. El macrocosmo, o sea el hombre colectivo, vive inventando placeres, manjares, necesidades, y el microcosmo, o sea el hombre individual, pugando por emanciparse de las tiranías de la moda y de la civilización.

A los veinticinco años, somos víctimas de un sinnúmero de superfluidades. No tener guantes blancos, frescos como una lechuga, es una gran contrariedad, y puede ser causa de que el mancebo más cumplido pierda casamiento. ¡Cuántos dejaron de comer muchas veces, y sacrificaron su estómago en aras del buen tono!

A los cuarenta años, cuando el cierzo y el hiel del invierno de la vida han comenzado a marchitar la tez y a blanquear los cabellos, las necesidades crecen, y por un bote de cold cream, o por un paquete de cosmético, ¿qué no se hace?

Más tarde, todo es lo mismo; con guantes o sin guantes, con retoques o sin ellos "la mona, aunque se vista de seda, mona se queda".

Lo más sencillo, lo más simple, lo más inocente es lo mejor; nada de picantes, nada de trufas. El puchero es lo único que no hace daño, que no indigesta, que no irrita.

En otro orden de ideas, también se verifica el fenómeno. Hay razas y naciones creadoras, razas y naciones destructoras. Y, sin embargo, el irresistible corso e ricorso de los tiempos y de la humanidad, el mundo marcha; y una inquietud febril mece incesantemente a los mortales de perspectiva en perspectiva, sin que el ideal jamás muera.

Pues, cortando aquí el exordio, te diré, Santiago amigo, que te he ganado de mano.

Supongo que no reñirás por esto conmigo, dejándote dominar por un sentimiento de envidia.

Ten presente que una vez me dijiste, cen-

surando a tu padre, con quien estabas peleado:

—¿Sabes por qué razón el viejo está mal conmigo? Porque tiene envidia de que yo haya estado en el Paraguay, y él no.

Es el caso, que mi estrella militar me ha deparado el mando de las fronteras de Córdoba, que eran las más asoladas por los ranqueles.

Ya sabes que los ranqueles son esas tribus de indios araucanos, que habiendo emigrado en distintas épocas de la falda occidental de la cordillera de los Andes a la oriental, y pasado los ríos Negro y Colorado, han venido a establecerse entre el Río 5º y el Río Colorado, al naciente del Río Challeo.

Ultimamente celebré un tratado de paz con ellos, que el Presidente aprobó, con cargo de someterlo al Congreso.

Yo creía que siendo un acto administrativo no era necesario.

¿Qué sabe un pobre coronel de trotes constitucionales?

Aprobado el tratado en esa forma, surgieron ciertas dificultades relativas a su ejecución inmediata.

Esta circunstancia por un lado, por otro cierta inclinación a las correrías azarosas y lejanas; el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo, que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua, e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes — he ahí lo que me decidió no ha mucho y contra el torrente de algunos hombres que se decían conocedores de los indios, a penetrar hasta sus tolderías, y a comer primero que tú en Nagüel Mapo una tortilla de huevo de avestruz.

Nuestro inolvidable amigo Emilio Quevedo, solía decirme cuando vivíamos juntos en el Paraguay, vistiendo el ligero traje de los criollos e imitándolos en cuanto nos lo permitían nuestra sencillez y facultades imitativas: —¿Lucio, después de París, la Asunción! Yo digo: —Santiago, después de una tortilla de huevos de gallina frescos, en el Club del Progreso, una de avestruz en el toldo de mi compadre el cacique Baigorrita.

Digan lo que quieran, si la felicidad existe, si la podemos concretar y definir, ella está en los extremos. Yo comprendo las satisfacciones del rico y las del pobre; las satisfacciones del amor y las del odio; las satisfacciones de la obscuridad y las de la gloria. Pero ¿quién comprende las satisfacciones de los términos medios, las satisfacciones de la indiferencia, las satisfacciones de ser cualquier cosa?

Yo comprendo que haya quien diga: —Me gustaría ser Leonardo Pereira, potentado del dinero.

Pero que haya quien diga, me gustaría ser el almacenero de enfrente, don Juan o don Pedro, un nombre de pila cualquiera, sin apellido notorio, — eso no.

Yo comprendo que haya quien diga: —Yo quisiera ser limpiabotas o vendedor de billetes de lotería.

Yo comprendo el amor de Julieta y Romeo, como comprendo el odio de Silva por Herna-

ni, y comprendo también la grandeza del perdón.

Pero no comprendo esos sentimientos que no responden a nada enérgico, ni fuerte, a nada terrible o tierno.

Yo comprendo que haya en esta tierra quien diga:

Yo quisiera ser Mitre, el hijo mimado de la fortuna y de la gloria, o sacristán de San Juan.

Pero que haya quien diga: —Yo quisiera ser el Coronel Mansilla, — eso no lo entiendo, porque al fin, ese mozo, ¿quién es?

Al general Arredondo, mi jefe inmediato entonces le debo, querido Santiago, el placer inmenso de haber comido una tortilla de huevos de avestruz en Nagüel Mapo, de haber tocado los extremos una vez más. Si él me niega la licencia, me quedo con las ganas, y no te gano la delantera...

Siempre le agradeceré que haya tenido conmigo esa deferencia, y que me manifestara que creía muy arriesgada mi empresa, probándome así que mi suerte no le era indiferente. Sólo los que no son amigos pueden conformarse con que otro muera estérilmente... y en la obscuridad.

La nueva línea de fronteras de la Provincia de Córdoba, no está ya donde tú la dejaste cuando pasaste para San Luis, en donde tuviste la fortuna de conocer aquel tipo que te decía un día en el Morro: —¡Yo no deseo, señor don Santiago, visitar la Europa por conocer el Cristal Palais, ni el Buckingham Palace, ni las Tullerías, ni el London Tunnel, sino por ver ese Septentrión! ¡¡ese Septentrión!!

Está la nueva línea sobre el Río 5º, es decir, que ha avanzado veinticinco leguas, y que al fin se puede cruzar del Río 4º a Achiras sin hacer testamento y confesarse.

Muchos miles de leguas cuadradas se han conquistado.

¡Qué hermosos campos para la cría de ganados son los que se hallan encerrados entre el Río 4º y Río 5º!

La cebadilla, el porotillo, el trébol, la gramilla, crecen frescos y frondosos entre el pasto fuerte; grandes cañadas como la del Gato, arroyos caudalosos y de largo curso como Santa Catalina y Sampacho, lagunas inagotables y profundas como Chemeco, Tarapendá y Santo Tomé constituyen una fuente de riqueza de inestimable valor.

Tengo en borrador el croquis topográfico, levantado por mí de ese territorio inmenso, desierto, que convida a la labor, y no tardaré en publicarlo, ofreciéndoselo con una memoria a la industria rural.

Más de seis mil leguas he galopado en año y medio para conocerlo y estudiarlo.

No hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baqueano, comprendiendo que el primer deber de un soldado, es conocer palmo a palmo el terreno donde algún día ha de tener necesidad de operar.

¿Puede haber papel más triste que el de un jefe con responsabilidad, librado a un pobre paisano, que lo guiará bien, pero que no le sugerirá pensamiento estratégico alguno?

La nueva frontera de Córdoba comienza en

la raya de San Luis, casi en el meridiano que pasa por Achiras, situado en los últimos dobleces de la Sierra, y costeano el Río 5º se prolonga hasta la Ramada Nueva, llamada así por mí, y por los ranqueles Trapalcó que quiere decir agua de Totora. Trapal es Totora y co agua.

La Ramada Nueva son los desagües del Río 5º, vulgarmente denominados la Amarga.

De la Ramada Nueva, y buscando la derecha de la frontera Sur de Santa Fe, sigue la línea por la Laguna N° 7, llamada así por los cristianos, y por los ranqueles Potálauquen, es decir, laguna grande: potá es grande y lauquen laguna.

Siguiendo el juicioso plan de los españoles, yo establecí esta frontera colocando los fuertes principales en la banda Sur del Río 5º.

En una frontera internacional esto habría sido un error militar, pues los obstáculos deben siempre dejarse a vanguardia para que el enemigo sea quien los supere primero.

Pero en la guerra con los indios el problema cambia de aspecto; lo que hay que aumentarle a este enemigo no son los obstáculos para entrar sino los obstáculos para salir.

El punto o fuerte principal de la nueva línea de frontera sobre el Río 5º se llama Sarmiento. De allí arranca el camino que por la Laguna del Cuero, famosa para los cristianos, conduce a Leubucó, centro de las tolderías ranquelinas.

De allí emprendí mi marcha.

Mañana continuaré.

Hoy he perdido tiempo en ciertos detalles creyendo que para ti no carecerían de interés.

Si al público, a quien le estoy mostrando mi carta, le sucediese lo mismo, me podría acostar a dormir tranquilo y contento como un colegial que ha estudiado bien su lección y la sabe.

¿Cómo saberlo?

Tantas veces creemos hacer reír con un chiste y el auditorio no hace ni un gesto.

Por eso toda la sabiduría humana está encerrada en la inscripción del templo de Delfos.

~~~~~

## UNA ANECDOTA DE MOZART

Mozart, el glorioso maestro, autor del "Don Juan" y de "Las bodas de Fígaro", tenía una nariz que podía competir con la del célebre nariguado Cyrano de Bergerac, y, lo mismo que éste, se permitía burlas con su voluminoso apéndice, que no carecía de originalidad. Un día, presentando al maestro Hadyn una página de música que acababa de escribir, le dijo:

—Tened, querido maestro: apuesto a que no podéis ejecutar este trozo.

Aceptó Hadyn la apuesta sin titubear, y se puso al piano. Sin dificultad descifró los primeros compases, pero de repente se detuvo.

—Esto es imposible—dijo; hay una nota que tocar en medio cuando las dos manos están ocupadas a derecha e izquierda...

Mozart se echó a reír del conflicto, y supliendo al maestro que le cediera su puesto en el piano comenzó a tocar; pero, lejos de detenerse, al llegar al pasaje que Hadyn juzgaba imposible, tocó la nota con la punta de la nariz. Hadyn se declaró vencido.

EL PESO DE LA ATMOSFERA

El cálculo de la masa de la atmósfera en que vivimos ha sido realizado por el doctor W. J. Humphreys, de la Oficina Meteorológica de Washington. El peso total, que es de unas libras 11.300.000.000.000.000.000, o sean de 5 a 6 mil billones de toneladas, ha de sorprender aca so menos que el peso de algunos de sus constituyentes.

En lo que se refiere al nitrógeno y al oxígeno que solemos considerar como sus componentes casi exclusivos, sólo hay 8.541.832.500.000.000.000, y 2.557.995 billones de libras respectivamente.

El argon, uno de los *gases raros* ocupa luego el tercer puesto en abundancia con 137.632.500.000.000.000 de libras. En cuanto al vapor de agua, alcanza a un total de 29.250.000.000.000.000 de libras, o sea lo suficiente para cubrir la tierra entera con una capa de agua de una pulgada.

El bióxido de carbono, que procede los gases naturales, sólo tenemos libras 2.550.000.000.000.

En cuanto al xenon, el más raro de nuestros pulmones, de los automóviles y de los cuerpos en combustión, representa 4.777.500.000.000.000 de libras. El hidrógeno, el neón y el criptón de nuestro aire pesan 285.000.000.000.000, respectivamente, de libras, 105 billones de libras y 14.250.000.000.000 de libras.

El helium, sustituto no inflamable del hidrógeno en los globos, viene después del criptón, con 13.500.000.000.000 de libras.

VIEJA VERDAD

Preguntaron a un médico:

—La medicina es un arte o un oficio.

—No lo sé; — respondió — pero es un arteficio.

PARECIDOS

¿En qué se parece el eclipse al amor de las mujeres?

En que dura poco.

¿Y una iglesia a un buque?

En que tiene velas.

¿Y un periódico al Congreso?

En que tiene columnas.

¿Y el cólera al ejército?

En que ataca...

TENIA RAZON

Hace usted mal en beber, — le decían a un borracho que dió un traspies, y se rompió las narices contra una esquina.

—Nada de eso, señores; yo no hago mal en beber, sinó en andar cuando he bebido.

BUENA COSECHA

—Papá, sembré papas en la huerta; ¿y sabes lo que han salido?

—¡Ya lo creo! Papas...

—No, papá; han salido... unos cerdos, que se las comieron.

UNA CONTESTACION

En un examen de derecho penal:

—¿Qué es un fraude? — pregunta el profesor al alumno.

Y éste contesta:

—Algo así como si usted me suspendiera.

—¿Por qué?

—Porque, según el Código, se hace reo del fraude el que se aprovecha de la ignorancia de otro para causarle un daño.

LA FRUTA EN LA ALIMENTACION

“Recordad — dice Ann Forrest — que la belleza depende por lo menos tanto de la alimentación como de las cremas y cosméticos.

“Durante el verano bebed agua fresca en abundancia entre las comidas y comed la mayor cantidad posible de fruta.

“En esta estación comed menos carne que en el invierno, reemplazándola con huevos o vegetales”.

SIN LUGAR A DUDAS

—Vd. es la nueva mucama? Le prevengo ante todo que no me gusta que las muchachas contesten.

—Esté tranquila, señora — he sido telefonista durante dos años.

PRECOCIDAD

—Vamos a ver, hijo mío, ¿qué quieres tú ser?

—Minero.

—Pero, hombre, ¿no ves que los mineros están casi siempre en huelga?

—Pues precisamente por eso.

LOS RIZOS DEL CABELLO

Si la naturaleza no os ha favorecido con el encanto natural de un cabello rizado, no os costará utilizar, lectoras, esta indicación respecto a la forma de conservar la ondulación artificial aun cuando juguéis al tennis, bailéis con una temperatura elevada u os encontréis en una atmósfera muy húmeda, como ocurre frecuentemente en los bañerios.

Ethel Clayton, que es quien me comunica la indicación, es una de las mujeres afortunadas que no necesita recurrir a uno de los medios habituales para ostentar un cabello graciosamente ondeado. No ha experimentado, pues, la eficacia del consejo que da por mi intermedio, pero asegura que algunas amigas suyas lo han puesto en práctica con excelentes resultados. Veamos en qué consiste.

Háganse disolver y hervir doce pancitos de azúcar en 570 gramos de agua (equivalente aproximado de una pinta inglesa), hasta obtener un jarabe claro. Déjese enfriar un poco y añádanse al jarabe tres cucharadas de agua Colonia, y dos de alcohol. Guárdese esta solución en una botella bien tapada y antes de proceder al rizado del cabello humedézcase con el preparado hecho en la forma citada.

## BIBLIOGRAFIA

## LAS TROMPAS DE FALOPIO

Versos de Pedro Herreros

*Las trompas de falopio* es un libro de argucias literarias. Al decirle a Pedro Herreros, literato, queremos inferirle un agravio. Cuando se piensa que en ocho años — 1915-1923 — su autor no ha podido hacer obra más seria y más profunda que la que contiene este tomito de cien páginas, se comprende claramente que Pedro Herreros no podrá llegar a ninguna parte.

La originalidad no es cosa que uno se propone. A lo sumo, esto de colocar un título y una portada extravagante a un libro, le sirva a uno para que los amigos le admiren por audaz y para que al pasear por Florida le vayan señalando, en risueños cuchicheos: —“Ese que va ahí, publico un libro que lleva la figura de un prostíbulo en la tapa.” Eso es todo. Y si Pedro Herreros no espera otra cosa de su arte, estamos dispuestos a confesar que fuimos los primeros en festejarle la osadía.

Luego, si el curioso comprador del libro desea pasar adelante, tropieza con una caricatura de Bermúdez Franco, que es un muchacho que ha paseado en Madrid al lado de Bagaria.

En presencia de esta caricatura se colige que Herreros es poco conocido, pues que el caricaturista ha debido poner el nombre del *caricaturizado* en grandes letras blancas y aún el año en que se perpetrara el dibujo, tal como un entomólogo clasifica a un mamboretá.

Para que no hubiere lugar a dudas, como hacen los niños que garrapatcan un caballo y ponen debajo: “este es un caballo”, así, Pedro Herreros ha agregado: “Yo, según Bermúdez Franco.”

En esta caricatura se ve además una tacita de café, y entonces, subitáneamente, se comprenden muchísimas otras cosas.

Luego, en otra página se dice que se ha hecho el depósito de ley; luego en otra página se enumeran las obras del autor, que amenaza con dos nuevos libros; más adelante el gran poeta Evar Méndez hace la semblanza de su colega Herreros, en soneto, y entre otras cosas le dice: “dulce”, y “sitibundo”. (¡Defiéndase, compañero!) En otra página más dedica el libro: “*A las prostitutas*”. En la siguiente dice: “*Frontispicio: La prostitución es la afrenta más ignominiosa y sucia etc., etc.*” Y recién empieza el libro. De entrada nos explica que las prostitutas lo son porque tuvieron un novio cretino. (Como se ve, esto es muy profundo.) La tercera composición es aún más profunda y emocional; se titula: *El repartidor de carne*. La cuarta es trágica y verdadera. Ya íbamos a dejar el libro y acude esta composición y seguimos leyendo. Dos o tres más, descriptivas, con buenos aciertos, y luego se sigue

dando vuelta a las hojas y se lee una *sarta* de cosas irrazonadas e ingenuas, de muchacho de trece años que se deleita pensando y diciendo que hay mujeres que utilizan perros para gozar del amor sin consecuencias.

Entonces, ya estragados y entristecidos, no podemos continuar leyendo.

¡Y pensar que este hombre ha necesitado ocho años para hacer un libro en el que se explota sin respeto la miseria moral de unos seres, por un simple prurito literario! ¡Literato!

L. B.

## BIBLIOTECA CIENTIFICA

Volumen II.—*Impotencia y esterilidad sexual*, por el Dr. Carlos Lacassen.

Volumen III y IV.—*La educación sexual de los jóvenes*, por el Dr. Mayoux.

Volumen VI.—*El amor y el apetito sexual*, por el Dr. Augusto Forel y *El delito de besar*, por el Dr. José Ingenieros.

Volumen VII.—*Pintura del amor conyugal*, por el Dr. Venette.

Volumen VIII.—*Higiene del matrimonio*, por el Dr. Rosch y *Etica sexual*, por el Dr. A. Forel.

Volumen IX.—*El arte de tener hijos*, por el Dr. L. Sosiac.

Volumen X.—*La Lujuria Humana* (Estudio médico social), por el Dr. Luis M. de Aguirre.

Volumen XI.—*Enfermedades Sexuales*, por el Dr. Daniel Sánchez de Rivera y Moset.

Volumen XII.—*Hacia la cultura sexual*, por el Dr. Lázaro Sirlin.

Volumen XIII.—*El Amor Fecundo*, por el Dr. Juan Escalante Escandón.

Volumen XIV.—*La Prostitución*, por los Dres. Alba y Jiménez.

Volumen XV.—*La mujer y el niño*, por el Prof. Escipión Sighele.

Volumen XVI.—*La Ciencia*, por Camilo Flammarion.

Volumen XVII.—*La Radiotelefonía Vulgarizada*, por J. J. Escancia.

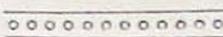
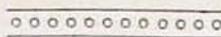
Volumen XVIII.—*Higiene sexual del soltero y la soltera*, por el Dr. T. de R. Climent.

Volumen XIX.—*¿Es contagiosa la tuberculosis?*, por el Dr. L. D. Romero y *¿Estoy sano o enfermo?* por Luis Kuhne.

Volumen XX.—*La vida sexual*, por el Dr. R. Dupuy.

A veinte centavos cada tomo puede adquirir estas obras donde compre *Los Pensadores* o pida a la administración si le interesa, que le serán remitidas, libre de franqueo.

Dirija el pedido en giro postal, bancario o estampillas a EDITORIAL CLARIDAD, C. de Correo 736.



*Dezso Kosztolanyi es uno de los mejores cuentistas y poetas de la Hungría moderna. Pertenece al grupo de la revista "Occidente", la más autorizada de las revistas magiarias. El arte de Kosztolanyi, por su originalidad y finura, escapa a toda clasificación, hermanándose con los autores occidentales por su realismo agudo, y con los orientales, por su simbolismo. En todas sus formas se caracteriza por sus sentimientos verdaderamente humanos.*

Era lóbrego y erizado cuando se encojía por el suelo. Y cuando levantaba la cabeza era más lóbrego aún.

El sol resplandecía por encima suyo. Aperciábase de su piel un fuerte olor a resquemado. Estaba sembrando; con una piedra deshacía los terrones y, después, poníase a cavar la tierra, con prisa. Las uñas, gastadas y arrugadas, que habíanse viciado con la fatiga continua, le hacían daño.

Aquí la tierra no tenía carne: era todo hueso. Cada vez que hundía el pie encontraba roca. Hacía lo lejos hasta donde alcanzaba la vista, crecían, densas, las moras silvestres y las ortigas. A después de la otra, iba destruyendo las punzantes matas que le cerraban el camino y lo arañaban; al sacárselas de encima suyo, le pinchaban la piel como serpientes.

Aquí y allá, entre el polvo ennegecedor, quemábanse las pálidas y rojizas flores de los cardos.

Paróse, cansado, muy cansado, y bajó la cabeza. Había comenzado su trabajo por la noche, en la fría claridad de la luna. Y desde entonces no había tenido reposo.

Llegó la mujer.

—¿Ha estado aquí? — preguntó ella.

—No — contestó él, sordamente.

Callaron ambos. Miraron a los lejos y pensaron en el padre. Una vez más lo habían esperado juntos.

Caín veía a su padre, pareciéndose a una montaña. Inmenso, interminable, infinito. Y aún hoy, en su presencia, encontrábase pequeño, como cuando un día lo levantó al aire, con una sola mano; un dolor innarrable le retorció el corazón, hasta que un día, tiempo después, se separó de él. Mientras estuvo a su lado, púsole todo a sus pies, todo lo que crecía en aquellas ingratas rocas, todos los frutos de la tierra.

El hombre lucha a veces con la tierra, que es más terrible que los dragones y que el mamut. El provecho que alcanza sacar, lo destruye el hielo y lo quema el sol: los frutos abortados, cáense de las ramas corroídas. En la tierra, el hombre no ve más que amarillar el estéril; por arriba, el cielo azul. Y en su cabeza, la sonrisa oscura de la tempestad. Pero ni la misma tempestad sabe rugir como su padre. La palabra de su padre es más ronca y más solemne. Todas las noches la oye al través de las murallas y las rocas. La tierra tiembla bajo sus pisadas formidables. A veces es tan grande su espanto que,

dormido, comienza a cavar la tierra con las uñas.

Asustados se abrazan el uno a la otra, hombre y mujer, cual si fueran dos bestias salvajes. Caín lanza la mirada hacia el horizonte; después mira al cielo. Los dos estaban inconsolables.

—Yo... — gimió, señalándose a sí mismo, y mostrando sus manos callosas, su pecho, sus músculos, rendidos por el cansancio — y yo... — no podía decir nada más.

La mujer se le acercó llorando, y él se revolvió por tierra, aguantando la furia de los rayos solares.

Pensaba en el hermano. Dónde podría estar? Seguramente va por la pendiente de la montaña, dirigiendo el rebaño hacia el prado, para acostarse luego a la sombra del bosque.

Por eso es tan suave. Hasta sus manos son blancas y finas. Sus cabellos rubios.

Cerró los ojos, volviólos a abrir, he hizo ésto repetidas veces; pero teniendo siempre delante suyo aquel rostro; y veíalo de tan diversas maneras, que tuvo miedo y hubiera querido borrar aquella visión con un grito. Veíalo cual era muchos años atrás, cuando con la boca abierta tragaba la dulce leche, y veíalo, más tarde, durmiendo desnudo y manso como un pequeño pastor. Y siempre era así; había cambiado muy poco con los años, ni los cabellos se le ennegrecían. Es cierto que todos cuidaban de él. Hasta recordaba que un jabalí pasó por un camino por el cual ellos caminaban, que el hermano se agarró a él, y que él, Caín, habíalo defendido con su propio cuerpo. El hermano era el más pequeño, el más débil. Ahora era el más robusto. Reíase dulcemente y fuerte. Reía siempre.

Sonreíase también cuando el padre (el padre de los dos) le besaba en la frente, mientras que a él, el mayor, le repudiaba. Debía haber algún misterio, que él no comprendía. Pretendía explicárselo. A veces torturaba su cerebro inútilmente. Recordándolo todo, se acordaba de su infancia, cuando su padre le quería tanto porque era pequeño. Como vivían dichosos entonces, en ese mundo tan grande, tan grande! Eran los dos solos. El padre y él. El primer hombre y el segundo. No podía ser, no era posible que ya no lo amase. Alguien se interpuso entre los dos. Pensó nuevamente con el hermano, vió su rostro sonriente y tuvo tanta pena que comenzó a gritar desahoradamente.

El sol seguía quemándolo cada vez más sus párpados. Un tiempo hubo en que los dos amaban a la misma mujer. Apretó los dientes para no sollozar. Sentía en la boca el amargor de su saliva y le ardía la lengua cual si fuese una brasa viva.

Ahí muy cerca oyó un crujido en el matorral. Creyó sería el hermano; pero no. Era un león que miró de sus ojos pacíficos, sus ojos de oro, y pasó. Quien él aguardaba vino más tarde, poco a poco, muy despacio.

Llevaba, el hermano, una porra en la mano, con la que solía dirigir el rebaño. Miró a su alrededor, sonriéndose astutamente, y cuando vió que

no había nadie saltó encima de los sembrados, los destrozó, y llegándose hasta donde habían árboles, a garrotazos hizo caer la fruta verde.

Caín saltó, con la ligereza de un relámpago. Su sombra extendióse por el campo como una faja negra y siniestra.

—Ay! — gritó el hermano asustado.

—Ay! — gritó Caín, que enrojeció de rabia.

Y Caín lo tenía abrazado, preso en la tenaza de sus férreos brazos y amordazado de sus músculos, cual si agarrase a la primera hembra. Era una posesión salvaje. Gritaban y bramaban los dos, cual si se aplastasen mutuamente, mientras revolviánse de un lado al otro, tratando de coger el garrote. Caín lo alcanzó y con él golpeó repetidas veces la cabeza del hermano.

La cara enrojeció y después fué volviéndose amarilla. Volvióse maravillosamente, incomprensiblemente pálida. Caín, contempló largo rato aquella extraña palidez. No la había visto nunca. No comprendía lo que había pasado. Llamó a su mujer y a sus hijos, y éstos tampoco supieron explicarse lo que era aquello. Levantábanle la cabeza, los brazos, las piernas, y todo se caía nuevamente a tierra.

Sintió, Caín, un gran consuelo y una paz infinita, pues aquel rostro ya no se sonreía.

Era ya llegada la noche cuando, con sus siete hijos, Isaac, Meceriel, Methuzael, Lamec, Yabel, Tubacaláin y ubal, y con su mujer, se fueron hacia la tierra del Norte.

Una densa oscuridad cubría la tierra. En la nube de polvo que levantaban con sus pies se veían mosquitos, murciélagos y una infinidad de pequeños animalitos desconocidos para ellos, que cargaban el aire. Respiraban con dificultad.

Después de media noche, sopló un ventarrón y apareció la luna.

—¡Mira! — señaló la frente de Caín.

—¿Qué hay?

—¡Aquí! — murmuró la mujer, casi sin voz, pues las palabras se le helaban en la garganta.

—¿Aquí?

—La mancha, la sangre, la señal. — Y miraba a su hombre con ojos desmesurados, inmensamente abiertos.

Al llegar el día, Caín se miró en el espejo del lago. En mitad de la frente vióse la mancha negra de sangre coagulada. Tomó agua con la palma de su mano, y lavándose, borró la señal de su frente.

Después volvieron ha emprender su interrumpida caminata más seguros y más aprisa, y cuando el sol llegaba al ocaso, llegaban ellos a la tierra nueva.

Caín se arrodilló. Y allá en las lejanías se veían selvas sombrías y negras, se escuchaba el rumor del agua de los ríos, por todas partes se hallaban yerbas lozanas y campos con árboles frutales. Después de tanto tiempo, podía sentirse, por primera vez, dueño de sí mismo. Pasado algún rato levantóse, lanzando un gran suspiro de satisfacción.

Pensó que la nueva tierra debía trabajarse para hacerla fértil. A esta obra se consagraron también sus compañeros. La familia creció. Únicamente, de vez en cuando, podía escucharse, allá

en las lejanías, en las montañas, algún grito de muerte de los hombres rubios, que los hijos fueron matando, hasta no dejar ninguno.

Isaac, Meceriel, Methuzael y Lamec cazaban los animales feroces. Yabel criaba bestias, construía ciudades y plantaba tiendas para la inmensa generación que crecía siempre. Tubacaláin fabricaba instrumentos de hierro y de otros metales.

Vivían, comían y dormían; mataban y amaban. Eran venturosos.

Hasta la edad de cien años. Caín caminaba derecho como un palo. Al reirse mostraba sus treinta y dos dientes. Y ni un hilo blanco entre sus negros cabellos. Todas las tardes, al oscurecer, sentábase en una piedra. Yubal, su hijo más querido, el inventor del arte de la música, tocaba para él. Era amante de la viola y la cítara.

Entonces pensaba en su vida y la encontraba hermosa y perfecta. Su felicidad aumentaba siempre. Y sentía aumentarla hasta en los días en que sus propias nietos poníanle encima sus rodillas a los propios nietos, murió satisfecho de su larga senectud, por el solo hecho de ver como sus descendientes tomaban posesión de la tierra y de que él habíase multiplicado en su descendencia numerosa e incontable, poblando la inmensidad del orbe.

J. SERRA.—TRAD.

## LOS POETAS

TOMOS EN EXISTENCIA

Vol. 5. — *Antología de Versos para niños*, selección de Gustavo Riccio.

Vol. 6. — *Poesías completas*, de José Asunción Silva.

Vol. 7. — *Triunfos nuevos*, de Alberto Ghraldo.

Vol. 8. — *Serenidad*, de Amado Nervo.

Vol. 9. — *Nuevas Rimas*, de José Carducci.

Vol. 10. — *Las fuentes del camino*, de José de Maturana.

Vol. 11. — *Poemas Póstumos*, de Juan Pedro Calou.

Vol. 12. — *Viaje Sentimental*, por Francisco Villaespesa.

Vol. 13. — *La Buena Canción*, por Paul Verlaine.

Vol. 14. — *Las Lunas de Oro*, por Julio Herrera y Reissig.

Vol. 15. — *Canciones y Poemas*, por Mario Bravo.

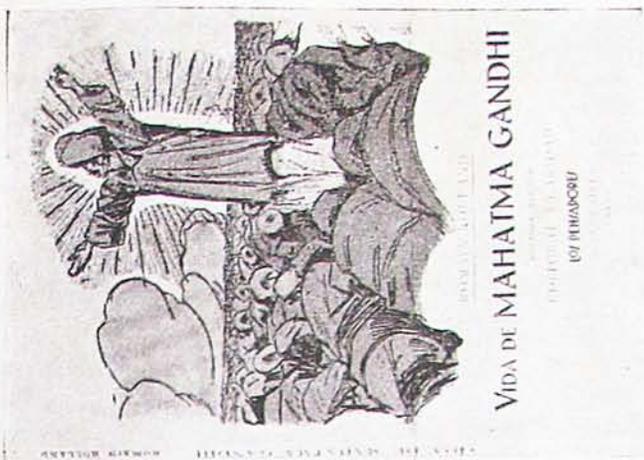
Vol. 16. — *Los ojos de los fantasmas*, por Emilio Carrere.

Vol. 17. — *Poesías completas*, por Jorge Isaac.

Vol. 18. — *Póstuma*, por Stechetti.

Vol. 19. — *Poesías selectas*, de Almafuerte.

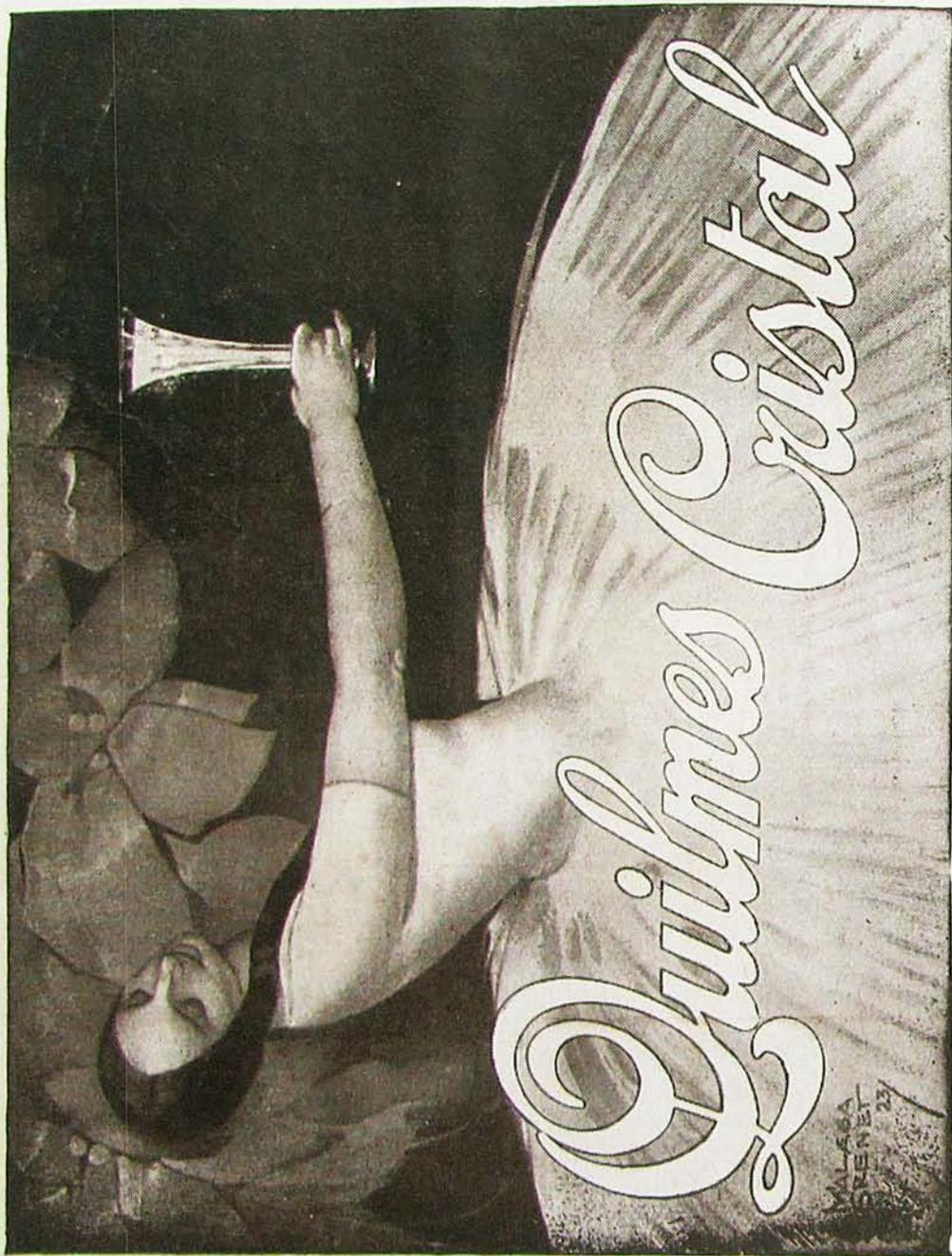
A 20 cts. el volumen se vende en los kioscos y puestos de periódicos. Pedidos a la administración EDITORIAL CLARIDAD, C. de Comercio 736.



≡ **VIDAS EJEMPLARES** ≡  
— POR —  
**ROMAIN ROLLAND**

Ediciones especiales a \$ 1.00 el tomo. En todas las li-  
— brerías y kioscos de la Capital e interior —

Los pedidos de la Administración se remiten francos de porte



Impreso en los talleres gráficos de La Impresora, Independencia 4168, para la "Editorial Claridad"